

Memorias del subsuelo

Fiódor Dostoyevski



FUNDACIÓN
Carlos Slim

Memorias del subsuelo

Dostoyevski, Fiódor

Novela

Se reconocen los derechos morales de Dostoyevski, Fiódor.

Obra de dominio público.

Distribución gratuita. Prohibida su venta y distribución en medios ajenos a la Fundación Carlos Slim.

Fundación Carlos Slim

Lago Zúrich. Plaza Carso II. Piso 5. Col. Ampliación Granada

C. P. 11529, Ciudad de México. México.

contacto@pruebat.org

MEMORIAS DEL SUBSUELO

PARTE PRIMERA

EL SUBSUELO



Soy un hombre enfermo... Soy un hombre rabioso. No soy nada atractivo. Creo que estoy enfermo del hígado. Sin embargo, no sé un higo de mi enfermedad y seguramente tampoco pueda precisar qué es lo que me duele. No estoy en tratamiento y nunca lo estuve, aunque siento respeto por la medicina y los médicos. Además, soy supersticioso a más no poder, aunque lo justo, como para respetar la medicina. (Tengo la suficiente formación como para no ser supersticioso, pero lo soy). Y si no deseo curarme es por rabia. Probablemente ustedes no estén dispuestos a entender esto. Pero yo sí que lo entiendo. Claro, que tampoco sabría decirles a quién exactamente estoy fastidiando con mi rabia; sé perfectamente que tampoco puedo «jorobar» a los médicos por no acudir a ellos. Sé mejor que nadie, que con todo esto, sólo me perjudico a mí mismo y a nadie más. Pero a pesar de todo, si no me pongo en tratamiento, es por rabia. ¡Y si mi hígado está mal, pues que se ponga peor!

Llevo ya muchos años viviendo así, unos veinte. Ahora tengo cuarenta. Antes era un funcionario y ahora no. Era un funcionario rabioso. Era grosero y encontraba satisfacción en serlo. Como no aceptaba propinas, me recompensaba a mí mismo con esto. (Pésima ocurrencia, pero no la tacho. La escribí pensando que me quedaría muy aguda; pero ahora, viendo que sólo quise tirarme un farol, no la tacho a propósito). A veces, cuando alguien se acercaba a mi mesa para pedirme un informe yo le rechinaba los dientes sintiendo una infinita satisfacción cuando lograba acongojarle. Casi siempre lo conseguía. La mayoría de las veces los que venían a solicitar algo eran gente tímida. Pero entre los fanfarrones, el que me resultaba más insoportable era un oficial. Se negaba a resignarse y armaba un repugnante estrépito con su sable. A causa de ese sable, estuve en guerra con él durante año y medio. Finalmente le vencí, y él dejó de armar estrépitos. A propósito, esto ocurrió cuando yo era joven. Pero señores, ¿saben ustedes en qué consistía la razón principal de mi rabia? Porque precisamente en ello está la cuestión y toda la inmundicia; en que al instante, e incluso en el momento de mayor bilis, reconocía vergonzosamente que no sólo no era un hombre malo, sino que ni siquiera estaba furioso, que espantaba a los gorriones en vano y con eso me consolaba. Tengo espuma en la boca, pero probablemente me tranquilizaría si me trajeran un juguete o me dieran un té con azúcar. Incluso podría enternecerseme el alma, aunque después probablemente, rechinara los dientes contra mí mismo y, a causa de la vergüenza, sufriera de insomnio durante meses. Esa era mi costumbre.

Mentí hace un momento cuando dije que era un funcionario rabioso. Mentí de rabia. Lo hacía sólo para divertirme, tanto con los solicitantes como con el oficial, pero en esencia nunca he podido ser malo. A cada minuto reconocía que existían en mí muchos, muchísimos elementos contrarios a ello. Sentía que esos elementos contrarios

no paraban de bullir en mí. Sabía que durante toda la vida habían estado hirviendo en mi interior intentando salir hacia fuera; pero yo no los dejaba, no los dejaba salir a propósito. Me torturaban hasta avergonzarme, llegándome incluso a provocar convulsiones, hasta que finalmente me harté de ellos. ¡Y hasta qué punto me harté! ¿No les parecerá, señores, que ahora estoy disculpándome ante ustedes, como si estuviera pidiéndoles perdón por algo? Estoy convencido de que ésta es la impresión que tienen. Pues bien, les aseguro que me da igual que tengan esa impresión...

No sólo no he logrado hacerme malo, sino que no he logrado convertirme ni en malo ni en bueno, ni en canalla ni en hombre honrado, ni en héroe ni en insecto. Ahora sobrevivo en mi rincón, burlándome a mí mismo con el inútil y malévolo consuelo de que un hombre inteligente no puede convertirse en otra cosa, y que sólo un tonto lo logra. Porque un hombre inteligente del siglo XIX debe, y está obligado moralmente, ser un sujeto fundamentalmente sin carácter; puesto que un hombre con carácter, es decir, toda una personalidad, es una criatura limitada por excelencia. Esto son mis convicciones de cuarenta años. Ahora tengo cuarenta, y eso es toda una vida; es más, es la vejez más profunda. ¡Es indecoroso, vulgar e inmoral vivir más de cuarenta años! Díganme sincera y honradamente: ¿quién vive más de cuarenta años? Lo diré yo mismo: los tontos y los canallas. ¡Diré esto a todos los ancianos en su cara, a todos esos honorables ancianos, a todos los canosos y perfumados ancianos! ¡Lo diré a todo el mundo! Tengo derecho a hablar así, porque pienso vivir hasta los sesenta. ¡No, pienso llegar hasta los setenta! ¡Hasta los ochenta años!... ¡Aguarden! Déjenme tomar aliento...

Seguramente, señores, creerán ustedes que lo que pretendo es divertirles, ¿verdad? Se equivocan. Pues en absoluto soy tan divertido como probablemente les pueda parecer; puesto que si ustedes, irritados por toda esa charlatanería (y ya empiezo a sentir que están ustedes irritados), pretenden preguntarme quién soy, yo les contestaría, que un Asesor Colegiado. Presté servicios en la Administración para poder alimentarme (pero únicamente por eso), y cuando el año pasado murió un lejano pariente mío dejándome seis mil rublos en herencia, enseguida me retiré del servicio y me ubiqué en mi rincón. Aunque también antes vivía en ese rincón, ahora, ya me he instalado definitivamente en él. Mi habitación es detestable, ruin y está situada en el extremo de la ciudad. Tengo de criada a una campesina que es una vieja rabiosa y estúpida y, encima, huele que apesta. Dicen que el clima petersburgués me sienta mal y que con mis insignificantes medios resulta muy caro vivir en Petersburgo. Lo sé perfectamente, lo sé mejor que todos esos experimentados y sabios consejeros y amonestadores. ¡Pero me quedaré en Petersburgo y no me marcharé de Petersburgo! Y no me marcharé porque —¡bah!, da lo mismo si me quedo o si me marchó—.

A propósito: ¿de qué puede hablar un hombre decente?

La respuesta: de sí mismo.

Eso haré yo; hablaré de mí.

II

Les apetezca o no escucharme, ahora quiero contarles por qué no pude convertirme ni siquiera en un insecto. Les diré solemnemente que muchas veces quise convertirme en un insecto. Pero ni siquiera eso logré. Les juro, señores, que tener exceso de conciencia es una enfermedad; una enfermedad real y completa. Y para una vida corriente, le bastaría al hombre con tener una conciencia ordinaria, que fuera la mitad, e incluso la cuarta parte de la porción que le ha tocado en suerte vivir al desarrollado hombre de nuestro desgraciado siglo XIX; un hombre, al que por añadidura, le ha tocado la desgracia de vivir en Petersburgo, la ciudad más abstracta de todo el globo terráqueo. (Porque las ciudades, suelen ser intencionadas o no intencionadas). Sería suficiente con tener, por ejemplo, aquel tipo de conciencia con la que viven todos los así llamados hombres de naturaleza espontánea y activa. Apuesto lo que sea a que ustedes piensan que escribo todo esto para fanfarronearme y para burlarme de los hombres enérgicos y que, además, por necia chulería, hago ruido con el sable, como mi oficial. Pero señores, ¿quién puede vanagloriarse de sus enfermedades y, encima, pavonearse de ellas?

¿Por qué digo eso de mí, cuando lo hacen todos? Todos se vanaglorian de sus enfermedades y yo, probablemente, más que nadie. No vayamos a entrar en discusión; mi réplica es absurda. Pero a pesar de todo, estoy firmemente convencido de que no sólo mucha conciencia, sino que cualquier dosis de conciencia es una enfermedad. Mantengo mi opinión. Pero dejemos eso por el momento. Díganme sólo una cosa: ¿a causa de qué, y como si fuera hecho a propósito, en los mismos instantes, sí, en los mismísimos instantes, en que yo era capaz de tomar más conciencia de todas las sutilezas de «lo bello y lo sublime», como decían aquí antaño, tenía la sensación, no ya de tomar conciencia, sino de hacer cosas tan miserables, tan... en fin, cosas que, aunque probablemente las hagan todos, a mí, como si fuera a propósito, se me ocurrían precisamente entonces, cuando más conciencia tomaba de que no debía hacerlas? Cuanta más conciencia tomaba acerca del bien y de todo aquello que era «bello y sublime», a tanta más profundidad descendía yo en mi cieno, y más capaz era de hundirme definitivamente en él. Pero lo más importante era que todo eso no me ocurría casualmente, sino que parecía que así es como debía de suceder. Como si aquel estado fuera algo normal en mí, y ni mucho menos una enfermedad o deterioro, de modo que finalmente incluso terminé por perder las ganas de luchar contra ello. Acabé por dejar de creer (aunque en realidad puede que me lo creyera) que ese fuera mi estado normal. ¡Pero al principio, al comienzo de todo, cuánto sufrimiento me proporcionó esa lucha! Me parecía mentira que esto les pudiera estar sucediendo a

otras personas, y por ello lo mantuve como un secreto durante toda mi vida. Me avergonzaba de ello (hasta puede que incluso también ahora me avergüence); llegaba hasta el extremo de experimentar una satisfacción secreta, anormal y ruin, cuando durante alguna repugnante noche petersburguesa, de regreso a mi rincón, tomaba intensa conciencia de que también aquel día había realizado yo otra villanía, y que lo hecho ya no podía volverse atrás ni tampoco deshacerse; y así, a solas y en secreto, me reconcomía y me roía internamente; me roía por ello a dentelladas, torturándome y chupándome hasta que finalmente el sabor amargo terminaba por tornarse en un vergonzoso y maldito placer, y después, definitivamente en todo un deleite. ¡Sí, en un deleite, un deleite! Insisto en ello. Por eso saqué el tema, porque a pesar de todo, deseaba saber si también había gente que experimentaba ese tipo de placer. Les explicaré: el placer procedía aquí exactamente del exceso de conciencia de mi propia humillación; de sentir que había llegado hasta el último extremo; que aunque resultara repugnante, no podía ser de otro modo; que no tenía salida y que nunca podría convertirme en otro hombre; que incluso, quedando tiempo y fe suficientes para convertirme en alguna otra cosa, ni yo mismo, probablemente, deseara ya cambiar; y si lo hubiera deseado, tampoco con eso conseguiría nada, pues puede que en realidad, ya no pudiera convertirme en ninguna otra cosa. Pero lo más importante, al fin y al cabo, está en que todo eso procede conforme a las leyes más básicas y normales de la conciencia más aguda, así como de su correspondiente inercia que fluye directamente de esas leyes; de lo que se deduce que aquí ya no sólo no puede uno cambiarse por otro, sino que tampoco conseguiría nada intentándolo. Puede darse el caso, por ejemplo, que a consecuencia de excesiva conciencia, un canalla hasta se reafirme en su postura, como si se tranquilizara con ello, puesto que ya tiene la sensación de ser un canalla. ¡Pero ya basta...! ¡Vaya, me he embaldado! ¿Y qué es lo que llegué a explicar?... ¿Cómo podría explicarse el placer? ¡Pero terminaré por explicarme! ¡Llegaré hasta el final! Para eso he cogido la pluma y la tengo en mis manos.

Yo, por ejemplo, tengo mucho amor propio. Soy tan aprensivo y suspicaz, como pueda serlo un jorobado o un enano; pero a decir verdad, hubo momentos en mi vida, que si alguien me soltara una bofetada, incluso le agradecería el gesto. Lo digo completamente en serio: posiblemente hasta también en eso encontrara algún tipo de placer; se entiende, que el placer del arrepentimiento, dado que en él residen los placeres más ardientes, sobre todo, cuando tienes clara conciencia de que no hay salida alguna. Y además con esto, con la bofetada digo, hasta parece que la propia conciencia te aplasta revelándote la porquería con que te han untado. Y lo más importante, lo mire desde el ángulo que lo mire, es que siempre salgo en todo como si fuera culpable; y lo que es aún más ofensivo, es que por decisión de las propias leyes de la naturaleza, paso siempre por ser culpable, cuando en realidad soy inocente. Pero en primer lugar, si soy culpable, es porque soy más inteligente que

cuantos me rodean. (Siempre consideré que soy más inteligente que cuantos me rodeaban, y a veces, créanme, incluso de esto me llegué a avergonzar. En todo caso, durante toda mi vida he mirado a la gente un poco de reajo, sin que nunca pudiera mirarla directamente a los ojos). Finalmente, soy culpable porque de haber tenido yo magnanimidad de espíritu, hubiera sufrido mucho más al ser consciente de lo inútil que es ser magnánimo. Probablemente, nada sabría hacer con mi magnanimidad: ni siquiera perdonar, pues aún suponiendo, que el ofensor me agrediera conforme a las leyes de la naturaleza, tampoco a éstas las podría perdonar; ni olvidar, pues aún tratándose de las leyes de la naturaleza, éstas, a pesar de todo, ofenden a uno. Finalmente, incluso suponiendo que deseara no ser nada magnánimo, y, por el contrario, deseara vengarme de mi ofensor, tampoco podría vengarme de nada ni de nadie, porque probablemente no me decidiera a hacer nada ni pudiéndolo. ¿Que por qué no me hubiera decidido? Quiero decir un par de palabras sobre esto.

III

Vamos a ver: ¿qué hace aquella gente que sabe vengarse y que, generalmente, suele defenderse bien? Pues cuando el sentimiento de venganza se apodera de ellos, nada queda en su ser a excepción de ese sentimiento. Ese tal caballero, igual que un toro enloquecido arremetiendo con sus cuernos hacia abajo, no haría más que empeñarse en llegar hasta la meta, y, tal vez, sólo un paredón sería capaz de pararle. (A propósito: ante el paredón suelen flaquear los caballeros más cabales, es decir, la gente más enérgica y espontánea. Para ellos, el paredón no constituye un impedimento como para nosotros, gente que reflexiona y piensa, y que por consiguiente, no hace nada; tampoco es un pretexto para coger y darse uno la vuelta a mitad del camino, ya que eso es algo en lo que normalmente no suele creer nuestro hermano, pero que, a su vez, le agrada mucho. No, éstos flaquean muy sinceramente. Para ellos, el paredón posee algún elemento tranquilizador, algo moralmente permisivo e incluso místico... Pero dejemos lo del paredón para más tarde). Pues bien, a un hombre espontáneo de esas características, le considero yo un hombre auténtico, un hombre normal; tal y como le hubiera gustado verle a su más tierna Madre Naturaleza que le engendró en su seno terrenal. A un hombre así, lo envidio yo hasta el extremo de echar bilis por la boca. Es un ser estúpido, y sobre esta cuestión no pienso discutir con ustedes, ya que posiblemente un hombre normal deba ser estúpido. ¿Lo sabían ustedes? Puede que esto incluso sea muy bonito. Además, estoy absolutamente convencido de ésta, por así decirlo, sospecha; ya que si tomáramos, por ejemplo, la antítesis de un hombre normal, o sea, a un hombre con refinada conciencia, que ha salido, claro está, no de las entrañas de la Naturaleza, sino de una probeta (esto ya es casi algo místico, señores, pero también sospecho de ello), pues este hombre-probeta, a veces flaquea

ante su antítesis hasta tal punto, que con toda su refinada conciencia llega honestamente a considerarse a sí mismo como un ratón y no como persona. Bueno, que sea un ratón de refinada conciencia, pero un ratón, al fin y al cabo, cuando de lo que se trata es de un hombre, y por consiguiente, etc., etc. Y lo más importante es que él mismo se considera un ratón, sin que nadie se lo pida; y éste, es un punto muy importante. Observemos ahora a este ratón en plena acción: supongamos, por ejemplo, que esté ofendido (y casi siempre lo está) y que también desee vengarse. Posiblemente haya acumulado en su interior más rabia que l'homme de la nature et de la vérité, puesto que éste, a causa de su innata estupidez, considera su venganza sencillamente como algo justo; mientras que el ratón, por su refinada conciencia, niega que en ello haya un acto de justicia. Por fin, llegamos hasta la cosa misma, hasta el acto mismo de la venganza. Al infeliz ratón, al margen de la ruindad originaria, le ha dado tiempo a acumular en tomo a sí, un montón de porquería en forma de dudas y preguntas; a cercar cada pregunta de tantas innumerables cuestiones, que, sin querer, ha acopiado a su alrededor algo parecido a un brebaje fatal, a una suciedad apestosa, compuesta de todas sus dudas e inquietudes, y por último, de escupitajos con que lo cubren de pies a cabeza los hombres espontáneos y enérgicos, quienes en calidad de jueces y dictadores le rodean solemnemente riéndose a carcajadas de él. Claro está que no le queda más que resignarse, y con sonrisa de fingido desprecio en la que ni él mismo cree, colarse ignominiosamente en su agujero. Allí, en su abyecto y maloliente subsuelo, nuestro ofendido, humillado y ridiculizado ratón, se sumerge al instante, en la fría, venenosa y, lo que aún es más importante, en la eterna maldad. Durante cuarenta años estará recordando su ofensa hasta los detalles más vergonzosos, añadiendo particularidades cada vez más bochornosas y burlándose maliciosamente de sí mismo hasta irritarse con su propia fantasía. Él mismo se avergonzará de su fantasía, pero a pesar de todo, lo recordará y lo seleccionará todo, inventándose cosas nuevas que jamás existieron con la excusa de que también ellas podían haber ocurrido, y nada perdonará. Probablemente, de vez en cuando, incluso se vengue de algunas pequeñeces; se vengue de incógnito y taimadamente, sin terminar de creer en su derecho a vengarse, ni en el éxito de la venganza, sabiendo por adelantado, y por su propia experiencia, que él mismo sufrirá con la venganza cien veces más de lo que sufre aquél del que él se está vengando, cuando además, el otro, probablemente ni siquiera se haya enterado de ello. Hasta en su lecho de muerte lo recordará todo con el porcentaje acumulado durante todo ese tiempo y... Y precisamente en ese frío y abominable semiarrepentimiento y debilidad de la fe; en esa pena que le entierra en vida en el subsuelo durante cuarenta años; en esa forzosa y en parte dudosa situación sin salida y desesperanza; en todo ese veneno de deseos insatisfechos que penetraron su interior; en toda esa fiebre de dudas y decisiones tomadas para la eternidad y seguidas de nuevos arrepentimientos; en todas esas cosas, es donde se encuentra el

jugo de aquel extraño deleite del que antes hablé. Es hasta tal punto sutil, y se encuentra tan lejos del alcance de la conciencia, que la gente algo limitada, o simplemente los fuertes de nervios, no lo comprenderían en absoluto. «Puede que tampoco lo entiendan aquellos —añadirán ustedes sonriendo— que nunca recibieron una bofetada», y de ese modo me insinúan cortésmente que posiblemente también yo haya tenido en mi vida la experiencia de una bofetada, y que por esa razón hablo como todo un entendido. Me apuesto lo que sea, que eso es lo que ustedes piensan. Pero tranquilícense señores, no he recibido una bofetada, aunque me da exactamente igual lo que ustedes puedan pensar al respecto. Puede que incluso también lamente que en mi vida le haya dado yo pocas bofetadas a la gente. ¡Pero basta, ni una palabra más de este tan extraordinario e interesante tema para ustedes!

Proseguiré hablando tranquilamente sobre los fuertes de nervios que no entienden de las sutilezas de los placeres. Estos señores, en algunos casos, aunque mujan desaforadamente como auténticos toros, aportándoles esto mucho honor, no obstante, llegan al instante, como ya dije antes, a resignarse ante lo imposible. ¿Lo imposible equivale a un paredón de piedra? Pero ¿qué paredón de piedra? Bueno, se entenderá, que se trata de las leyes de la Naturaleza, de las deducciones de las ciencias naturales o de la matemática. Cuando, por ejemplo, te demuestren que descienes del mono, tienes que aceptarlo y dejar de enfurruñarte. Cuando te demuestren que en realidad una gota de tu propia grasa corporal debe serte más costosa que cien mil de tus prójimos, y que ese resultado decide finalmente por todas las así llamadas virtudes, obligaciones y demás quimeras y prejuicios, ¡acéptalo de una vez!, pues no tienes nada que hacer, ya que dos por dos es... matemática. Intenten contradecirlo.

«¡Hagan el favor! —les gritarán—, es inútil rebelarse. ¡Se trata, del dos por dos son cuatro! La Naturaleza no va a consultarlo con usted; poco le importan sus deseos, y si le gustan o no sus leyes. Deben aceptarla tal y como ella es, y por consiguiente, también aceptar todos sus resultados. Es decir, el paredón es el paredón, etc., etc.». ¡Pero Dios mío! ¿Y qué me importan las leyes de la Naturaleza y la aritmética, cuando no me gustan ni esas leyes, ni el dos por dos son cuatro? Claro está, que no podré romper ese paredón con mi frente si se me agotan las fuerzas; pero tampoco me resignaré ante él sólo porque tenga ante mí un paredón de piedra y porque me haya quedado sin fuerzas.

¡Como si un paredón de piedra de esas características, fuera en realidad un sosiego y encerrara en sí alguna clave para la paz sólo porque equivale al «dos por dos son cuatro»! ¡Oh, qué absurdo más grande! ¡Como si hubiera que entenderlo todo, tomar conciencia de todo, de todas las cosas imposibles y de todos los paredones de piedra! ¡Como si estuviera uno obligado a no resignarse ante las cosas imposibles y los paredones de piedra, cuando le da la gana de resignarse! Llegar por el inexpugnable

camino de la deducción lógica a la conclusión más repugnante acerca del eterno dilema, de que puede que tenga uno incluso la culpa por lo del paredón de piedra, a pesar de que la evidencia le demuestre todo lo contrario; y después, en silencio, y rechinando los dientes con impotencia, caiga voluptuosamente en la inercia de soñar que ni siquiera haya una persona con quien pueda uno enfadarse; que no hay un objeto concreto, y posiblemente jamás lo hubo; que aquí, la cosa está en que se ha dado un cambiazo, es decir, que se ha hecho un amaño, una trampa, un horrible brebaje —sin que nadie sepa de quién procede, ni a qué se debe—. ¡Pero al margen de las cosas que se ignoran y de todos los amaños, a pesar de todo, hay algo que termina por dolerle a uno, y cuantas más cosas ignore, tanto más fuerte se torna el dolor!

IV

—¡Ja, ja, ja! ¡Después de esto terminará por encontrar placer incluso en un dolor de muelas! —exclamarán ustedes riendo—.

—Bueno, ¿y por qué no? También en un dolor de muelas hay placer —contesto yo—. A mí me dolieron las muelas durante un mes entero; sé lo que me digo. Aquí, claro está, uno no está furioso en silencio, sino que gime de dolor; pero esos gemidos no son sinceros, son gemidos emitidos con escarnio, y ahí está la cosa. Esos gemidos expresan el placer del que está sufriendo; y de no experimentar uno en ellos algo de placer, no los emitiría. Éste, señores, es un buen ejemplo, y voy a proseguir con su desarrollo. En primer lugar, esos gemidos expresan, para nuestra conciencia, la humillación completa que reside en la inutilidad de nuestro dolor; expresan las leyes de la naturaleza, que a ustedes obviamente les importan un comino, pero que a pesar de todo, les hacen sufrir, cuando a ellas, por el contrario, nada de esto les ocurre. La conciencia expresa que no hay ningún enemigo, pero, no obstante, el dolor persiste; expresa que está usted frente al todopoderoso dentista Vagenheim y se encuentra completamente a merced del dolor de sus muelas; que éstas sólo dejarían de dolerle cuando alguien así lo desee, y si esto no ocurriera, le seguirán doliendo otros tres meses más. ¿Y qué ocurriría finalmente si continuara usted disconforme y protestando, a pesar de todo? Para su satisfacción personal únicamente le quedaría la posibilidad de propinarse una buena paliza a sí mismo y darse golpes lo más dolorosos posible contra el paredón; probablemente, no podría hacer nada más. Pues bien, de esas sangrantes ofensas, de esas burlas, aunque se ignore de quién provengan, finalmente nace ese placer capaz de llegar a veces hasta el más elevado deleite. Les ruego señores que escuchen alguna vez los gemidos que emite el hombre formado del siglo XIX que sufre a causa de su dolor de muelas, ya al segundo o tercer día; o sea, cuando comienza a gemir de un modo diferente al del primer día; es decir, gimiendo de otra

manera a la que produce el dolor de muelas; diferente también al modo en que gime cualquier hombre tosco; gimiendo por el contrario, al modo en que gime el hombre afectado por el desarrollo y la civilización europeas; gimiendo como hombre «que ha renunciado a sus raíces y los principios populares», por utilizar una expresión actual. Sus gemidos, prolongándose durante días y noches enteras, comienzan a ser detestables y repugnantemente rabiosos. Él mismo sabe que los gemidos no le aportarán ningún beneficio; sabe mejor que nadie que en vano se está atosigando e irritando a sí mismo y también a los demás; sabe muy bien que el público, delante del cual se está esforzando en representar su papel, y toda su familia, le escuchan con asco, no le creen un ápice, y en su interior piensan que podría hacerlo de otro modo; es decir, que podría gemir de un modo más sencillo, sin tanto trino y tanto quiebro, y que si lo hace así, es por rabia y porque se divierte con el escarnio. Pues bien, en la conciencia de todas esas vergüenzas, es donde se halla ese deleite. Es como si dijera: «les estoy alarmando, les estoy desgarrando el corazón, no dejo dormir a nadie. Pues bien, ¡que no duerman, y que sientan a cada minuto cuánto me duelen las muelas! Para ustedes ya no soy un héroe que antes quise aparentar, sino un pobre hombre, un hombrecillo ruin. ¡Pues bien, que así sea! Me alegro de que por fin me hayáis calado. ¿Les desagrada oír mis gemidos ruines? ¡Que les desagraden! Pienso emitir ahora otro trino aún más detestable...». ¿Siguen sin comprenderlo todavía, señores? Está claro que es preciso adquirir una profunda conciencia y estar bien formado para comprender todas las sinuosidades de ese deleite. ¿Se ríen ustedes? Eso me satisface. Por supuesto, que mis bromas son de muy mal gusto, desiguales, confusas y por ende, encierran algo de desconfianza. Pero es a causa de que ni yo mismo me respeto. ¿Acaso un hombre que tenga conciencia puede respetarse a sí mismo?

V

Pero ¿cómo puede resultar posible, cómo puede ser posible, que un hombre se respete mínimamente a sí mismo, cuando ha osado encontrar satisfacción en el sentimiento de su propia humillación? Y no digo eso a causa de algún remordimiento empalagoso. Además, nunca soporté decir: «perdone padrecito, no lo volveré a hacer», y no porque no fuera capaz de decirlo, sino que, por el contrario, puede incluso, que por aquello de que tuviera sobrada capacidad para ello, ¡y mucha! Hubo veces que sin tener culpa alguna, metía la pata como si fuera a propósito. Esto era lo más desagradable. En esas circunstancias se me enternece nuevamente el alma, me arrepentía, derramaba lágrimas engañándome a mí mismo, pero sin fingir en absoluto. Aquí el corazón me jugaba malas pasadas... De esto tampoco se podría culpar a las leyes de la Naturaleza, aunque, a pesar de todo, las leyes de la Naturaleza, continuamente, y más que nada en el mundo, me han estado ofendiendo durante toda

mi vida. Resulta repugnante recordarlo ahora, aunque también lo era entonces. Ha habido veces, que al minuto, ya pensaba con rabia que todo eso era mentira; una mentira abominable y fingida. Me refiero a todos esos arrepentimientos, a esas emociones, a todos esos propósitos de enmienda. Dirán ustedes, que para qué he estado revoleándome y martirizándome a mí mismo. La respuesta es: porque resulta aburrido permanecer sentado y cruzado de brazos; por eso me lanzaba a hacer excentricidades. Sí, así era. Y si ustedes se observaran más a sí mismos, comprenderían que esto es así. Yo mismo me imaginaba las aventuras y me inventaba la vida para poder vivir de algún modo.

¡Cuántas veces ocurrió que me enfadaba a propósito, así, sin motivo alguno! Ha habido veces que, sabiendo yo mismo que me había enfadado sin motivo, la tomaba conmigo, sacándome hasta tal punto de las casillas, que finalmente me llegaba a enfadar de verdad. Como durante toda mi vida me sentí inclinado a hacer esas jugadas, terminé finalmente por no ser dueño de mí mismo. En una ocasión, quise enamorarme a la fuerza; incluso fueron un par de veces. Señores, ¡pero si yo sufría! ¡Se lo aseguro! Y aunque en el fondo del alma me pareciera mentira que sufriera, pues la burla estaba presente, a pesar de todo sufría, y encima, sufría auténtica y verdaderamente; sintiendo celos y poniéndome furioso... Y todo eso lo hacía porque me aburría; la inercia aplasta a uno. El fruto directo, legítimo e inmediato de la conciencia es la inercia, es decir, el no hacer nada a conciencia. Ya he aludido a eso más arriba. Y ahora lo repito, lo repito con insistencia: que toda la gente espontánea y activa, es activa porque es estúpida y limitada. ¿Cómo lo explicaría yo? Pues del siguiente modo: que esa gente, a consecuencia de su limitación, toma por primarias las causas más próximas y secundarias, convenciéndose antes y más fácilmente que los demás, de que ha hallado una base firme para sus convicciones y con ello se tranquiliza; y esto es lo que realmente importa. Pues para comenzar a actuar, antes que nada, debe estar uno absolutamente tranquilo para no sembrar ningún tipo de dudas. ¿Pero cómo puedo tranquilizarme yo mismo? ¿Dónde están esas causas primarias en que pretendo apoyarme? ¿Dónde están las bases? ¿De dónde voy a sacarlas? Si me pongo a reflexionar, compruebo que cualquier causa primaria arrastra consigo otra, aún más primaria que la anterior, y así, sucesivamente hasta el infinito. Precisamente en ello está la esencia de toda conciencia y de todo pensamiento. Esto nuevamente debe de ser propio de las leyes de la Naturaleza. ¿Y cuál es el resultado final? Pues el mismo. Recuerden lo que dije antes sobre la venganza. (Probablemente no se hayan percatado de ello). Dicen que el hombre se venga porque busca justicia. Quiere decirse que ha encontrado una causa primaria, una base, y para ser más exactos, justicia. Por tanto, la tranquilidad le rodea por doquier, y por consiguiente, se venga tranquila y felizmente como si estuviera convencido de que actúa honesta y justamente. Pero es que yo no veo que aquí haya justicia, ni tampoco encuentro en

ello virtud alguna, y por tanto, si me propusiera vengarme de algo, lo haría únicamente por rabia. Claro que la rabia bien pudiera vencerlo todo; todas mis dudas, y por consiguiente, haberme servido perfectamente de causa primaria, precisamente por aquello de que no lo es. Pero qué le voy a hacer si ni siquiera tengo rabia (en este punto comencé el tema). En mi caso, también la rabia está sujeta a las descomposiciones químicas de las malditas leyes de la conciencia. Mira uno y el objeto parece escapársele, las razones se esfuman, no se encuentra el culpable, la ofensa deja de ser ofensa, y el fatum se convierte en algo parecido al dolor de muelas del que nadie tiene la culpa. Sólo te queda la salida de siempre; darte un golpe lo más doloroso posible contra el paredón, y después olvidarte de todo, porque no hallaste la causa primaria. De lo contrario, déjate llevar por tu impulso ciegamente, es decir, sin razonar y sin buscar una causa primaria; ahuyentando la conciencia, aunque sólo durante ese instante; intenta odiar o amar, con tal de no estarte con los brazos cruzados y sin hacer nada. Pasados dos días como máximo, comenzarás a despreciarte a ti mismo por haberte engañado. Y el resultado será una pompa de jabón y la inercia. ¡Oh, señores, puede que me considere una persona inteligente sólo por aquello de que durante toda mi vida nunca pude comenzar ni acabar nada! Bueno sí, soy un charlatán, un charlatán inofensivo y sensible, como lo somos todos. ¡Pero qué se le va a hacer, si la única finalidad de cualquier hombre inteligente consiste en la charlatanería, o sea en el premeditado hablar por hablar!

VI

¡Oh, señores, si sólo fuera por la pereza por lo que no hago nada! ¡Cómo me respetaría entonces! Me respetaría por ser capaz de tener pereza; aunque sólo pudiera tener en mí una cualidad algo positiva de la que yo mismo me sintiera seguro. Si surgiera la pregunta: «¿quién es ese?» —la respuesta sería: un gandul—. Sería de lo más agradable poderlo oír de uno mismo. Significaría que estoy definido positivamente, significaría que hay algo que pueda decirse sobre mí. «¡Gandul!». Si eso es todo un título y un destino; es una carrera. No se lo tomen ustedes a broma, es así. Entonces, por derecho propio, sería miembro del club más exquisito, y me ocuparía únicamente de respetarme a mí mismo. Conocí a un caballero que durante toda su vida se ha estado enorgulleciendo de ser un buen conocedor del vino Lafitte. Lo consideraba su dignidad y nunca dudó de sí mismo. Murió, no ya con la conciencia tranquila, sino triunfante, y estaba en su derecho. Yo, por el contrario, me hubiera buscado una carrera; sería un gandul y un tragón, pero no uno cualquiera, sino el que fuera capaz de compartir sus ideas con todo lo bello y lo sublime. ¿Qué les parece? Hace tiempo que llevo imaginándomelo. Eso de lo «bello y lo sublime» me ha estado acogotando bastante, ahora que he cumplido los cuarenta; ¡y eso, porque tengo los

cuarenta, pues antes era diferente! Me hubiera buscado rápidamente una actividad que me correspondiera —a saber: la de beber a la salud de todo lo bello y lo sublime. Me buscaría cualquier pretexto para echar primero una lágrima en mi vaso, y después brindar por todo lo bello y lo sublime. Todo cuanto existe en el mundo lo convertiría en bello y sublime, e incluso lo rescataría de la porquería más vil e inmundada. Sería tan lacrimógeno como una esponja mojada. Supongamos, por ejemplo, que un artista pinta un determinado cuadro. Al instante, bebería a la salud del artista que pintó ese cuadro, porque amo todo lo bello y lo sublime. Si un autor escribe «a cada cual lo que le dé la gana», al instante, bebería a la salud de «a cada cual lo que le dé la gana», porque amo todo lo bello y lo sublime. Exigiría que se me tuviera respeto, y perseguiría a aquél que no me lo tuviera. Viviría tranquilo y moriría triunfante. ¡Si esto es una maravilla, una verdadera maravilla! ¡Y qué barriga más espléndida podría llegar a lucir, qué triple papada, qué nariz de sándalo! Cualquiera que me viera, exclamaría al verme: «¡Eso sí que es tener ventaja! ¡Eso sí que es verdaderamente positivo!». Y lo quieran ustedes o no, este tipo de respuestas resultan muy agradables de oír en este negativo siglo nuestro.

VII

Pero todo esto no es más que un sueño dorado. ¡Oh, dirán ustedes! ¿Quién fue el primero que dijo, el primero que proclamó que el hombre hace marranadas sólo porque ignora sus verdaderos intereses y que si se le instruyera debidamente, si se le abrieran los ojos para ver aquello en que consisten sus verdaderos y auténticos intereses, al instante dejaría de hacer marranadas y se volvería bueno y noble, porque siendo instruido y comprendiendo verdaderamente dónde están las ventajas, encontraría su propia ventaja en la bondad, pues como es bien sabido para todos, nadie obra a conciencia en contra de sus propios intereses, y en consecuencia, también él, se vería necesariamente obligado a hacer el bien? ¡Oh, ingenua y pura criatura! ¿Cuándo, durante estos últimos milenios, ha actuado el hombre movido únicamente por su propio interés? ¿Qué hacer con los millones de datos que testifican que la gente con conocimiento de causa, es decir, aquellos que comprendieron perfectamente en qué consistían sus verdaderos intereses, los hayan dejado en segundo plano y se hayan precipitado por otro camino en pos del riesgo y del azar, sin que nada ni nadie les obligara a ello, como si únicamente les moviera el deseo de esquivar el camino señalado y probar terca y voluntariamente otro, más difícil y disparatado que tenían que buscar casi entre las tinieblas? Será, que en efecto preferían esa terquedad y esa voluntariedad frente a la ventaja... ¡Ventaja! Pero ¿qué es la ventaja? ¿Se atreverían a arriesgarse a definir en qué consiste exactamente la ventaja para el hombre? ¿Qué ocurriría si se diera el caso de que alguna vez la ventaja

para el hombre no sólo pudiera, sino que debiera consistir en desear para uno mismo no ya algo ventajoso, sino algo que incluso fuera malo? Y si fuera así, y se diera un solo caso de esas características, entonces la regla entera se iría al garete. ¿Creen que existen casos así? Se ríen ustedes; ¡pues ríanse caballeros! ¡Pero respondan, si las ventajas humanas pueden ser calculadas con precisión! ¿Acaso no habría casos que no sólo no podrían pertenecer a las ventajas, sino que tampoco encajarían en ningún tipo de clasificación? Pues me consta caballeros, que para ustedes, todo su registro de ventajas humanas se basa en la media aritmética que toman de datos estadísticos, así como de estudios de fórmulas científicas y económicas. Si para ustedes la ventaja consiste en la prosperidad, en la riqueza, en la libertad, en la paz, etc., etc.; de manera que el hombre que fuera a propósito, y manifiestamente, en contra de todo ese registro, sería para ustedes, y claro está que también para mí, un obscurantista o un loco de atar. ¿Acaso no es verdad? Pero lo que es aún más sorprendente, es que todos esos estadistas, esos sabios y amantes de la humanidad, cuando se ponen a hacer el recuento de las ventajas humanas, siempre omiten una. Incluso no la tienen en cuenta en el sentido que debieran tenerla, y de ello depende todo el cálculo. No costaría gran cosa coger esa tal ventaja e introducirla en su correspondiente lista. Pero el problema reside en que esa sabia ventaja no encaja en ninguna clasificación, ni tiene cabida en lista alguna. Pongamos, por ejemplo, el hecho de tener un amigo... ¡Sí señores! También sería un amigo para ustedes. ¿Y para quién no? Poniéndose manos a la obra, ese caballero al instante les expondría ampulosa y claramente su manera de proceder conforme a las leyes de la razón y de la verdad. Y por si fuera poco, les hablaría con entusiasmo y pasión de los verdaderos y normales intereses del hombre; escarnecería a los estúpidos miopes que no comprenden en qué consisten sus ventajas, ni la verdadera finalidad de la virtud; justo al cabo de un cuarto de hora, sin ningún motivo aparente, y por algo que precisamente le sale de dentro, y que es más fuerte que todos sus intereses, iría él y soltaría alguna cosa completamente diferente; es decir, algo totalmente contrario a lo que él mismo decía: algo que fuera contrario a las leyes de la razón y el interés de uno; es decir, contrario a todo... Les adelantaré que mi compañero es un ente colectivo, y por ello resulta algo difícil culparle a él sólo. Y no podría ser, señores, que en realidad exista algo que casi a cualquier hombre le es más valioso que todas las ventajas del mundo o (para no alterar la lógica) que exista una tal ventaja que sea la más ventajosa de todas (concretamente la que deja pasar por alto aquello de lo que hemos estado hablando ahora); la que sea más importante y ventajosa de todas las otras ventajas, y por la cual, si fuera necesario, iría el hombre en contra de todas las leyes, es decir, en contra de la razón, del honor, de la paz y de la virtud —en una palabra, iría en contra de todas esas maravillosas y útiles cosas, con tal de alcanzar esa primera y más valiosa ventaja que le es más preciada que nada—.

—Bueno —interrumpirán ustedes—, pero sigue tratándose de ventajas. No obstante, permítanme explicarme, pues la cosa no está aquí en un simple juego de palabras, sino en que esa tal ventaja, es tanto más preciada, cuanto desbarata todas esas clasificaciones nuestras y rompe continuamente los sistemas que establecen los amantes del género humano en pro de la felicidad de éste. En una palabra, la que siempre resulta ser muy molesta. Pero antes de nombrarles esa ventaja, quisiera comprometerme personalmente, y por ello declaro en tono impertinente que todos esos sistemas tan maravillosos, todas esas teorías que explican a la humanidad sus intereses más genuinos y normales, para que ésta en su inevitable afán por alcanzarlos se convierta inmediatamente en buena y noble, en mi opinión, no son, por el momento, más que cuestiones de logística. ¡Sí, de logística! Porque afirmar la teoría de la regeneración de todo el género humano por medio del sistema de sus propios intereses, a mi parecer, es casi lo mismo... que afirmar, siguiendo a Buckle, que la civilización ablanda al hombre, y por consiguiente, lo vuelve menos sanguinario y belicoso. Según la lógica, parece que así es como debiera de ser. Pero el hombre es hasta tal punto aficionado al sistema de las deducciones abstractas, que siempre está dispuesto a distorsionar la verdad intencionadamente y a negar la certeza captada por los sentidos, con tal de justificar su lógica. He escogido el siguiente ejemplo que voy a poner, precisamente por su claridad. Miren a su alrededor: la sangre corre a raudales y de una forma tan sumamente alegre como si del champán se tratara. Aquí tienen ustedes todo nuestro siglo XIX en que vivió Buckle. Aquí tienen a Napoleón, el grande de antes y el de ahora. Aquí tienen la América del Norte, la de la unión perpetua. Aquí tienen finalmente al caricaturesco Schleswig-Holstein... ¿Qué es lo que ha suavizado en nosotros la civilización? Lo único que ésta ha aportado al hombre es una multitud de sensaciones y... decididamente, nada más. Pero con el desarrollo de esa multiplicidad de facetas, el hombre probablemente llegue al extremo de encontrar placer incluso en la sangre. Esto ya ha ocurrido antes. Se han percatado ustedes que los más sofisticados derramadores de sangre casi siempre han sido unos caballeros de lo más civilizados, a los que ni todo tipo de Atilas ni de Stenkas Razins llegarían a la suela de los zapatos. Y si, por el contrario, no destacan tanto como ellos, es porque parecen demasiado familiares, demasiado corrientes, cuando se los encuentra uno. En todo caso, si con la civilización, el hombre no ha llegado a ser más sanguinario, entonces probablemente se ha hecho todavía peor y más vilmente sanguinario de lo que era antes. Porque antes, él veía justicia en el derramamiento de sangre y con conciencia tranquila aniquilaba a quien fuera necesario; sin embargo, ahora, aunque consideremos el derramamiento de sangre como algo abominable, a pesar de todo, probablemente hasta lo practiquemos más que antes. Decidan ustedes mismos qué es peor. Dicen que Cleopatra (disculpen por el ejemplo escogido de la historia romana) gustaba de clavar alfileres de oro en los pechos de sus esclavas y encontraba placer en

sus gritos y convulsiones. Dirán que esto ocurría en tiempos, por así decirlo, bárbaros; pero también ahora vivimos tiempos bárbaros, porque (también por así decirlo) todavía se siguen clavando alfileres; y el hombre, aunque haya aprendido a ver algunas cosas con más claridad que en los tiempos de la barbarie, se encuentra aún muy lejos de habituarse a obrar conforme a la razón y la ciencia. Pero a pesar de todo, estarán ustedes absolutamente convencidos de que el hombre sin duda alguna aprenderá cuando desaparezcan por completo algunas viejas y absurdas costumbres y cuando el sentido común y la ciencia reeduquen completamente la naturaleza humana y la orienten adecuadamente. Estarán convencidos también de que, para entonces, el hombre dejará voluntariamente de equivocarse y, por decirlo de alguna manera, no deseará que exista discordia entre su voluntad y sus intereses normales. Por si fuera poco: dirán que, para entonces, la propia ciencia enseñará al hombre (aunque en mi opinión esto sería un lujo) que éste en realidad no tiene, ni nunca ha tenido, voluntad ni capricho, y que él mismo no es más que un teclado de piano o el perno de un órgano; que por encima de todo, existen en el mundo las leyes de la Naturaleza y que todo cuanto él haga, no se hace conforme a su deseo, sino por sí mismo, es decir, conforme a las leyes de la Naturaleza. Por consiguiente, le bastará al hombre con descubrir esas leyes de la Naturaleza para dejar de responsabilizarse de sus actos y para que la vida se le presente entonces extraordinariamente fácil. Entonces, todos los actos humanos se codificarán conforme a esas leyes, es decir, conforme a las matemáticas, al estilo de las tablas de logaritmos, hasta el 108 000, y se reflejarán en los calendarios; o lo que sería aún mejor, saldrán ediciones bienintencionadas, similares a los actuales diccionarios enciclopédicos, en los que todo aparecerá tan bien calculado y anotado, que ya no habrá en el mundo lugar para las aventuras ni para actos individuales.

Entonces —todo eso lo dirán ustedes— entrarán en vigor las nuevas relaciones económicas, completamente preparadas y calculadas con tal exactitud matemática, que al momento desaparecerá cualquier posible interrogante, precisamente porque para éstas, siempre habrá una multitud de respuestas. Para aquel entonces, será cuando se termine de construir el Palacio de Cristal. Y será cuando... Bueno, resumiendo, llegará volando el pájaro Kagú. Claro está, que nunca podría garantizarse (eso lo digo yo) que para entonces, no se aburriera excesivamente el hombre (¿pues qué haría él, cuando todo estuviera perfectamente calculado conforme a la tabla?) a cambio de que todo marchara con extraordinaria cordura. ¡Lo que no se inventará por aburrimiento! Porque también por aburrimiento se clavan alfileres de oro, pero no importa. Lo que resultaría peor (eso nuevamente lo digo yo) es que hasta los alfileres de oro llegaran probablemente a ser un motivo de alegría. Porque el hombre es estúpido, excepcionalmente estúpido. Y aunque no fuera completamente estúpido, resulta ser tan desagradecido, que no hay nada que se le parezca. A mí, por ejemplo,

no me extrañaría nada, que de pronto, en medio de esa futura circunspección general, surgiera un caballero que, con una fisionomía vulgar, o mejor dicho, con aspecto retrógrado y burlón, se pusiera brazos en jarras y nos dijera a todos: «Bueno señores ¿y por qué no echamos de una vez abajo esa cordura, para que todos esos logaritmos se vayan al demonio y finalmente podamos vivir conforme a nuestra absurda voluntad?». Y tampoco eso importaría mucho, pues lo verdaderamente lamentable sería que enseguida encontraría adeptos para seguirle; así es el hombre. Y todo eso ocurre por un motivo tan fútil que no merece la pena ni recordarlo. Es decir, que el hombre siempre y en todo lugar, siendo él quien fuere, ha gustado de actuar a su modo, y no tal y como le indican la cordura y la ventaja; es más, incluso es posible desear algo que vaya en contra del propio interés de uno, y a veces, hasta debería ser positivo actuar así (esto es una idea mía). Porque el deseo propio, voluntario y libre de uno, el capricho, aunque sea el más salvaje de todos, la fantasía exasperada y llevada hasta la locura, forma parte de aquella ventaja que se omitió y que resulta ser la más ventajosa de todas, porque no se atiene a ninguna clasificación, y porque a causa de ella se van continuamente al garete todos los sistemas y teorías imperantes. ¿De dónde sacan todos esos sabios, que el hombre necesita una voluntad normal, una voluntad virtuosa? ¿De dónde sacan que el hombre precisa indispensablemente de una voluntad que le sea provechosa? El hombre únicamente necesita de una voluntad autónoma, le cueste ésta lo que le cueste, y le traiga las consecuencias que le traiga. Aunque cualquiera entiende de tal voluntad...

VIII

—¡Ja, ja, ja! —me interrumpirán ustedes con una carcajada—. ¡Si la voluntad no existe! Hoy día la ciencia ha llegado hasta el punto de desvincular al hombre de su anatomía, pues de sobra es sabido que la voluntad, y el así denominado libre albedrío, no son más que...

—Esperen, señores, yo mismo quise comenzar desde este punto. Pero confieso que hasta me daba un poco de miedo. Estaba a punto de decir a voz en grito que sólo el demonio sabe de qué depende la voluntad, y que probablemente esto hasta podría ser una bendición de Dios, pero me acordé de la ciencia y... frené la lengua. Y en ese momento, comenzaron a hablar ustedes. Pues si en verdad, algún día se encontrara una fórmula que explicara nuestra voluntad y nuestros caprichos, o mejor dicho, que indicara de qué dependen éstos, así como las leyes conforme a las que rigen; cómo se reproducen, hacia dónde tienden en cada caso concreto, etc., etc., es decir, que se encontrara una verdadera fórmula matemática, entonces, probablemente el hombre dejaría instantáneamente de desear; es más, seguro que dejaría de desear. Pero ¿cómo se puede desear algo conforme a una tabla matemática? Por si fuera poco, el

hombre se convertiría al instante en un simple perno de un órgano de música o algo por el estilo, pues qué otra cosa más que el perno del rodillo de un órgano musical podría ser el hombre que no deseara nada, que no tuviera libre albedrío ni voluntad alguna. ¿Qué piensan al respecto? Procedamos a calcular las probabilidades ¿Puede o no puede pasar esto?

—Hum... —decidan ustedes mismos—, la mayoría de las veces nuestra voluntad resulta errónea a causa del equívoco punto de vista que tenemos sobre nuestras ventajas. Por ello, a veces deseamos cosas absolutamente absurdas, pues a causa de nuestra estupidez, vemos en ellas el camino más fácil para la consecución de alguna presunta ventaja. Pero el día en que todo esté explicado y calculado sobre el papel (lo que es muy probable, ya que resulta repugnante pensar que haya leyes de la Naturaleza que el hombre jamás descubrirá), entonces será cuando desaparezcan los así llamados deseos. Porque el día en que la voluntad esté completamente confabulada con la razón, será cuando razonaremos y ya no desearemos, pues resultará imposible desear algo que no tenga sentido para la razón, teniendo en cuenta que no podremos proceder contrariamente a ella deseando algo malo para uno mismo... Y puesto que para entonces la voluntad y la razón estarán ya completamente calculadas, ya que algún día se descubrirán las leyes de nuestro, así llamado, libre albedrío, será cuando se establezca, y no es broma, algo parecido a una tabla matemática, de modo que realmente terminaremos por desear conforme a ella. Porque si a mí, por ejemplo, alguien me calcula y me demuestra con exactitud, que cuando yo le hice el corte de mangas a fulano, lo hice porque no podía no hacérselo, y porque estaba determinado a ello, en tal caso, también debería de contestarme ¿de qué libertad puedo disponer yo entonces, teniendo en cuenta que soy un hombre instruido, que en su día se licenció en ciencias? De este modo, hasta podría calcular toda mi vida con treinta años de anticipación. En una palabra, si esto fuera a ocurrir, ya nada podríamos hacer, pues a pesar de todo, habríamos de aceptarlo. Al margen de esto, debemos de repetirnos sin cesar, que inevitablemente, en un momento determinado y en unas circunstancias concretas, la naturaleza no va a venir a consultarnos nada; que debemos aceptarla tal y como ella es, y no tal y como nos la imaginemos; y si se diera el caso de que realmente tendiéramos hacia la tabla matemática y el calendario, y bueno... incluso también hacia la probeta, pues entonces ¿qué podríamos hacer, más que aceptar la probeta! No fuera a ser que ella decidiera por sí misma, sin contar con nadie.

—¡Sí, señores, para mí, aquí es donde está el meollo! Me perdonarán que haya empezado a filosofar; ¡pero en todo esto hay cuarenta años de subsuelo! Permítanme que me explaye un poco con la fantasía. Verán: la razón es indudablemente algo excelente, pero la razón es únicamente razón, y sólo satisface las cualidades racionales del hombre, mientras que la voluntad viene a ser manifestación de la vida entera, es

decir, de la vida completa del hombre, incluyendo en ésta, tanto la razón como todo tipo de especulación. Y aunque nuestra vida en esta manifestación se nos presente a menudo como una porquería, es, a pesar de todo, vida, y no mera extracción de la raíz cuadrada. Porque yo, por ejemplo, deseo vivir indudablemente para satisfacer todas mis cualidades vitales, y no sólo para satisfacer mi capacidad racional, es decir, para satisfacer únicamente una milésima parte de todas mis cualidades vitales. Pues ¿qué es lo que sabe la razón? La razón sólo sabe aquello que le dio tiempo a aprender (probablemente, no llegará a saber ninguna cosa más; y aunque ello en absoluto me tranquiliza, ¿por qué habría de callármelo?); mientras que la naturaleza humana actúa como un todo, al unísono con todo cuanto posee en sí, consciente e inconscientemente, y aunque a veces pueda engañar, a pesar de todo, vive. Sospecho que me miran ustedes con lástima; además, me repiten que un hombre culto y bien formado, en una palabra, tal y como lo será en el futuro, no puede desear a propósito algo que no le sea ventajoso, pues se trata de una certeza matemática. Estoy absolutamente de acuerdo, ya que realmente se trata de una evidencia matemática. Pero a pesar de ello, les repito por centésima vez, que hay un caso, y sólo uno, en el que el hombre puede conscientemente y a propósito, desear para sí mismo algo que le sea incluso perjudicial; algo estúpido, sí, de lo más estúpido, a saber: tener derecho a desear algo que le sea absolutamente estúpido sin estar sujeto a la obligación de desear sólo cosas inteligentes para uno mismo. Porque aquello que es absolutamente estúpido, aquello que es un capricho, en realidad, puede ser lo más ventajoso del mundo para nuestro hermano, sobre todo, teniendo en cuenta algunos casos concretos. Es más, puede que le sea más ventajoso que nada, incluso en aquellos casos en que sea verdaderamente dañino o en los que contradiga las deducciones de nuestro sano juicio sobre las ventajas, porque en cualquier caso, seguirá conservando algo que es lo más importante y preciado para nosotros, a saber, nuestra personalidad y nuestra individualidad. Algunas personas mantienen que esto realmente es lo más valioso que tiene el hombre; la voluntad, claro está, podrá coincidir cuando quiera con la razón, especialmente si no se abusa de ella y se la utiliza con mesura; esto es beneficioso y a veces incluso loable. Pero la voluntad, a menudo, y en la mayoría de los casos, está en total y directo desacuerdo con la razón, y... y... y ¿saben ustedes que también esto es beneficioso y, a veces, digno de alabanza? Supongamos señores, que el hombre no es estúpido. (En realidad, no se puede decir esto acerca de él, aunque sólo fuera por aquello de que si realmente fuese estúpido, entonces ¿quién sería el listo?). ¡Pero aunque no sea estúpido, a pesar de todo, es monstruosamente desagradecido! Fenomenalmente desagradecido. Incluso pienso que la mejor definición del hombre sería: un sujeto desagradecido con un par de piernas. Pero eso no es todo; ese todavía no es su principal defecto; su principal defecto consiste en la continua ausencia de una conducta moral, remontándonos al pasado, empezando por

el Diluvio Universal y terminando con el periodo de Schleswig-Holstein sobre el destino de la humanidad. Y donde no haya un sentido moral, tampoco habrá cordura; pues desde hace mucho se sabe que la falta de cordura viene a causa de la ausencia del sentido moral. Intenten echar un vistazo a la historia de la humanidad. ¿Qué es lo que ven? ¿Majestuosidad? Puede que sea majestuosidad; pues ¿cuánto puede valer el Coloso de Rodas, por ejemplo? No en vano el señor Anaievski mantiene, que unos dicen que es una obra humana, mientras que otros, afirman que se trata de la creación de la propia Naturaleza. ¡Qué mezclanza! Puede que así sea; bastaría únicamente con saber distinguir los uniformes de gala de militares y civiles usados por todos los pueblos a lo largo de la historia; ¡con lo que cuesta! ¡Y no digamos ya los uniformes que se usaban a diario! ¡Allí te pierdes! ¡No se encontraría un sólo historiador que los distinguiera! ¿Uniformidad? Probablemente también se trate de uniformidad: peleas, peleas y más peleas; hay peleas ahora como también las hubo antes y las habrá después. ¿Estarán conmigo que se trata de algo excesivamente uniforme? Resumiendo, se puede decir todo acerca de la historia universal, todo cuanto le venga a uno a la cabeza, máxime si se tiene la imaginación desatinada. Sólo una cosa no se podría decir: que haya sido cuerda. Se atragantarían en la primera palabra. Y he aquí con lo que uno se topa a cada minuto: continuamente se encuentran en la vida personas tan racionales y tan morales, tan sabias y tan amantes del género humano, que se proponen como meta llevar una intachable vida moral y racional, para poder iluminar al prójimo y demostrarle que realmente resulta posible vivir la vida de un modo moral y racional. ¿Y qué ocurre? Es sabido que muchos de esos amantes de la humanidad, tarde o temprano, o incluso ya al final de sus vidas, han cambiado de opinión haciéndose objeto de algunas anécdotas, a veces, de lo más indecorosas. Ahora yo les pregunto: ¿y qué es lo que se puede esperar del hombre como sujeto dotado de cualidades tan raras? Pues si le cubren ustedes con todo tipo de bienes terrenales y le sumergen completamente en un pozo de felicidad, de manera que en la superficie de esa felicidad, sólo apareciesen unas pompas como si del agua se tratara; después le ofrecen una situación económica tan cómoda que ya nada le quede por hacer a excepción de dormir, comer alfajores y gestionar la continuidad de la historia universal; y no tardarán en comprobar que el hombre, ese hombre digo, a causa de su naturaleza tan desagradecida y ruin, terminará por hacer una villanía. Arriesgará incluso sus alfajores, y se encaprichará a propósito de la cosa más perniciosa y absurda; el sinsentido más antieconómico, con tal de añadir a toda esa positiva cordura su más nefasto elemento fantástico. Es más, serán concretamente sus sueños fantásticos y su trivial estupidez, aquello que precisamente desee conservar para sí mismo con el fin de reafirmar ante su persona (exactamente esto es lo que resulta imprescindible) que los hombres son todavía hombres, y no un simple teclado de piano que, aunque tocado por las propias manos de las leyes de la Naturaleza, a pesar de todo, amenaza con

estropearlo todo hasta el punto de no querer uno ya desear nada a excepción del calendario. Y por si fuera poco: incluso en el caso de ser él realmente un teclado de piano, y de serle demostrado ello por medio de las ciencias naturales y matemáticas, tampoco en ese caso entraría él en razones, pues a propósito, y a causa de su ingratitud, haría algo que fuera en contra; o más exactamente, lo haría con tal de salirse con la suya. Y si se diera el caso de que no dispusiera de medios, entonces, para salirse con la suya, inventaría la destrucción y el caos, así como todo tipo de sufrimientos. Maldeciría el mundo, y como sólo el hombre puede maldecir (éste es un privilegio que le distingue básicamente de otros animales), probablemente al maldecir, consiguiera lo que se proponía: convencerse de que es un hombre, y no un teclado de piano. Si dijeran ustedes que también todo esto resulta posible calcularlo conforme a una tabla matemática, así como también el caos, las tinieblas y la maldición, y que el anticipado cálculo de probabilidades sería capaz de pararlo todo para que triunfara la razón, entonces el hombre fingiría haciéndose pasar por loco, para así librarse de la razón y salirse con la suya. Creo que esto es así, y respondo de ello, porque parece ser que el rasgo característicamente humano precisamente reside en que el hombre a cada minuto pueda demostrarse a sí mismo que él es un hombre, y no un simple perno. ¡Con tal de demostrarlo haría cualquier cosa, hasta convertirse en un troglodita! Y después de todo esto, ¿acaso no habremos de alegrarnos de que todavía no ocurran estas cosas? Y mientras tanto, sólo el demonio sabe de qué depende la voluntad...

Ustedes me gritarán (si se honran en dirigirme sus gritos) que nadie me está privando de mi voluntad; que aquí lo único que se trata de conseguir es que mi libre albedrío coincida, por su propia voluntad, con mis intereses normales y las leyes de la Naturaleza y la aritmética.

—¡Oh, señores! ¿Pero qué libre albedrío puede haber aquí, cuando el asunto llega hasta el punto de disponer de una tabla matemática y aritmética, y cuando sólo existe el «dos por dos son cuatro»? Si «dos más dos», también serán cuatro, sin mi libre albedrío. ¿Cómo puede existir un libre albedrío así?

IX

Señores, claro que estoy bromeando y sé que mi broma es algo inoportuna, pero no deben de tomar a chunga cuanto digo. Puede que incluso esté bromeando, y, a la vez, rechinando los dientes. Además, hay algunas cuestiones que me incomodan; resuélvanmelas. Ustedes, por ejemplo, intentan hacer cambiar de costumbres a un hombre, así como de corregir su voluntad conforme a las exigencias de la ciencia y el sentido común. Pero ¿cómo saben ustedes que al hombre, no sólo se le puede, sino que se le debe corregir? ¿Cómo pueden concluir, que es necesario cambiar la voluntad del hombre? En una palabra, ¿cómo pueden saber con certeza que este tipo

de cambios, realmente le vayan a aportar una ventaja? Y si hemos de decirlo todo ¿por qué razón están tan seguros y convencidos de que cuando no se va en contra de las verdaderas y auténticas ventajas garantizadas por las deducciones de la razón y la aritmética, es siempre algo realmente ventajoso para el hombre, pues se trata de una ley que rige para toda la humanidad? Porque, de momento, eso no pasa de ser una suposición. Supongamos que se trata de una ley de la lógica, y puede que en absoluto sea cosa de ley humana. Posiblemente piensen que estoy loco. Permítanme errar. Estoy de acuerdo en que el hombre es un animal básicamente creador, que está determinado a tender conscientemente hacia un fin, así como a ocuparse del arte de la ingeniería, es decir, que está eterna e ininterrumpidamente determinado a abrirse caminos hacia cualquier lugar. Puede que precisamente por esto, a veces, le apetezca salirse hacia un lado del camino, porque siempre está obligado a abrírselo, y también porque, generalmente, por muy estúpido que sea un creador espontáneo, a pesar de todo, a veces, le viene a la cabeza la idea de que aquel camino casi siempre conduce a ningún lugar, y que lo más importante no está en adonde conduzca, sino en que el camino siga existiendo para que la criatura de actos morales que menosprecia el arte de la ingeniería, no se entregue al pernicioso ocio que, como se sabe, es la madre de todos los vicios. Al hombre le gusta crear y abrirse nuevos caminos, lo cual es incuestionable. Pero ¿por qué razón ama también apasionadamente la destrucción y el caos? ¡Venga díganmelo! Aunque sobre esto yo mismo quiero expresar un par de cosas. ¿No será que si tanto ama la destrucción y el caos (ya que es indudable que a veces lo ama, puesto que es así) es porque instintivamente teme la consecución del fin que alcanza con la construcción del edificio? Como ustedes sabrán, puede que ame el edificio situado a una cierta distancia, pero nunca cerca de él; puede que únicamente le guste construirlo, y no vivir en su interior, ofreciéndoselo después aux animaux domestiques, esto es, a las hormigas, a los borregos, etc. Porque las hormigas tienen un gusto completamente diferente. Tienen un edificio increíble de ese género que, por ende, es eterno e indestructible, el hormiguero.

Las honorables hormigas comienzan su obra desde el hormiguero, y probablemente la finalicen con el merecido reconocimiento a su constancia y carácter positivo. Pero el hombre es un ser superficial y deshonesto que, al estilo del jugador de ajedrez, gusta más del camino que conduce a la consecución del fin, que el fin en sí mismo. Y quién sabe (nadie está seguro), puede que incluso, la finalidad hacia la que tienda la humanidad entera consista precisamente en ese ininterrumpido proceso de consecución, o dicho de otro modo, que en ello consista la vida misma, y no exactamente en la finalidad que debería, a su vez, ser algo más que «el dos por dos son cuatro»; o sea, que debería ser algo más que una mera fórmula, pues «el dos por dos son cuatro», ya no es vida, señores, sino comienzo de la muerte. En todo caso, el hombre siempre ha temido algo ese «dos por dos son cuatro», y yo, todavía sigo

temiéndolo. Supongamos que el hombre no hace más que buscar esos «dos por dos son cuatro», cruzando los océanos y arriesgando su vida durante la búsqueda, pero que realmente teme encontrar lo que busca. ¡Por Dios que lo teme! Pues presente que en cuanto lo encuentre, ya no le quedará nada que seguir buscando. Al menos los obreros, tras finalizar su tarea, cobran su sueldo y se dirigen a la taberna para terminar después en la comisaría ¡y he aquí, la ocupación semanal! Pero ¿adonde se dirigirá el hombre? Puesto que se le ve cada vez más incómodo tras la consecución de semejantes finalidades. Aunque ame la finalidad, no le ocurre lo mismo con la consecución, y esto, claro está, resulta muy gracioso. En una palabra, la naturaleza del hombre es cómica; y seguramente en ello esté el retruécano. Pero «el dos por dos son cuatro», es, a pesar de todo, algo insoportable. «Dos por dos son cuatro», en mi opinión, es una desfachatez. «Dos por dos son cuatro», se pavonea, atravesándose en medio del camino con los brazos en jarras y nos lanza un escupitajo. Estoy de acuerdo que «dos por dos son cuatro» es algo maravilloso; pero si se trata de reconocerlo todo, entonces habremos de decir que, «dos y dos son cinco» también puede ser a veces algo mucho más atractivo.

¿Y por qué están ustedes tan firme y triunfalmente convencidos de que al hombre únicamente le resulta beneficioso aquello que es normal y positivo, en una palabra, aquello que es próspero? ¿No estará errando la razón en cuanto a las ventajas? ¿Y no pudiera ser que el hombre no sólo ame la prosperidad? ¿Y que en la misma medida ame también el sufrimiento? ¿Y no pudiera ser que el sufrimiento le aporte las mismas ventajas que la prosperidad? Además, ocurre que el hombre a veces ama terrible y apasionadamente el sufrimiento, y esto es un hecho. En este punto no es necesario recurrir a la historia universal; si es usted una persona que ha vivido un poco, entonces, pregúntese a sí mismo. En lo que a mi opinión personal se refiere, diré, que amar únicamente la prosperidad, es algo indecoroso. Podrá estar bien o mal, pero la destrucción resulta también, a veces, algo muy agradable. Personalmente no estoy defendiendo aquí el sufrimiento, así como tampoco la prosperidad. Yo defiende... mi propio capricho, y que éste, me sea asegurado cuando yo lo necesite. En los vaudevilles, por ejemplo, no se permite mostrar el sufrimiento; lo sé. Y en el Palacio de Cristal, esto resultaría impensable: el sufrimiento viene a ser la duda, la negación, y ¿qué clase de Palacio de Cristal sería si admitiera la duda? Pero mientras tanto, estoy convencido de que el hombre jamás renunciará al auténtico sufrimiento, o sea, a la destrucción y al caos. Si el sufrimiento viene a ser la única razón de ser para la conciencia. Y aunque al principio haya declarado yo que la conciencia viene a ser para el hombre una gran carga, a pesar de eso, reconozco que la ama, y no desea cambiarla por ninguna otra satisfacción. La conciencia, por ejemplo, está infinitamente más arriba que «el dos por dos». Pero está claro, que después del «dos por dos», ya no nos quedará nada, no sólo por hacer, sino ni siquiera por conocer. Y todo cuanto uno

podrá hacer entonces, será taparse sus cinco sentidos y sumergirse en la contemplación. Sin embargo, con la conciencia, aunque el resultado pueda ser el mismo, o sea, que ya nada quede por hacer, al menos, siempre quedaría la posibilidad de hostigarse uno a sí mismo, y ello, a pesar de todo, es un estímulo. Aunque sea algo retrógrado, resulta mejor que no hacer nada.

X

Ustedes creen en un Palacio de Cristal eternamente indestructible, es decir, en aquel Palacio al que no se le podría ni sacar la lengua a escondidas, ni hacerle un corte de mangas a hurtadillas. Ahora bien, quizás yo le tenga miedo a ese edificio porque es de cristal, y porque es eternamente indestructible, y porque ni a escondidas se le puede sacar la lengua.

¿A ver como lo ven ustedes? Si de pronto empezara a llover, y en lugar del Palacio, fuera eso un gallinero, posiblemente hasta me resguardaría en él para no mojarme; pero a pesar de eso, y de estarle agradecido por haberme cobijado de la lluvia, no lo tomaría por un Palacio. Se ríen, e incluso dicen, que en esos casos el gallinero y el Palacio vienen a ser lo mismo. Sí —respondo yo—, si para vivir, sólo fuera necesario el no mojarse.

¿Pero qué puedo hacer, si se me ha metido en la cabeza, que no sólo se vive para eso, y que si de vivir se trata, mejor será vivir en un Palacio? Esa es mi voluntad; ese es mi deseo. Y sólo podrían arrancármelos, cuando hicieran cambiar mis deseos. ¡Venga, pues, cámbienme, sedúzcanme, denme otro ideal! Mientras tanto, no tomaré el gallinero por un Palacio. ¡Que sea el Palacio de Cristal una paparrucha inconcebible conforme a las leyes de la Naturaleza! ¡Que sea algo que me lo haya inventado yo a causa de mi propia estupidez y de algunas antiguas e irracionales costumbres de nuestra generación! ¿Qué me importa que sea algo inconcebible? ¿No dará lo mismo que exista en mis deseos, o mejor dicho, que exista, mientras existen mis deseos? Puede que se rían de nuevo. Tengan la bondad de reírse; aceptaré todas las burlas y no diré nada, tanto si ya estoy saturado de hablar, como si todavía quiero proseguir; a pesar de todo, sé que no me apaciguará el compromiso, ni el continuo y periódico cero, sólo porque realmente exista según las leyes de la Naturaleza. No coronaré mis deseos con una casa de pisos para pobres inquilinos con contrato de mil años de duración, y una placa del dentista Vagenheim en el portal para casos de urgencia. ¡Eliminen mis deseos, borren mis ideales, muéstrenme algo mejor, entonces me iré con ustedes! Probablemente dirán que no merece la pena tratar conmigo; en tal caso, también yo podría responderles lo mismo. Estamos discutiendo este asunto con seriedad; y si no desean prestarme su atención, yo no pienso hacerles reverencias. Porque dispongo del subsuelo.

Mientras tanto, seguiré viviendo y deseando ¡y que me quede sin mano, si apporto un solo ladrillo para esa casa maestra! No hagan caso a lo que dije antes cuando rechacé el Palacio de Cristal sólo porque no pudiera hacerle burla y sacarle la lengua. No lo decía por aquello de que me gustara sacar la lengua. Puede que únicamente me enfadara, porque hasta hoy día no haya encontrado entre todos los edificios que tienen ustedes, uno de tales características, al que también pudiera yo no sacarle la lengua. Es más, por puro agradecimiento, incluso dejaría que me cortasen definitivamente la lengua, si se diera el caso de que ya no me apeteciera nunca más volverla a sacar. ¡Qué me importa que esto no ocurra y que tengamos que contentarnos con los pisos! ¿Por qué razón mi constitución alberga tales deseos? ¿Acaso sólo estoy «hecho» para llegar a la conclusión de que toda mi naturaleza es un engaño? ¿Acaso en ello está la finalidad? No lo creo.

A propósito, ¿saben una cosa? Estoy convencido de que a nuestro hermano del subsuelo es preciso sujetarle con riendas. Pues aunque sea capaz de permanecer en el subsuelo durante cuarenta años, en cuanto se le presenta la oportunidad de salir a la luz y romper a hablar, entonces es cuando empieza a hablar y a hablar sin parar...

XI

Y finalmente, señores, ¡lo mejor es no hacer nada! ¡Lo mejor es la inercia consciente! Así pues, ¡viva el subsuelo! Aunque haya dicho que envidio a un hombre normal hasta echar bilis por la boca, sin embargo, no quisiera cambiarme por él, teniendo en cuenta las circunstancias en que ahora le estoy viendo (aunque, a pesar de todo, no dejaría de envidiarle. ¡No, no, en cualquier caso, es mejor el subsuelo!). Al menos, allí se puede... ¡Vaya! ¡Si también ahora estoy mintiendo! Miento, porque yo mismo sé, como si del «dos por dos» se tratara, que el subsuelo en absoluto es lo mejor, sino que es otra cosa, algo completamente diferente, que tanto ansío y no logro encontrar. ¡Que se vaya al demonio el subsuelo!

Sin embargo, hay algo que sería mejor: pero eso siempre y cuando yo mismo me creyera una sola palabra de lo que hasta ahora escribí. ¡Les juro señores, que no creo nada de cuanto he escrito hasta ahora! Es decir, probablemente sí creo, pero a la vez, sin saber por qué, siento, y sospecho, que miento como un bellaco.

—¿Entonces, para qué he estado escribiendo todo esto? —dirán ustedes.

—Pues porque de buena gana les hubiera tenido yo durante cuarenta años sin hacer absolutamente nada; y pasados esos años, me presentaría de pronto a hacerles una visita al subsuelo; sí, a visitarles, y a verles cómo estaban. ¿Acaso se puede dejar a un hombre durante cuarenta años a solas y sin nada que hacer?

—¡No es nada vergonzoso ni humillante! —me dirían probablemente, moviendo sospechosamente sus cabezas—. Ansia usted vivir y, sin embargo, intenta resolver

cuestiones vitales por medio de un embrollo lógico. ¡Pero qué maneras tan inoportunas y cuánta impertinencia! Se nota que tiene miedo. Se siente satisfecho diciendo cosas absurdas. Y puesto a decir despropósitos, muestra constantemente tener miedo por lo que ha dicho y se apresura a pedir disculpas. Asegura que no se arredra ante nada, pero a su vez, busca refugio en nuestra opinión. Dice que está rechinando los dientes, pero a la vez se mofa para hacernos reír. Sabe que sus agudezas no son tan ocurrentes, pero se siente muy satisfecho de ellas, porque le aportan cierta dignidad literaria. Puede que realmente haya sufrido en alguna ocasión, pero no tiene respeto alguno a su propio sufrimiento. Y aunque posea algo de razón, carece de pudor; su nimia soberbia le empuja a mostrar su verdad como si se tratara de exhibir algo en una plaza pública; sí, en un mercado, en la ignominia... Realmente quiere decir algo, pero por temor, esconde su última palabra, porque carece de decisión para expresarla; sin embargo, posee una desfachatez pusilánime. Se gallardea de su conciencia, pero en realidad sólo vacila, porque aunque su mente rija, su corazón está empañado de perversión, y sin un corazón limpio, jamás tendrá una verdadera conciencia. ¡Cuántos gestos inoportunos tiene, cómo se hace de rogar y cómo melindrea! ¡Mentiras, mentiras y más mentiras!

Claro que fui yo quien ha inventado todas esas palabras que ahora dicen ustedes. También ellas proceden del subsuelo. Llevo cuarenta años poniendo mi oído en la rendija y escuchando sus palabras con toda atención. Las he inventado yo mismo, pues sólo eso era posible de inventar. Nada tiene de extraño que se me hayan quedado grabadas en la memoria, tomando ahora forma literaria.

Pero ¿de veras, de veras son ustedes tan crédulos que creen que les voy a permitir que lean todo cuanto escribí? Encima, ahora también se me plantea otro problema: ¿en realidad, por qué les llamo «señores», y por qué me dirijo a ustedes como si me estuviera dirigiendo a los lectores? Las confesiones que aquí me propuse desvelar no se publican ni se ofrecen como lectura. Al menos, yo no dispongo de tanta firmeza, y tampoco considero necesario tenerla. Pero ya ven: se me ha metido una fantasía en la cabeza y deseo hacerla realidad, cueste lo que cueste. Verán en qué consiste.

Todos los hombres guardan entre sus recuerdos algunas cosas que no las desvelan a cualquiera, sino sólo a los amigos. También hay ese otro tipo de cosas, que el hombre no desvela a los amigos, sino tan sólo a sí mismo y en secreto. Finalmente, hay cosas que el hombre teme desvelarlas incluso a sí mismo, y todo hombre formal dispone en su interior de una buena cantidad de ese tipo de cosas. Al menos, yo mismo, hasta hace muy poco, no me había decidido a recordar algunas de esas aventuras mías del pasado, pues siempre esquivaba esos recuerdos por la inquietud que me producían. Sin embargo, ahora, cuando no sólo me he decidido a recordarlas, sino también a escribirlas, es cuando deseo saber si es posible que uno sea absolutamente sincero consigo mismo sin temer la verdad. Debo señalar al respecto,

que Heine afirmaba que no podía darse el caso de las autobiografías veraces, y que lo más probable es que el hombre mintiera al hablar de sí mismo. Según él, por ejemplo Rousseau, mintió infaliblemente al hablar de sí mismo en sus confesiones, e incluso mintió por vanidad. Estoy convencido de que Heine tenía razón; comprendo perfectamente que, a veces, por vanidad, llegue uno incluso a acusarse a sí mismo de crímenes enteros; y hasta concibo de qué género puede ser ese tipo de vanidad. Pero Heine se refería al hombre que se confesaba ante un público. Sin embargo, yo escribo para mí mismo, y declaro de una vez por todas, que si escribo como si me estuviera dirigiendo al lector, es únicamente por guardar las formas, ya que me resulta más fácil escribir haciéndolo de ese modo. Aquí hay sólo forma, una simple y hueca forma, puesto que yo nunca tendré lectores. Ya lo anuncié antes...

No pienso avergonzarme por la redacción de mis anotaciones. Y no me atenderé a ningún orden ni sistema. Escribiré aquello que me venga en gana.

Claro que, podrían ustedes tomar al pie de la letra cualquier palabra mía y decirme que si realmente no esperaba tener lectores, entonces ¿por qué ponía sobre papel, condiciones para mí mismo, diciendo que no me atendería a ningún orden ni sistema y que pensaba escribir lo que me diera la gana, etc., etc.? ¿Por qué doy tantas explicaciones? ¿Por qué me estoy disculpando?

—¡Hay que ver! —respondo yo.

—Aquí, además de otras cosas, hay mucha psicología. Pero también es posible que yo fuera simplemente un cobarde. Y quizás me figurara estar ante un público, con el fin de comportarme de la manera más formal posible cuando me pusiera a escribir mis memorias. Podría haber miles de razones.

Aquí, además hay otra cosa más: ¿por qué motivo exactamente deseo escribir? Puesto que si no fuera a escribir para un público determinado, entonces, podría recordarlo todo mentalmente, sin necesidad de plasmarlo sobre el papel.

Bueno sí; pero sobre el papel resulta más solemne. Hay algo en ello que impone; se juzga uno más a sí mismo y se pule el estilo. Al margen de esto, posiblemente la escritura también me aporte algo de alivio. Últimamente, por ejemplo, tengo un recuerdo del pasado que me oprime el alma. Lo recordé con claridad hace unos días, y desde entonces ya no me deja en paz, como si fuera una dolorosa tonadilla musical que no me abandona ni a sol ni a sombra. Y sin embargo, debo librarme de ese recuerdo. Tengo cientos de recuerdos de ese tipo; pero de tiempo en tiempo, uno de ellos sobresale de entre los cien y me empieza a agobiar. Así pues ¿por qué no intentar escribirlo?

Por último: estoy aburrido y siempre estoy sin hacer nada. Además, la escritura es algo que realmente se parece a un trabajo. Dicen que a base de trabajar, el hombre se va haciendo más bondadoso y honrado. Al menos aquí hay una posibilidad.

Hoy está nevando; cae una nieve húmeda, amarillenta y sucia. Ayer llovió, y los días de atrás, también. Me da la impresión de que fue el motivo del aguanieve lo que me hizo recordar aquel suceso que ahora no me deja en paz. Así pues, he pensado denominar este relato «a propósito del aguanieve».

PARTE SEGUNDA

A PROPÓSITO DEL AGUANIEVE

Cuando perdido en las tinieblas,
Y con palabras de ardiente convicción,
Salvé tu alma caída y tú,
Repleta de dolor, y retorciéndote las manos, maldecías,
Aquel destino que te perdió;
Cuando hurgando en la conciencia dormida,
Y erigiendo el recuerdo en juez,
Me relataste tu atroz pasado,
Cubriéndote el rostro entero,
Sumida en horror y espanto,
Rompiste de pronto en sollozos de indignación y estupor.

(De una poesía de N. A. Nekrásov).

En aquellos tiempos tenía yo tan sólo veinticuatro años. Ya entonces mi vida era lúgubre, desordenada y salvajemente solitaria. No trataba con nadie, rehuía tener que hablar con alguien, y cada vez me metía más y más en mi rincón. Durante mi trabajo en la oficina procuraba no mirar a nadie, dándome perfecta cuenta de que mis compañeros no sólo me consideraban un ser extraño, sino que —también esto me lo figuraba yo— parecían mirarme con cierta aversión. Me daba por pensar por qué a nadie miraban así los demás, excepto a mí. Un compañero mío de oficina tenía una cara de lo más repugnante, completamente picada de viruela y similar a la de un bandolero. Si yo hubiera tenido una cara tan impresentable, creo que no me atrevería a mirar a nadie. Otro compañero, tenía un uniforme tan desgastado que a su lado olía mal. Sin embargo, ninguno de esos señores se avergonzaban ni de su vestimenta, ni de su rostro, ni de cuestión moral alguna. Ni el uno ni el otro se percataban de que se les miraba con aversión; incluso si se percataran, les hubiera dado lo mismo, con tal de que los jefes se dignaran dirigirles la mirada. Ahora tengo totalmente claro, que yo mismo, por mi ilimitada vanidad, y por consiguiente, también a causa de mi propia exigencia, me miraba a mí mismo con excesivo inconformismo rayano en la repugnancia, achacando mentalmente mi propia mirada a cuantos me miraran. Yo, por ejemplo, odiaba mi cara, la encontraba vil, e incluso intuía que encerraba alguna expresión ruin; por ello, cuando iba al trabajo, con sufrimiento trataba de comportarme de la manera más independiente posible, para que nadie sospechara de mi ruindad, y así poder expresar en mi rostro toda la nobleza del mundo. «Si mi cara es fea —pensaba yo— entonces al menos que resulte noble, expresiva, y lo más importante, es que parezca extraordinariamente inteligente». Pero posiblemente, y para mi pesar, supiera que con mi cara nunca podría llegar a expresar ese tipo de perfecciones. Pero lo que era aún peor, es que yo mismo la encontraba indudablemente estúpida. Me habría contentado plenamente conque pareciese inteligente. Hasta me conformaría con tener una expresión ruin, con tal de que mi cara pareciera a la vez tremendamente inteligente.

Como se entenderá, también odiaba a todos mis compañeros de oficina, desde el primero hasta el último, y a la vez los despreciaba y temía un poco. A veces, incluso los ensalzaba por encima de mí mismo. Esto era lo que de algún modo me ocurría entonces; bien los despreciaba, bien los ensalzaba por encima de mí mismo. Un hombre honesto e instruido no puede ser vanidoso sin albergar a veces una infinita exigencia hacia su persona y sin menospreciarse en algunas ocasiones hasta el límite de llegar a odiarse a sí mismo. Pero bien despreciándome, bien ensalzándome, sin embargo, cuando me cruzaba con alguien, yo casi siempre solía bajar los ojos. Incluso

hacía experimentos, a ver si podía aguantar algunas miradas, pero siempre era el primero en bajar los ojos. Esto me atormentaba hasta enloquecer. Temía terriblemente parecer ridículo, y por ello, llegué a amar hasta la esclavitud la rutina en todas las cosas externas; con verdadera pasión seguía el camino marcado, y se me estremecía el alma ante cualquier excentricidad que pudiera ocurrírseme de pronto. ¿Pero cómo era posible soportarlo? Estaba formado enfermizamente, tal y como corresponde a un hombre de nuestro tiempo. Todos ellos, por el contrario, se parecían tanto los unos a los otros, y eran tan torpes, como los borregos de un rebaño. De toda la oficina, posiblemente sólo a mí, me parecía constantemente ser un servil y un cobarde; y si así me lo parecía, era porque yo estaba más desarrollado mentalmente que ellos. Pero eso no sólo me lo figuraba, sino que en realidad así es como era; verdaderamente era un servil y un cobarde. Lo digo sin ningún tipo de desconcierto. Todo hombre honesto de nuestro tiempo es, y debe ser, un servil y un cobarde. Ésta es una condición normal. Estoy profundamente convencido de ello. Esto es así, y así es como está constituido. Y un hombre honrado, ha de ser un servil y un cobarde, ya no sólo en tiempos presentes y por algo casual, sino que debe serlo en cualquier tiempo. Ésta es una ley de la Naturaleza que rige para todos los hombres honestos que hay sobre la faz de la tierra. Y si en algún momento, a uno de ellos se le ocurriese hacerse el valiente, que no se alegre ni se entusiasme demasiado, ya que al final, terminará acobardándose delante de algún otro. Ésa es la única y eterna salida de siempre. Sólo los burros y los bastardos pueden hacerse los valientes, pero eso sólo hasta que se vean delante del famoso paredón. No merece la pena prestarles atención, porque no significan absolutamente nada.

Otra cosa que me atormentaba mucho por aquel entonces, era que yo no me parecía a nadie, ni nadie se parecía a mí. «Yo soy uno, mientras que ellos son todos» —pensaba yo sumiéndome en reflexiones—.

Esto demuestra que todavía era un muchacho.

En ocasiones, pasaban cosas que me contrariaban. Pues ¡qué desagradable me resultaba a veces ir a la oficina! ¡A menudo ocurría que, después de trabajar, regresaba a casa enfermo! De pronto, y de buenas a primeras, tenía rachas en que me sumía en ciclos de escepticismo e indiferencia (todo en mí se manifestaba por ciclos), y yo mismo me reía de mi impaciencia y aprehensión, reprochándome por mi romanticismo. Ha habido veces que ni siquiera tenía ganas de hablar con nadie. En ocasiones, no quería hablar y otras, sin embargo, hablaba sin parar hasta intentar incluso entablar una amistad. Toda mi aprehensión podía desaparecer de pronto sin ningún motivo aparente. ¿Quién sabe? Tal vez no la haya tenido nunca, o tal vez, por influencia de los libros, fingiera tenerla. Hasta hoy día no he logrado resolver el problema. En una ocasión, incluso llegué a entablar amistad con esas personas, a hacerles visitas a sus

casas, a jugar a la préférence, a beber vodka, a hablar de la producción... Pero en este punto, permítanme que me desvíe del tema.

Hablando en general, los rusos nunca hemos tenido de esa gente necia, al estilo de esos alemanes tan trascendentales o esos románticos franceses, a los que nada les afecta, aunque la tierra se abra bajo sus pies o toda Francia perezca en las barricadas; gente, que con tal de guardar las formas, no se altera ni inmuta por nada, y sigue cantando sus canciones trascendentales hasta el último día de su vida, porque verdaderamente son unos estúpidos integrales. Sin embargo, aquí, en Rusia, no hay tontos; es algo más que sabido para todos; en eso solemos distinguirnos de esa gente de tierras alemanas. Por ello, tampoco se dan aquí naturalezas trascendentales en su estado más puro. Para eso, nuestros publicistas y críticos «positivos» de aquel entonces, a la caza de todo tipo de héroes al estilo de Kostanzhogles y de los tíos Piotr Ivánovich, los tomaron absurdamente por nuestros ideales, inventándose el prototipo del romántico ruso dotado de rasgos tan trascendentales como los que se daban en Alemania o en Francia. Por el contrario, la naturaleza de nuestro romántico es completa y diametralmente opuesta a la del europeo trascendental, y aquí de nada sirven los patrones europeos. (Permítanme emplear esa palabra: «romántico»; una palabreja antigua, respetable, merecida, y tan conocida para todo el mundo). Porque la naturaleza de un romántico ruso consiste en comprenderlo todo, en verlo todo, y en verlo infinitamente mejor que las inteligencias rusas más positivas; en no estar conforme con nada ni con nadie, pero a su vez, en no tener escrúpulo alguno respecto a nada; en darle la vuelta a las cosas, en ceder en todo, y en comportarse con todo el mundo de la manera más sutil posible; tener siempre presente la finalidad más práctica y ventajosa (algunos pisitos del estado, pensioncillas, condecoraciones) considerando esa tal finalidad, siempre por encima de cualquier entusiasmo y tomo de poesía lírica; y en mantener a la vez incorrupta la idea de todo «lo bello y lo sublime» hasta el último día de su vida; en conservarse a sí mismo como entre algodones, igual que si se tratara de una valiosa joya, aunque ello sólo sea en beneficio de «lo bello y lo sublime». El romántico ruso es un hombre de amplitud de miras, y el pícaro más grande de cuantos hay en el mundo, se lo puedo asegurar... porque tengo experiencia. Todo ello, claro está, si el romántico es inteligente. ¡Pero qué digo! El romántico es siempre muy inteligente; pero me gustaría hacer una observación, y es que, aunque hayamos tenido románticos tontos, esos no cuentan, porque en su juventud ya se transformaron definitivamente en alemanes y se fueron a vivir a algún lugar de Weimar o Shwartswald, para así conservarse mejor, tal y como corresponde a las verdaderas piezas de joyería. Yo, por ejemplo, odiaba sinceramente mi trabajo de funcionario, y si no demostraba tenerle más desprecio, era porque me era imprescindible para vivir y porque me pagaban por estar sentado. En resumidas cuentas —tomen ustedes nota—, a pesar de todo, no lo despreciaba. El romántico ruso se volvería loco (lo cual, a decir

verdad, ocurre pocas veces), antes de despreciar nada, sin tener algo mejor a la vista; nadie le despidió, ni le echó jamás a empujones, y si se diera el caso de ingresarle en un manicomio, porque se creyera ser el mismo «Rey de España», eso sólo ocurriría si de veras estuviera ya completamente loco. Puesto que aquí, sólo se vuelven locos los que tienen el cabello ralo y rubio. Por el contrario, un ilimitado número de románticos terminan acaparando los rangos más golosos de la Administración. ¡Son tan polifacéticos! ¡Y qué capacidad tienen para las sensaciones más contradictorias! Ya entonces me consolaba yo con esas ideas, y también lo sigo haciendo ahora. Por ello tenemos aquí «naturalezas tan amplias», porque bajo ninguna circunstancia pierden su ideal; y aunque no muevan un sólo dedo por él, y aunque sean unos bandidos o ladrones impenitentes, como son extraordinariamente honrados, siempre respetan hasta las lágrimas su ideal más primigenio. Sí, sólo entre nosotros es posible encontrar al ser más ruin y obstinado, quien llegando a ser absoluta y enormemente honrado, nunca deja de ser un ruin. Repito, que de las filas de nuestros románticos, salen a veces, granujas tan diligentes (empleo cariñosamente la palabra «granuja»), que llegan a poseer tal sentido de la realidad y tal conocimiento de lo positivo, que sus superiores jerárquicos y el público en general, se quedan estupefactos y sorprendidos ante ellos.

Su carácter polifacético es algo verdaderamente admirable, y ¡sólo Dios sabe en lo que se convertirá o qué cosa generará esa cualidad suya en circunstancias venideras y lo que aún nos deparará en el futuro! ¡No es absurda la materia! No lo digo por ningún ridículo sentimiento patrioter. Por lo demás, estoy convencido que ustedes piensan que me estoy riendo. ¡Quién sabe, puede que al contrario, incluso estén convencidos que realmente pienso así! En cualquier caso, ambas opiniones me honran y me satisfacen enormemente. Disculpen haberme desviado del tema.

Ni que decir tiene que mi amistad con los compañeros no duraba mucho, pues sin esperar demasiado, yo los mandaba a paseo, y como consecuencia de la inexperiencia de aquellos años, incluso dejé de hacerles reverencias; les cortaba en seco. Además, esto sólo me pasó una vez. Generalmente, siempre estaba solo.

En casa, principalmente me dedicaba a la lectura. Deseaba silenciar con las sensaciones externas todo cuanto hervía incesantemente en mi interior. Y entre éstas, la única posibilidad que me quedaba era la lectura. La lectura, claro está, me ayudaba mucho; me conmovía, me satisfacía y me atormentaba. Pero a veces, me aburría terriblemente. Pues a pesar de todo, me apetecía hacer cosas y no estar quieto; entonces era cuando me sumergía en la perversión más oscura, subterránea y mezquina; mejor dicho, no se trataba exactamente de una perversión, sino de la ruindad más baja. Mis mezquinas pasiones eran agudas y ardientes a causa de mi eterna y enfermiza irritabilidad. Tenía arrebatos histéricos, con lágrimas y convulsiones incluidas. Nada me quedaba excepto la lectura; es decir, nada de cuanto me rodeaba, o hacia lo cual yo pudiera sentirme atraído, me infundía respeto. Por si fuera poco, me

sobrevenía la melancolía; me arrebatava la sed de histéricas contradicciones y contrastes; llegando a este punto me entregaba al libertinaje. Pero no vayan ustedes a creer que digo todo esto para justificarme... ¡Bueno, no! ¡Sí, he mentido! Precisamente lo que pretendía era justificarme. Y esta observación, señores, es de uso personal. No deseo mentir. He dado mi palabra.

En solitario, a escondidas, y por las noches, me entregaba a la depravación con temor, suciamente, y con una vergüenza que no me abandonaba ni en los minutos más repugnantes, en los que incluso llegaba a maldecirme a mí mismo. Por aquel entonces ya llevaba el subsuelo en el alma. Me aterrorizaba la idea de que algún conocido pudiera verme; que pudiera encontrarme con alguien y ser reconocido. En aquella época solía frecuentar lugares bastante lúgubres.

En una ocasión, cuando por la noche pasaba junto a una pequeña taberna, vi a través de una ventana iluminada, cómo junto a la mesa de billar se peleaban unos señores, y cómo después, lanzaban a uno de ellos por la ventana. De ser otros tiempos, me habría sentido muy mal; pero en aquel momento me sorprendió que incluso llegara a envidiar al caballero que lanzaron por la ventana; hasta tal punto le envidié, que entré en la taberna, y me dirigí a la sala de billar: «A ver si me peleo, pensé, y después, también me lanzan por la ventana».

No estaba borracho, pero ¿qué se puede hacer cuando la melancolía llega a corroerle tanto a uno? Pero no ocurrió nada. Es más, ni siquiera fui capaz de saltar por la ventana y me marché de allí sin haberme peleado.

Desde el primer momento, un oficial me paró los pies.

Yo estaba junto a la mesa de billar y, sin darme cuenta, obstaculizaba el camino por donde quería pasar el oficial; entonces, éste me cogió por los hombros, y en silencio —sin avisar y sin darme ninguna explicación—, me levantó por los aires y me cambió de lugar, pasando después, como si no me hubiera visto. En aquellos momentos era capaz de perdonar incluso una paliza, pero no que me cambiaran de lugar sin darse cuenta de mi presencia.

¡Nadie sabe lo que era yo capaz de dar entonces por un altercado de verdad; un altercado auténtico, un altercado, por decirlo de alguna manera, más literario! Me trataron como a una mosca. El oficial tenía unas diez Verstas de estatura; y yo era bajito y bastante enjuto. Además, el altercado estaba en mis manos: bastaba con protestar un poco para que me tiraran por la ventana. Pero lo pensé mejor y preferí... esfumarme enfurecido.

Salí de la taberna confuso y alterado, dirigiéndome directamente a casa; al día siguiente proseguí mis mezquinos libertinajes con más timidez, apocamiento y tristeza que antes, como si aún conservara lágrimas en los ojos; pero a pesar de todo, continué. Pero ¿no irán ustedes a creer que me achanté ante el oficial por cobardía? Nunca fui un cobarde, aunque de hecho me he estado acobardando constantemente

—pero esperen antes de reírse, pues tengo algo que explicar; dispongo de explicaciones para todo, estense seguros—.

¡Ah! ¡Si aquel oficial fuera de los que se batían en duelo! Pero no, se trataba precisamente de uno de aquellos caballeros de los que (¡ay! ¡Hace mucho que se han extinguido!) gustan de actuar como si jugaran al billar, empleando la autoridad jerárquica, tal y como ocurría con el teniente Pirogov de Gógol. Esos señores no aceptan el duelo, y si se trataba de batirse con uno de nuestros semejantes, es decir, con un pelele, entonces, en todo caso, consideraban el altercado como algo indecente. En general, el duelo para esos caballeros era algo carente de sentido, algo propio de librepensadores y afrancesados, pero a decir verdad, ni ellos mismos se percataban de que ofendían bastante, máxime cuando se trataba nada menos que de diez Verstas de estatura.

Pero no fue por cobardía por lo que me achanté, sino por mi ilimitada vanidad. Tampoco fueron las diez Verstas de estatura las que me acobardaron en aquellos momentos, ni que pudieran darme una buena paliza y tirarme después por la ventana; a decir verdad, hubiera tenido sobrado valor físico, pero me faltó moral. No me acobardé por toda la gente que había allí, comenzando por el descarado marcador de jugadas, y terminando por el apestoso funcionario con barrillo en el rostro y su grasiento cuello de chaqueta; me acobardé, porque cuando empecé a protestar y a hablarles en términos literarios, no me comprendieron y se burlaron de mí. Porque en cuanto a la cuestión del honor, es decir, no del honor, sino del punto del honor (*point d'honneur*), hasta ahora no se ha hablado aquí más que en un lenguaje literario. El lenguaje ordinario no contempla «el punto del honor». Estaba completamente convencido (¡por intuición, y al margen de todo romanticismo!) de que ellos se desternillarían de risa, y que el oficial no se limitaría a darme una simple e inofensiva paliza, sino que a rodillazos me haría correr alrededor de la mesa de billar, apiadándose después de mí tirándome por la ventana. Claro que esta miserable historia no podía finalizar para mí, así como así, con lo que había sucedido. Después, en unas cuantas ocasiones, volví a encontrarme con ese oficial en la calle y me fijé muy bien en él. Ignoro si me reconoció alguna vez. Según deduzco por varios detalles, creo que no. ¡Pero en cuanto a mí, yo le miraba con cólera y odio, y así continué... durante varios años! Mi cólera incluso se reforzaba y crecía a medida que pasaban los años. Al principio, y poco a poco, me fui enterando de cuantos detalles podía acerca de ese oficial. La tarea no fue fácil, puesto que no conocía a nadie. Pero en una ocasión, cuando le seguía por la calle como si fuera su sombra, alguien le llamó por su apellido, y así fue como me enteré de cómo se apellidaba. En otra ocasión, le seguí hasta su casa, y por una propina de diez copeks que di al barrendero, me enteré de dónde vivía, en qué piso, y de si vivía sólo o acompañado, etc., etc.; en una palabra, me enteré de todo cuanto puede enterarse uno a través de un barrendero. Aunque antes

nunca había hecho nada literario, de pronto, una buena mañana, se me ocurrió la idea de describir caricaturescamente a ese oficial haciendo un relato. Disfrutaba cuando escribía el relato. Le satiricé, e incluso le calumnié; al principio, falsifiqué el apellido haciéndolo de tal modo que era posible reconocerle al instante, pero más tarde, y asentando un poco más el juicio, lo cambié y lo envié a Anales Patrios. Pero como entonces no existían las sátiras, mi relato no se publicó. Aquello me enojó bastante. A veces, sencillamente me ahogaba de cólera. Finalmente me decidí a retar a mi enemigo al duelo. Le redacté una carta maravillosa y atractiva rogándole que se disculpara conmigo; pero teniendo en cuenta la posibilidad de su negativa a hacerlo, le daba a entender lo del duelo con considerable firmeza. La carta estaba escrita de tal modo, que si el oficial entendiera algo acerca de lo «bello y lo sublime», inmediatamente vendría a verme, se me abrazaría al cuello y me ofrecería su amistad. ¡Sería estupendo! ¡Nos llevaríamos tan bien! ¡Él me defendería con su majestuosidad, y yo le ennoblecería con mi elevado desarrollo intelectual, y... también con las ideas! ¡Cuántas cosas podríamos experimentar! Imagínense que ya habían pasado dos años desde el día de la ofensa y mi reto hubiera sido un espantoso anacronismo, si no fuera por la habilidad de mi carta que lo explicaba y lo camuflaba todo sagazmente. ¡Pero gracias a Dios, no envié la carta! (Hasta hoy día, con las lágrimas en los ojos, sigo bendiciendo al Todopoderoso). Se me pone la carne de gallina al pensar lo que pudo haber pasado si la hubiera enviado. ¡Y de pronto... de pronto, voy y me vengo de él de la manera más sencilla y genial! De pronto, una magnífica idea me vino a la cabeza. Durante algunos días de fiesta, hacia las cuatro de la tarde, yo solía pasearme por la acera soleada de la avenida Nevski. Mejor dicho, no se trataba exactamente de un paseo, si tenemos en cuenta que un sufrimiento infinito, junto a la humillación y el ataque biliar, inundaban en aquellos momentos todo mi ser; probablemente, eso era lo que necesitaba. Del modo más indecoroso, y como una anguila, me escurría yo entre los transeúntes, cediendo paso a los generales, a los caballeros de la guardia real, a los oficiales de los húsares y a las señoras; sentía dolorosos espasmos en el corazón y un súbito calor me recorría la espalda al pensar el mísero traje que llevaba y mi vulgar aspecto escurriéndose entre la gente. Aquello era un tormento, una continua e insostenible humillación que pasaba de la idea al sentimiento incesante e inmediato de que yo era una mosca, una vil e inútil mosca para todo el mundo; pero más inteligente, más culta y más noble que nadie, claro está; pero una mosca, al fin y al cabo, que continuamente cedía el paso a todos, una mosca humillada y ofendida por todos. No sé por qué razón me empeñaba en atormentarme, ni por qué me dirigía a la avenida Nevski; pero sencillamente, había algo que me arrastraba hacia allí ante la primera oportunidad que se me presentaba.

Fue entonces cuando comencé a experimentar los primeros arrebatos de aquellos placeres de los que les hablé ya en el primer capítulo. Después de lo ocurrido con el

oficial, cada vez me apetecía más ir allí: era en la avenida Nevski donde me lo encontraba con más frecuencia, era allí, donde me deleitaba con su presencia. También él, solía ir por allí los días de fiesta. Y aunque también cedía el paso ante los generales y la gente más majestuosa, y también se serpenteaba entre ellos como una anguila, sin embargo, a nuestros semejantes, e incluso algo más limpios que éstos, sencillamente los atropellaba; es más, los atravesaba como si tuviera ante sí un espacio abierto y jamás cedía el paso. Yo le clavaba mi colérica mirada, y... al cruzarnos, me retiraba completamente enfurecido. Me atormentaba la idea de no poder igualarme a él ni siquiera en la calle. «¿Por qué siempre tenía que ser yo el primero en apartarme? —me repetía una y otra vez, sumido en una desenfrenada histeria, cuando me despertaba a veces sobresaltado a media noche—. ¿Por qué he de ser siempre yo y no él? —me decía—. Si para estas cosas no hay ley que rija, ni nada escrito. Bueno, que cediéramos lo mismo, tal y como sucede normalmente, cuando se encuentran dos personas educadas: que él cediera la mitad y yo la otra mitad, pasando los dos, respetándonos mutuamente el uno al otro». Pero esto no llegó a suceder, y a pesar de todo, siempre era yo quien se apartaba, y él seguía sin darse cuenta de que era yo quien le cedía el paso. Y he aquí, que una idea sorprendente se me cruzó por la cabeza. «¿Y qué pasaría —pensé yo— sí, qué pasaría, si al cruzarme con él... no me apartara? ¿Qué pasaría, si no me apartara a propósito, aunque tuviera que empujarle?». Aquella impertinente idea se fue poco a poco apoderando de mí hasta no dejarme en paz. Soñaba continuamente con aquel momento, y, a propósito, comencé a frecuentar más la avenida Nevski para poder imaginarme con toda claridad cómo desempeñaría yo aquel papel y de cuándo lo llevaría a cabo. Estaba entusiasmado. Aquella pretensión me parecía cada vez más posible y real. «Claro que no le empujaría del todo —pensaba yo ablandándome por adelantado—, sino que sencillamente no me apartaría y me chocaría con él sin hacernos daño el uno al otro, hombro con hombro, y en la medida en que lo permiten los buenos modales; de modo que fuera igual lo que nos golpeáramos el uno al otro». Finalmente me decidí. Pero los preparativos acapararon mucho tiempo. En primer lugar, para el momento esperado debía ocuparme de tener un aspecto lo más decente posible y de disponer de un traje adecuado. «En cualquier caso, si esto, por ejemplo, fuera a convertirse en una historia que trascendiera al dominio público (y aquel público era de lo más refinado: por allí pasan condesas, el príncipe D., y todo el mundillo literario), para ello era preciso estar bien vestido; es algo que inspira respeto y de alguna manera nos hace sentirnos iguales frente a la gente de la alta sociedad». Con ese fin solicité en la oficina un anticipo del sueldo y me compré unos guantes negros y un buen sombrero en la tienda de Churkin. Me pareció que el par de guantes negros eran más respetables y elegantes que los amarillos a los que en principio había echado el ojo. Descarté comprármelos «porque tenían un color demasiado chillón y daba la impresión

de que quien los llevara quisiera llamar la atención». Desde hacía tiempo tenía preparada una camisa en buen estado, con unos gemelos blancos de hueso, pero el capote retrasó mi plan. El capote no estaba nada mal y me abrigaba, pero al estar forrado de guata y tener el cuello de castor, tenía un aire excesivamente lacayesco. Era preciso cambiar el cuello como fuere y hacerme con uno de castorcillo, al estilo de los que llevaban los oficiales. Con tal fin comencé a frecuentar las Galerías Gostiny y, tras varias intentonas, me decidí por uno barato de castorcillo alemán. Aunque esos cuellos alemanes se desgastan con bastante rapidez, tomando un aspecto de lo más miserable, al principio, cuando se estrenan, tienen muy buena apariencia; además, yo sólo lo necesitaba para una ocasión. Pregunté el precio, pero éste, a pesar de todo, era bastante caro. Después de darle vueltas, finalmente me decidí a vender el viejo cuello de castor. El dinero que no me llegaba, y que ascendía a una cantidad bastante significativa para mí, me decidí a pedirselo en préstamo a Antón Antonych Setochkin, que era mi jefe de negociado y hombre pacífico, muy serio y positivo, que nunca daba a nadie dinero en préstamo, y al que en su día, cuando comencé a prestar servicios en la Administración, le fui especialmente recomendado por una distinguida personalidad. Sufrí muchísimo. Pedir dinero a Antón Antonych, me parecía algo monstruoso y me abochornaba bastante. Incluso dejé de dormir durante dos o tres noches, aunque por aquel entonces dormía muy poco a causa de mi febril estado general. ¡El corazón tan pronto parecía parárseme de un modo extraño, como de repente comenzaba a darme saltos!... Al principio, Antón Antonych se extrañó, después frunció el ceño, y tras reflexionar un rato, a pesar de todo, me dio el préstamo, después de hacerme firmar un justificante que le autorizaba a cobrar ese dinero de mi sueldo al cabo de dos semanas. De este modo, finalmente ya todo estaba ultimado; un bonito cuello de castorcillo pasaba a ocupar el lugar del mugriento cuello de castor, y yo, poco a poco, puse manos a la obra. No podía decidirme así como así, a la primera; era preciso abordar el asunto sabiéndolo hacer bien y muy poquito a poco. Sin embargo, reconozco que tras reiterados intentos, ya casi empecé a desesperarme. ¡No llegábamos a chocarnos de ninguna de las maneras! No sé, si todavía no estaba lo suficientemente preparado, o si no me lo proponía debidamente, en cualquier caso, todo parecía indicar que de un momento a otro ya nos íbamos a chocar, cuando de pronto veo que otra vez era yo, quien le cedía el paso, y él, pasaba sin percatarse de mi presencia. Al acercarme a él, incluso rezaba, pidiéndole a Dios que me diera valor. En una ocasión, estando ya totalmente decidido, acabé enredándome entre sus pies, porque en el último instante, y a sólo dos pasos de distancia, se me agotó el aliento. Él, con toda su tranquilidad, pasó por encima de mí, y yo, como una pelota, me alejé volando hacia un lado. Durante aquella noche, estuve otra vez enfermo, delirando y con fiebre. De pronto, todo concluyó de la mejor manera posible. La noche de vísperas, decidí finalmente abandonarlo todo y no

proseguir con mi nefasta decisión; con esa finalidad me dirigí por última vez a la avenida Nevski con la sola idea de contemplar el modo tan inconcluso en que pensaba dejar aquella cuestión. De pronto, y estando a tres pasos de mi enemigo, me decidí inesperadamente, entorné los ojos y ¡nos chocamos fuertemente hombro con hombro! ¡No cedí un ápice, y pasé junto a él como si fuéramos iguales! Él ni siquiera se volvió, como si no me hubiera visto; pero eso sólo fue en apariencia, de eso estoy seguro. ¡Hasta hoy día sigo estándolo! Claro que el golpe que recibí yo era más fuerte; además, él era más robusto que yo, pero no importa. Lo que sí importa es que conseguí lo que me proponía, reafirmé mi dignidad, no cedí un paso, y me coloqué públicamente junto a él en la misma escala social. Regresé a casa habiéndome vengado de todo. Estaba entusiasmado. Me sentía triunfador y cantaba arias italianas. Claro que no voy a describirles lo que me ocurrió al cabo de tres días; si han leído mi primera parte, «El subsuelo», podrán deducirlo ustedes mismos. A aquel oficial le cambiaron después de destino; llevo ya catorce años sin verle. Me pregunto ¿qué será de mi querido oficial? ¿A quién estará aplastando ahora?

II

Pero en cuanto terminaba el ciclo de mi libertinaje, yo comenzaba a sentir terribles náuseas. Aunque estaba arrepentido, ahuyentaba aquel sentimiento, puesto que me resultaba excesivamente desagradable. Sin embargo, poco a poco, me fui acostumbrando a él. Me acostumbraba a todo, o mejor dicho, no es que me acostumbrara, sino que me conformaba voluntariamente con soportarlo. Yo tenía un resorte que lo reconciliaba todo: se trataba de refugiarme en «lo bello y lo sublime», claro está, que en el mundo de mis sueños. Soñaba mucho y era capaz de hacerlo durante tres meses seguidos sin salir de mi rincón, y créanme, que en aquellos instantes, en nada me parecía a aquel otro caballero que, en la turbación de su corazón gallináceo, cosía el cuello de castorcillo alemán a su capote. De pronto, me convertí en héroe. En aquellos momentos no hubiera consentido que me visitara mi teniente de diez Verstas de estatura. Entonces no me lo podía imaginar. Aunque ahora me resulte difícil de explicar en qué consistían mis sueños y la satisfacción que me proporcionaban, el caso es que entonces me llenaban de gozo. Los sueños me resultaban especialmente dulces e impactantes después del libertinaje, cuando venían acompañados de lágrimas y arrepentimientos, de maldiciones y entusiasmos. Había momentos en que llegaba a tanto éxtasis y tanta felicidad, que en mi interior no quedaba ni la menor sensación de burla, ¡de veras! Tenía fe, esperanza y amor. En eso está la cuestión, en que entonces creía ciegamente que gracias a algún milagro, o a alguna circunstancia externa, todo cambiaría o se ensancharía de pronto; que de repente se abriría delante de mí un horizonte de actos positivos, convenientes y

maravillosos, y lo más importante, es que se trataba de unos actos completamente preparados (como nunca los había conocido, pero lo que es más importante aún, es que se trataba de algo totalmente preparado), y aquí saldría yo a la luz del día, montado sobre un caballo blanco y una corona de laureles en la frente. No era capaz de concebir un papel secundario, y por eso, en la vida real, siempre ocupaba el último lugar. Bien era héroe, bien era fango, pero para mí no había término medio. Precisamente eso era lo que más me perdía, porque estando en el fango me tranquilizaba a mí mismo diciéndome que en otros momentos me tocaba representar al héroe, y éste, hacía que el fango fuera imperceptible. Me decía que, puesto que un hombre corriente se avergonzaba de ensuciarse, al héroe se le permitía hacerlo, porque estaba por encima de eso. Pero lo verdaderamente admirable era que aquellos accesos de «lo bello y lo sublime» me sorprendían entonces, tanto durante los momentos de mi ruin libertinaje, como cuando me encontraba hundido y ya tocando fondo. Algunas veces me sorprendían en forma de fogonazos, como si con ello pretendieran recordarme su presencia, pero sin llegar a su vez a aniquilar el ruin libertinaje; más al contrario, parecían reavivarse con el contraste, presentándose exactamente en la medida justa de darle un buen sabor a la salsa. Ésta se componía aquí de contradicciones y sufrimientos, así como de un tortuoso análisis interior. Y todas esas torturas y tormentos, daban a la cosa algo picante, aportando incluso sentido a mi ruin libertinaje; en una palabra, cumplían plenamente lo que debe tener una buena salsa. Todo eso no estaba exento de cierta profundidad. De lo contrario, ¿cómo podía conformarme yo con un libertinaje simple, vulgar, inmediato, propio de un escribiente de oficina, y a su vez, soportar todo ese fango depositado sobre mí? ¿Qué es lo que me cautivaba y me atraía entonces para sacarme de noche a la calle? No señores, yo disponía de una noble escapatoria para todo...

¡Pero cuanto amor, Dios mío, cuanto amor, pude experimentar yo a través de esos sueños míos, a través de esa «salvación de todo lo bello y lo sublime»! Aunque se trataba de amores fantásticos que, en realidad, distaban mucho de lo humano, sin embargo, rebosaban tanto amor, que después ya no necesitaba experimentarlo porque sería un lujo innecesario. Además, todo terminaba siempre felizmente, con el vago y embriagador paso de la transformación al arte, es decir, de la transformación hacia las formas más bellas de la existencia, totalmente preparadas y violentamente usurpadas a los poetas y novelistas y adaptadas a todo tipo de favores y exigencias. Yo, por ejemplo, siempre terminaba siendo el vencedor de todos; claro que, todos estaban en la mina, sintiéndose obligados a reconocer mis perfecciones; bien, pues yo les perdonaba a todos ellos. Me enamoraba siendo un famoso poeta y chambelán; recibía innumerables millones, y, al instante, los sacrificaba en aras de la humanidad y me confesaba ante el mundo entero por mis deshonoras que, se entiende, no eran unas simples deshonoras, sino aquellas que encerraban en sí una buena dosis de «lo bello y

lo sublime», algo al estilo de Manfredo. Todos lloraban y me besaban (de lo contrario, ¿qué clase de imbéciles serían?) y yo, descalzo y hambriento, iba profesando nuevas ideas y venciendo a los retrógrados en las afueras de Austerlitz. A continuación, tocaban la marcha, se proclamaba la amnistía, el Papa accedía a abandonar Roma y marcharse a Brasil. Después había un baile para toda Italia en la villa Borghese, igual que el que se hace a la orilla del lago Como, ya que este lago cambia a propósito de lugar en esta ocasión, pasando ahora a estar en Roma. Más tarde, había una escena entre los arbustos, etc., etc. ¡Como si no lo supieran ustedes ya! Dirán, que es ruin y mezquino sacar a relucir todo esto ahora, después de reconocer yo mismo tanto arrebató de éxtasis y lágrimas. ¿Pero por qué ha de ser algo ruin? ¿Acaso piensan que me avergüenzo de ello, o que es más ridículo que cualquier otra cosa en la vida de ustedes? Y a todo esto, créanme, tenía yo algunas cosas que no estaban nada mal compuestas... Pero no ocurría todo eso en el lago Como. Por lo demás, tienen ustedes razón; realmente es algo vil y mezquino. Pero la verdadera mezquindad reside en que yo ahora me esté tratando de justificar ante ustedes. Y hacer esta observación es algo aún más mezquino. Además, ya está bien, pues de lo contrario, esto nunca se acabaría y siempre habría alguna cosa todavía más vil...

Nunca he podido soñar seguidamente durante más de tres meses, sin comenzar a sentir la infinita necesidad de sumergirme en la sociedad. Porque esto último, significaba para mí, hacerle visitas a mi jefe de negociado, Antón Antonych Setochkin. Él era mi único y eterno conocido de toda la vida, cosa que me sigue asombrando hasta hoy día. Yo iba a verle sólo cuando me llegaba la fase y mis sueños comenzaban a rebosar tanta felicidad, que me era imprescindible y necesario tener que abrazarme con la gente, en particular, y con la humanidad entera, en general; y para eso era menester tener una persona con la que poder contar. Por cierto, a Antón Antonych había que hacerle las visitas los martes (ese era su día), y por consiguiente, la necesidad de tener que abrazarme con la humanidad entera se adaptaba a los martes. Ese tal Antón Antonych residía allá por la Quinta Esquina, en un piso situado en la cuarta planta. Disponía de cuatro habitaciones de techo bajo, a cada cual más pequeña, y de modesto y amarillento aspecto. Vivía él con sus dos hijas y una tía de las niñas, que no hacía más que derramar el té. Una de las hijas tenía trece años, y la otra, catorce. Las dos eran bastante chatas, y yo me sentía muy cohibido delante de ellas, porque siempre estaban diciéndose cosas al oído y se reían. El dueño se hallaba en su despacho sentado en el sofá de cuero, delante de una mesa y junto a algún encanecido invitado suyo, funcionario de nuestro departamento, o tal vez, de algún otro. Nunca vi allí a más de dos o tres invitados, y además, siempre eran los mismos. Hablaban sobre la recaudación de impuestos, sobre las negociaciones en el Senado, los sueldos, la producción, sobre Su Excelencia y el modo de agradarle, etc., etc. Yo tenía suficiente paciencia para estarme sentado junto a ellos como un tonto durante

cuatro horas seguidas y escuchar sus conversaciones, sin atreverme a abrir la boca para nada. Me encontraba incómodo, y a veces, me entraban sudores y sentía paralizarse el cuerpo; pero todo eso era muy bueno y saludable. De regreso a casa, solía aplazar durante algún tiempo mi deseo de abrazarme con la humanidad entera.

Al margen de Antón Antonych, contaba yo con otro conocido mío, Simonov, un antiguo compañero de colegio. Tenía muchos compañeros de colegio en Petersburgo, pero no me trataba con ellos, e incluso, había dejado de saludarles en la calle. Posiblemente, hasta me cambiara de departamento en la Administración, para no estar junto a ellos y cortar de golpe con mi odiosa infancia. ¡Maldigo aquel colegio y aquellos horribles años de presidiario! En una palabra, en cuanto salí a la libertad, me separé de mis compañeros. Todavía me quedaban unas dos o tres personas con las que me saludaba cuando me cruzaba con ellos en la calle. Entre ellos estaba también Simonov, que en nada sobresalía en el colegio, era justo y silencioso. Observé que existía en él una cierta independencia de carácter, e incluso también, de honradez. Hasta pienso que no era tan limitado. Hubo un tiempo en que conectábamos bastante bien, pero esos momentos no duraron mucho, y de repente, se esfumaron como la niebla. Al parecer, a él le pesaban aquellos recuerdos, pues siempre parecía temer de mí que yo volviera a adoptar el tono de antes. Sospechaba resultarle desagradable, pero a pesar de todo le visitaba, como si todavía no me lo acabara de creer.

Ocurrió que un jueves, harto ya de mi soledad, y sabiendo que los jueves Antón Antonych tenía cerrada su puerta, me acordé de Simonov. Cuando subía las escaleras hasta el cuarto piso, iba pensando que aquel caballero rehuía mi presencia y que era absurdo visitarle. Pero puesto que semejantes figuraciones siempre terminaban por llevarme a situaciones verdaderamente ambiguas, terminé por entrar. Había transcurrido un año, desde la última vez que había visto a Simonov.

III

Él se encontraba con otros dos antiguos compañeros míos de colegio. Al parecer, discutían sobre un tema muy importante. Ninguno de ellos prestó atención a mi llegada, lo cual me extrañó, puesto que hacía años que no nos veíamos. Indudablemente me consideraban algo así como una mosca. Ni siquiera en el colegio me habían tratado de aquel modo, a pesar de que allí, todos me odiaban. Por supuesto, comprendí que me despreciaban ahora por el poco éxito que obtuve en mi carrera administrativa, por haberme abandonado y por ir mal vestido; cosas éstas, que a sus ojos, se traducían en mi incompetencia e insignificancia. Pero a pesar de todo, no me esperaba tanto desprecio. Simonov, incluso se sorprendió al verme llegar. También antes siempre parecía sorprenderse con mis visitas. Todo ello me desconcertó.

Bastante apesadumbrado, tomé asiento y me puse a escuchar lo que hablaban entre ellos.

La conversación era seria, e incluso apasionada, sobre una comida de despedida que esos señores querían ofrecer mañana mismo a su compañero Zverkov, un oficial que se trasladaba a una lejana provincia. Monsieur Zverkov también había sido mi antiguo compañero de colegio. Pero comencé a odiarle muy especialmente en los últimos cursos. En los primeros años, Zverkov había sido un niño de lo más agradable y vivaracho que caía muy bien a todo el mundo. Por lo demás, yo le odiaba ya desde los primeros cursos, precisamente por ser tan agradable y vivaracho. Siempre fue mal estudiante, y empeoraba en los estudios a medida que avanzaban los años; sin embargo, como estaba protegido, pudo acabar el colegio afortunadamente bien. El último año de sus estudios, heredó una hacienda con doscientas almas de campesinos, y como allí, casi todos éramos pobres, comenzó a fanfarronear. Era un hombre de suma vulgaridad, pero a la vez, un muchacho bondadoso, incluso, cuando fanfarroneaba. Dejando a un lado las formas externas del honor y la altanería, las fantasías y las palabrerías, todos, a excepción de unos pocos, le hacían a Zverkov la corte, y tanto más, cuanto más fanfarroneaba éste. Pero no se la hacían porque les fuera a aportar algún beneficio, sino simplemente porque era un hombre agraciado por los dones de la naturaleza. Al margen de esto, entre nosotros, de alguna manera, se le consideraba a Zverkov como un especialista en habilidades y buenas maneras. Lo último, era lo que más me sacaba de quicio. Odiaba su brusco tono de voz, lo seguro que estaba de sí mismo, de cómo admiraba sus propias agudezas que salían de su boca de una forma completamente estúpida, a pesar de una cierta soltura en el lenguaje; odiaba su bello y estúpido rostro (que, por cierto, de buena gana cambiaría por el mío, tan inteligente) y la soltura de sus modales de oficial, tan propios de los años cuarenta. Detestaba cómo hablaba de sus futuras conquistas femeninas (no se decidía a comenzar a cortejarlas hasta que no obtuviera sus charreteras de oficial que aguardaba con ansiedad), y también sobre cómo se batiría en duelo. Recuerdo que una vez, yo, que siempre había sido muy callado, de pronto me enganché en una discusión con Zverkov, cuando éste hablaba con unos compañeros durante el recreo sobre sus futuros amoríos. Mostrándose tan juguetón cual cachorro bajo el sol, declaró de pronto, que no dejaría desatendida a ninguna moza de su aldea, y que eso era su *droit de seigneur*, y que si los campesinos osaran protestar por ello, entonces los mandaría azotar a todos, haciéndoles pagar a aquellos barbudos el doble de sus impuestos. Los más villanos aplaudieron, y si yo me enzarcé con él, no fue porque me diera lástima de las mozas y sus padres, sino sencillamente, por el modo en que los otros aplaudieron al semejante bicho. En aquel momento quedé por encima de Zverkov, pero aunque éste era un estúpido integral, también alegre y descarado, ridiculizó aquella situación de tal modo, que la gracia quedó de su parte, y yo, a decir

verdad, salí poco triunfante respecto a él. Después, en unas cuantas ocasiones logró vencerme, pero sin ningún tipo de maldad, sino de broma y con la risa de por medio. Yo me callaba con rabia y desprecio. Al salir del colegio, él hizo algún gesto por acercarse a mí; no puse mucha resistencia, porque aquello me halagaba; pero no tardamos mucho en distanciarnos. Más tarde llegaron a mis oídos los éxitos cosechados por él como teniente de cuartel y lo bien que se lo pasaba en sus juergas. También llegué a oír lo mucho que prosperaba en el servicio. Ya no me saludaba en la calle cuando se cruzaba conmigo y sospeché que temía comprometerse si saludaba a alguien tan insignificante como yo. En una ocasión le vi también en el teatro, sentado en la tercera galería y luciendo ya sus charreteras en el pecho. Se encorbaba todo haciendo la corte a las hijas de un viejo general. En cuestión de tres años se había estropeado mucho, aunque seguía siendo bastante atractivo y hábil; comenzó a engordar y se hinchó completamente; era visible que a los treinta, estaría totalmente adiposo. Pues precisamente a ese tal Zverkov, que ahora le destinaban fuera, querían ofrecerle mis compañeros una comida. Durante tres años le siguieron continuamente a todas partes, aunque interiormente, nunca se consideraron en pie de igualdad respecto a él; estoy convencido de ello.

De los dos invitados de Simonov, había un tal Ferfichkin, un ruso de procedencia alemana, de baja estatura y cara de mono. Un estúpido, que se reía de todo el mundo, amén de ser un acérrimo enemigo mío desde los primeros años de colegio. Era ruin, descarado y fanfarrón y desempeñaba el papel de un sujeto tremendamente ambicioso, aunque en realidad, era un cobarde de espíritu. Ferfichkin era de aquellos admiradores de Zverkov que le doraban la píldora por interés, y muy a menudo le pedía dinero en préstamo. El otro invitado de Simonov, era Trudoliubov, un joven militar de buena estatura y gélida fisonomía; personaje no muy notable, aunque bastante honrado y fiel admirador de todo tipo de éxitos cosechados que, por ende, no sabía hablar más que de ascensos.

Era un lejano familiar de Zverkov, y aunque pueda parecer estúpido, esto le otorgaba una cierta distinción entre nosotros. A mí, nunca me tomó en consideración; aunque cuando se dirigía a mí, solía hacerlo con cierta condescendencia, pero sin cortesía alguna.

—Bueno, pues tocamos a siete rublos cada uno —dijo Trudoliubov—, y siendo tres, son veintiún pavos, podemos comer muy bien. Zverkov no paga, claro está.

—Se entiende, puesto que le estamos invitando nosotros —pronunció decididamente Simonov.

—¿Acaso piensan ustedes —con arrogancia e impetuosidad añadió Ferfichkin, cual lacayo que presume de las condecoraciones de su señorito general—, acaso piensan ustedes que Zverkov nos dejaría pagar? En todo caso lo aceptaría por delicadeza, pero pondría de su parte el equivalente a seis botellas del mejor vino.

—¿Adónde vamos nosotros cuatro con media docena? —observó Trudoliubov poniendo la atención sólo en la media docena.

—Así pues, somos tres, y contando con Zverkov, somos cuatro, veintiún rublos, y mañana a las cinco, en el Hotel de París —concluyó finalmente Simonov a quien habían elegido como organizador del evento.

—¿Pero cómo que son veintiún rublos? —dije yo con cierta preocupación y mostrándome ofendido—, puesto que si cuentan conmigo, no serán veintiún rublos, sino veintiocho.

Pensé que ofreciéndome para asistir al almuerzo, así, de repente e inesperadamente, podría incluso considerarse un buen gesto por mi parte, y todos de golpe se rendirían a mis pies y me tratarían con respeto.

—¿Acaso, también desea ir usted? —en un tono no muy agradable observó Simonov, como si evitara dirigirme la mirada. Él conocía mi carácter a la perfección.

Y aquello me enfureció.

—¿Y por qué no? Creo que también fui su compañero de colegio, y confieso que me ofende que me hayan dado de lado —balbuceé de nuevo.

—¿Y dónde habríamos de buscarle? —respondió bruscamente Ferfichkin.

—Usted siempre se llevaba mal con Zverkov —añadió Trudoliubov frunciendo el entrecejo. Pero yo ya no me quería apeaar del burro.

—Me da la impresión que nadie tiene derecho a emitir un juicio sobre esto —contesté yo con voz temblorosa, como si sólo Dios supiera lo que había ocurrido—. Puede que desee ir ahora, precisamente por haberme llevado tan mal con él antes.

—Cualquiera le entiende a usted... y ese tipo de sublimaciones ... —dijo sarcásticamente Trudoliubov.

—Pues bien, está usted apuntado —decidió Simonov dirigiéndose a mí; mañana a las cinco en el Hotel de París; no se confunda.

—¿Y el dinero? —dijo susurrando Ferfichkin a Simonov indicándome con la cabeza e interrumpiendo bruscamente lo que decía, ya que incluso Simonov se sintió turbado.

—Bueno, ya es suficiente —dijo Trudoliubov al levantarse—. Que venga, si tanto le apetece.

—Si éste es nuestro círculo privado de amigos —dijo Ferfichkin con rabia al coger su sombrero—. No se trata de ninguna reunión oficial. Puede que ni siquiera le aceptemos...

—Se fueron; Ferfichkin no se despidió de mí al marcharse, y Trudoliubov, sin dirigirme la mirada, apenas hizo un leve gesto con la cabeza. Simonov, con quien me quedé frente a frente, parecía estar bastante perplejo y me miraba de un modo extraño. Estaba de pie, sin tomar asiento, y tampoco me lo ofrecía a mí.

—Hum... sí... entonces mañana. ¿Y piensa usted pagar ahora? Lo digo por saberlo con exactitud, balbuceó él confusamente.

Me sonrojé todo, y recordé que desde tiempos inmemoriales le debía quince rublos a Simonov, cosa que, por cierto, nunca llegué a olvidar, pero tampoco a devolvérselos.

—Debe usted comprender Simonov, que puesto que no sabía cuál debía de ser la aportación... me resulta muy bochornoso, pero no he traído...

—Está bien, está bien, da lo mismo. Pague mañana a la hora del almuerzo. Lo decía simplemente para que lo supiera... Por favor...

Interrumpió la conversación y comenzó a dar vueltas por la habitación aún más enojado que antes. Al pisar, Simonov se apoyaba fuertemente sobre los talones, haciendo más sonoras sus pisadas.

—¿No le estaré entreteniéndolo? —dije yo tras un silencio que duró un par de minutos.

—¡Oh, no! —dijo todo estremecido— o mejor dicho, a decir verdad, sí. Ya ve, todavía he de pasarme por un sitio que está cerca de aquí... —añadió en tono suplicante y algo avergonzado.

—¡Oh, Dios mío! ¿Cómo no me lo había dicho usted antes? —exclamé yo agarrando el sombrero con tanta soltura, que Dios sabe de dónde me vendría aquel gesto.

—Está muy cerca de aquí... A tan sólo dos pasos... —repetía Simonov acompañándome hasta la puerta, con un aspecto tan agitado que no le pegaba nada—. ¡Bien, pues entonces hasta mañana, a las cinco en punto! —gritó cuando yo bajaba por la escalera: estaba deseando que me marchara. Yo, por el contrario, estaba enfurecido.

—¡Mira que salirme con esas, el canalla ese, el cerdo de Zverkov! —decía yo rechinando los dientes camino de casa. Está claro que no debo ir; está claro que me debe importar un pimiento: ¿acaso tengo alguna obligación? Mañana mismo informaré por correo a Simonov...

Estaba furioso porque precisamente sabía que iría al almuerzo, que iría a propósito; y cuanto más impropio y peor vista fuera mi presencia, tanto más empeño pondría yo en ir.

Incluso había una razón de peso que justificaba mi ausencia; no tenía dinero. Disponía en total de nueve rublos. De los cuales, al día siguiente debía pagarle el sueldo mensual de siete rublos a Apollón, mi criado, que por ese dinero vivía conmigo alimentándose por su cuenta.

Resultaba imposible no pagárselos, teniendo en cuenta el carácter de Apollón. Pero sobre ese canalla, sobre esa llaga, hablaré más tarde.

Por lo demás, sabía que, a pesar de todo, no le pagaría el dinero e iría al almuerzo.

Esa noche tuve unos sueños horribles. No era de extrañar, pues durante toda la tarde, me habían estado atosigando los recuerdos de mis años de presidiario que pase

en la escuela, sin que nada pudiera hacer por deshacerme de ellos. Los que me metieron en aquel colegio fueron unos lejanos parientes míos, de los que pasé a depender, y a los que hasta entonces no conocía; ya era un huérfano atemorizado por sus reproches, cuando me metieron en ese colegio; era un muchacho meditabundo, callado, y de mirada salvaje. Como no me parecía a ninguno de mis compañeros, éstos me recibieron con maliciosas y despiadadas burlas. Pero yo no soportaba las burlas; y tampoco podía avenirme tan gratuitamente con ellos, tal y como se estilaba allí. Les cogí odio al instante, encerrándome cada vez más en mi herido, temeroso y desmesurado amor propio. Me turbaba su tosquedad. Se reían cínicamente de mi cara y de mi cuerpo con forma de saco. ¡Y eso que ellos tenían unas caras de lo más estúpidas! En nuestro colegio, las expresiones de cara solían volverse especialmente estúpidas desfigurándose progresivamente. ¡Cuántos niños maravillosos no habrían entrado en ese colegio! Pero pasados unos años, hasta resultaban desagradables de mirar. Con dieciséis años ya los miraba yo con tremendo pesar; me sorprendían multitud de sus reflexiones, sus estúpidas costumbres, sus juegos y conversaciones. Como no comprendían las cosas más sencillas, y tampoco se interesaban por las más atractivas y sugerentes, sin quererlo, comencé a considerarlos inferiores a mí. No era mi vanidad ofendida lo que me conducía a ello, ¡y por Dios!, no me vengan ahora con esas expresiones burocráticas, pegadizas hasta la náusea: «de que yo sólo soñaba, cuando ellos ya sabían en qué consistía la vida». No sabían nada de la vida, y les juro, que eso era lo que me indignaba aún más de ellos. Al contrario, la realidad más evidente y visible, se la tomaban ellos de la manera más fantástica y estúpida, y ya desde una temprana edad sabían hacer todo tipo de reverencias ante el éxito. Con crueldad e ignominia se reían de todo aquel que, aún siendo justo, por alguna circunstancia, estuviera apocado o humillado. Tomaban el grado por inteligencia; y a los dieciséis años ya hablaban de lugares cálidos. Claro que mucho de todo esto era a causa de la estupidez y también de malos ejemplos que, por doquier, rodeaban sus infancias y adolescencias. Estaban corrompidos hasta la deformidad. Se entiende que también en eso había mucha dosis añadida de apariencia y cinismo; claro que, también la juventud y una cierta frescura, refulgían en ellos a pesar del libertinaje; pero ni siquiera su frescura resultaba atractiva. Yo los odiaba con todas mis fuerzas, aunque probablemente no fuera peor que ellos. Además, ellos me pagaban con la misma moneda y no me ocultaban su aversión. Pero yo ya no deseaba ser aceptado por ellos; al contrario, soñaba con humillarlos continuamente. Para librarme de sus burlas, comencé a estudiar lo mejor posible y me coloqué entre los primeros de la clase. Esto les inspiró consideración. Por aquel entonces todos comenzaron a comprender, poco a poco, que yo ya leía aquel tipo de libros que, a ellos, ya no les era nada asequible, y que por ende, comprendía cosas (que no formaban parte del contenido de nuestro curso de especialidad), de las que ellos ni siquiera habían oído hablar. Aunque

respecto a esto, reaccionaban con rudeza y burla, sin embargo, moralmente, se supeditaban a mí, teniendo en cuenta además, que en este sentido, incluso los profesores siempre me ponían de ejemplo. Pero aunque cesaran las burlas, quedó la animadversión, estableciéndose así entre nosotros, una relación fría y muy tirante. Finalmente no pude aguantar más: con los años se va desarrollando en uno la necesidad de tratar con gente; la necesidad de tener amigos. Probé a acercarme a alguno de ellos; pero este tipo de cosas me salían siempre de un modo tan poco natural, que quedaban en nada. Una vez tuve un amigo. Pero para aquel entonces yo ya era un déspota; quería dominarle completamente; pretendía inculcarle desprecio hacia cuanto le rodeaba; con soberbia le exigía romper definitivamente con su entorno. Le asusté con mi apasionada amistad: acabé por hacerle llorar convulsivamente; era un alma ingenua y abnegada; pero cuando llegó a entregármese del todo, yo al instante le cogí odio y le aparté de mi lado, como si únicamente le necesitara para poder sentirme triunfante sobre él y experimentar que le tenía sometido. Pero lo que no me resultaba nada fácil era poderlos vencer a todos; mi amigo también era una excepción poco frecuente. Al salir de la escuela, mi primera misión consistió en romper con todo, incluida la especialidad, para la que me había estado preparando; maldecía el pasado y quería espolvorearlo como ceniza... ¡Pero sabrá el demonio, por qué después de aquello, me arrastré hasta aquel Simonov!

Por la mañana me desperté temprano y salté de la cama tan preocupado como si todo fuera a comenzar en aquel mismísimo instante. Estaba seguro de que aquel día me esperaba infaliblemente algo definitivo, algo, al estilo de una ruptura radical que podría cambiar totalmente mi vida. Quizás, por la falta de costumbre, siempre, y ante cualquier situación externa, por muy insignificante que ésta pudiera ser, tenía yo la sensación de que de un momento a otro llegaría una ruptura definitiva que en lo sucesivo marcaría toda mi existencia. Por lo demás, cumplí mis obligaciones como de costumbre, pero me escabullí dos horas antes de la oficina para irme a casa y prepararme para el evento. Lo importante, pensaba yo, era procurar no llegar el primero, puesto que podrían pensar que me hacía mucha ilusión asistir a aquel almuerzo. Pero detalles tan importantes como éste, los tenía yo a miles rondándome la cabeza, y todos me preocupaban lo suyo hasta dejarme exhausto y sin fuerzas. Una vez más, limpié las botas con mis propias manos; puesto que Apollón, por nada del mundo las hubiera limpiado por segunda vez en el mismo día, por encontrar muy poco orden en ello. Las limpié con los cepillos que, a hurtadillas, cogí de la entrada para que él no se diera cuenta, y así evitar un gesto de desprecio por su parte. A continuación, examiné detenidamente mi traje y me pareció que estaba muy viejo, raído y desgastado. Me había vuelto muy descuidado. Sin embargo, el uniforme de funcionario lo había arreglado, pero no era cuestión de ir al almuerzo vestido de uniforme. Lo más importante era que en los pantalones, y en la misma rodilla, había

una enorme mancha de color amarillo. Presentía, que aquella simple mancha, restaría gran parte a mi dignidad personal. También sabía, que pensar de aquel modo, era algo muy bajo. «Pero aquél no era momento para las reflexiones, sino de afrontar la realidad», pensaba yo, con el ánimo cada vez más bajo. Sabía perfectamente que en aquellos instantes exageraba desmedidamente todos los detalles, ¿pero qué podía hacer yo? No podía dominarme, y por ende, me sacudía la fiebre. Con desesperación me imaginaba el modo altivo y frío con que me recibiría ese «canalla» de Zverkov; con qué obtusa mirada de irresistible desprecio me miraría el torpe de Trudoliubov; de qué modo más detestable y con qué insolencia soltaría a mi costa sus risitas el bicho de Ferfichkin, con tal de agradarle a Zverkov; cómo todo eso lo entendería perfectamente Simonov y cómo me despreciaría por mi cobardía y falta de amor propio; pero lo más importante, era lo mísero que resultaría todo aquello, qué poco literario y qué vulgar. Claro que lo mejor que podía hacer yo era no asistir al almuerzo. Pero eso me resultaba imposible de hacer, pues cuando me entraban muchas ganas de hacer alguna cosa, solía meterme de cabeza en ello. De lo contrario, me pasaría la vida reprochándome: «¿qué, te acobardaste, te dio miedo la realidad, te asustaste?». Al contrario, deseaba apasionadamente demostrar a toda esa «chusma», que en absoluto era un cobarde, tal y como me lo figuraba yo mismo. Y por si fuera poco, en el máximo paroxismo de aquella febril pusilanimidad, soñaba con estar en la cumbre, venciendo, atrayéndolos y obligándolos a quererme, aunque sólo fuera «por mis elevadas ideas y por mi indiscutible agudeza mental»; que abandonaran a Zverkov, que él tuviera que sentarse aparte, completamente callado y avergonzado, y que yo pudiera aplastarlo. Después, probablemente accediera a hacer las paces con él, y juntos, nos íbamos a tomar una copa llamándonos el uno al otro de tú; pero lo que más me enfurecía y me ofendía, era que ya entonces sabía, y lo sabía perfectamente bien, que en realidad, no tenía ninguna necesidad de hacer todo aquello; que en absoluto deseaba aplastarlos, ni subyugarlos, ni atraerlos hacia mí; puesto que yo mismo sería el primero en no apostar un copek por un resultado así, amén de haberlo logrado. ¡Oh, cuánto rogaba a Dios que aquel día pasara cuanto antes! Con inexpresable tristeza me acercaba a la ventana, abría el ventanuco y miraba la turbia bruma que la nieve húmeda dejaba al caer.

Por fin, el mísero reloj de pared tocó las cinco de la tarde. Cogí el sombrero, y procurando no mirar a Apollón (que ya desde por la mañana esperaba que le pagara su sueldo, pero por orgullo no quería ser el primero en sacar el tema a relucir), pasé despacio junto a él, escurriéndome por la puerta, y con un coche de caballos, y cochero incluido, que había alquilado con mis últimos cincuenta copeks, como un señor, me dirigí al Hotel de París.

Desde el día anterior ya sabía que sería el primero en llegar. Pero la cosa no estaba en quién llegaría el primero.

No sólo no había llegado ninguno de ellos, sino que incluso a duras penas logré encontrar el salón que habíamos reservado. La mesa todavía no estaba puesta. ¿Qué significaba todo eso? Después de varias intentonas, logré enterarme a través del personal de servicio de que el almuerzo estaba encargado para las seis de la tarde y no para las cinco. Esto me lo confirmaron en el bar. Además ya me resultaba incómodo seguir preguntando. Eran sólo las cinco y veinticinco de la tarde. Y si habían cambiado la hora del almuerzo, en todo caso, deberían habérmelo comunicado —para eso estaba el correo— y no dejarme en «evidencia» ante mí mismo y... el servicio. Me senté; un camarero comenzó a poner la mesa; delante de él me sentía aún más ofendido. A las seis de la tarde, además de las lámparas que ya lucían en la habitación, también trajeron velas. Sin embargo, al camarero no se le había ocurrido traerlas al momento de llegar yo. En la habitación de al lado, en dos mesas separadas, comían dos tristes comensales, que estaban callados y parecían estar enfadados. En uno de los salones del fondo había mucho mido; incluso gritos; se oían risas como si se tratara de toda una cuadrilla; también se oían detestables chillidos en francés; el almuerzo tenía lugar con las damas. En una palabra, aquello resultaba nauseabundo. En pocas ocasiones había vivido yo momentos tan desagradables, de modo que cuando a las seis en punto, llegaron todos ellos a la vez, en el primer instante me alegré como si se tratara de mis libertadores y casi se me olvida que debía mirarles con cara de ofendido.

Zverkov entró delante de todos, desempeñando, al parecer, el papel de mando. Tanto él, como los demás, venían riéndose; pero al verme, Zverkov se puso más gallardo, se me acercó apresuradamente, inclinándose ligeramente por la cintura, como si estuviera coqueteando, y me extendió la mano cariñosamente, pero no en exceso, sino con cierto aire de cortesía generalisca; es decir, como si al darme la mano, se estuviera a su vez preservando de algo. Yo, por el contrario, me esperaba de él que al entrar, se echaría a reír con su risa de siempre, fina y chillona, y ya desde la primera palabra, comenzaría a lanzar sus bromas y agudezas. Me había estado preparando para ello ya desde la tarde del día anterior y no me esperaba que me saliera con esas altanerías y sus cariñosos gestos de excelencia. ¿Tal vez, consideraba estar ahora a mucha más altura que yo en todos los sentidos? Pero si lo que pretendía era ofenderme con sus aires de general, pues entonces allá él, pensé; ya llegaría el momento de ajustarle yo las cuentas. ¿Y qué pasaría si de veras, sin pretender ofenderme, se le metiera en su borreguil cabeza, la idea de estar muy por encima de

mí, permitiéndose mirarme no de otro modo más que con esos aires de protector? Con sólo suponerme aquello, sentí que empezaba a faltarme el aire.

—Me ha sorprendido saber que deseaba usted participar con nosotros —comenzó él seseando a media voz y arrastrando las palabras, cosa que antes no le ocurría—. Hacía mucho que no nos veíamos. Nos rehúye usted. Pues no debería. No somos tan terribles como le parecemos. Bueno, en cualquier caso, me alegro del re-en-cuentro...

Se dio la vuelta y con aire de desdén dejó su sombrero en la ventana.

—¿Lleva mucho tiempo esperando? —preguntó Trudoliubov.

—Llegué a las cinco en punto, tal y como quedamos ayer —respondí yo, con voz sonora, algo irritada y anunciando una pronta explosión.

—¿Acaso no le has hecho saber que habíamos cambiado la hora? —dijo Trudoliubov dirigiéndose a Simonov.

—No lo hice. Se me olvidó —contestó el otro sin ningún remordimiento, y sin disculparse conmigo, se dirigió a disponer de los aperitivos.

—¡Oh, pobre, si lleva usted aquí ya más de una hora! —exclamó sarcásticamente Zverkov, pues a él aquello realmente debió de parecerle algo tremendamente gracioso. Después, el canalla de Ferfichkin se echó a reír con una vocecilla tan vil y sonora, que parecía la de un perrillo. Seguramente mi situación debió de parecerle muy graciosa e incómoda.

—¡No tiene ninguna gracia! —grité yo a Ferfichkin, cada vez más y más irritado—, la culpa no es mía, sino de otros. Pasaron por alto comunicármelo. Esto-esto-esto... es sencillamente un despropósito.

—No sólo un despropósito, sino algo más —refunfuñó Trudoliubov saliendo ingenuamente en mi defensa—. Es usted demasiado blando. Sencillamente es una falta de cortesía. Claro que no hecha a propósito. ¿Cómo pudo Simonov?... ¡Hum!

—Si esto me lo hubieran hecho a mí —observó Ferfichkin—, entonces yo...

—Sí, usted habría pedido que le sirvieran algo —le interrumpió Zverkov—, o sencillamente pediría que le sirvieran el almuerzo sin esperarnos.

—Han de reconocer que yo podría haber hecho eso sin necesidad de pedirle permiso a nadie —respondí en tono cortante—. Y si esperé, es porque...

—Tomemos asiento, señores —exclamó Simonov entrando por la puerta—, ya está todo listo; respondo por el champán, lo han enfriado como es debido... Si yo no sé dónde vive usted, ¿cómo podía localizarle? —me dijo, dirigiéndose de pronto a mí, pero escondiendo la mirada una vez más. Era evidente que tenía algo contra mí. Seguramente, después de lo que había ocurrido ayer, hubo algo que le hizo cambiar de opinión.

Todos tomaron asiento; yo también. La mesa era redonda. A mi izquierda estaba Trudoliubov, y a mi derecha, Simonov. Zverkov tomó asiento frente a mí; Ferfichkin a su lado, entre él y Trudoliubov.

—Dí-ga-me ¿trabaja usted... en el departamento? —continuó Zverkov ocupándose de mí—. Al ver que me encontraba violento, se percató seriamente que debían de colmarme de atenciones y, por decirlo de alguna manera, de animarme. «¿Es que pretende que le lance una botella a la cabeza?» —pensé yo enfurecido—. Por falta de costumbre en menesteres sociales, me irritaba con mucha facilidad.

—En una... oficina —respondí yo de una manera entrecortada, mirando al plato.

—¿Y... le e compensa-a? Dí-game ¿qué le ha hecho abandonar el puesto que tenía antes?

—Lo que me ha hecho a-ban donar el puesto anterior fue precisamente porque me apetecía hacerlo —dije, arrastrando tres veces más las sílabas, ya casi sin ser dueño de mí mismo. Ferfichkin refunfuñó. Simonov me miró irónicamente; Trudoliubov dejó de comer y comenzó a observarme atentamente.

Zverkov se sintió ofendido, pero quiso disimularlo.

—Bueno-o-o, ¿y cómo sale usted de sueldo?

—¿De qué sueldo habla?

—¿Se refiere al salario?

—¿Acaso me está examinando?

Sin embargo, al momento dije el sueldo que cobraba. Enrojecí hasta no poder más.

—No es muy alto —observó Zverkov dándose importancia.

—Sí, no permite frecuentar cafés y restaurantes —añadió descaradamente Ferfichkin.

—A mi parecer, incluso resulta un sueldo bajo —observó con seriedad Trudoliubov.

—Desde la última vez que le vi... está usted más delgado, más cambiado —añadió Zverkov, no sin cierta mala intención, y mostrando una descarada compasión al mirarme el traje que llevaba.

—Ya está bien de cohibirle —gritó Ferfichkin soltando risitas.

—Señor mío, sepa usted que no estoy cohibido —irrupe yo finalmente—, ¿me oye? Estoy almorzando aquí en este «café-restaurant» con mi propio dinero y no con el ajeno; tome nota de ello, monsieur Ferfichkin.

—¿Cóoomo? ¿Quién está comiendo aquí con el dinero ajeno? Parece que usted... —se enganchó Ferfichkin enrojeciendo como un cangrejo y mirándome a los ojos con exasperación.

—Pu-ees así —respondí yo sintiendo que me había pasado; creo que sería mejor que sacáramos otra conversación más inteligente.

—Parece que está usted dispuesto a mostrarnos su inteligencia.

—No se preocupen, pues hacerlo aquí, estaría completamente fuera de lugar.

—Pero ¿qué le pasa señor mío, por qué está cacareando de este modo? ¿No se habrá vuelto loco usted en su departamento?

—¡Ya está bien, caballeros, ya es suficiente! —gritó Zverkov con omnipotencia.

—¡Qué absurdo es todo esto! —gruñó Simonov.

—Realmente es algo absurdo, pues nos hemos reunido aquí un grupo de amigos para despedirnos de un compañero que se marcha, y ustedes echando cuentas —dijo toscamente Trudoliubov dirigiéndose sólo a mí—. Fue usted mismo quien hizo ayer que le invitáramos, no venga ahora a romper la armonía...

—Bueno, ya es suficiente —gritó Zverkov—. Déjenlo ya caballeros, que esto está fuera de lugar. Mejor será que les cuente cómo hace tres días, casi acabo casándome...

Y aquí comenzó a relatarnos la historieta sobre cómo hacía tres días, este caballero casi termina casándose. Por cierto, no mencionó ni una sola palabra sobre el casamiento, pero en la historia no hacían más que aparecer generales, coroneles, e incluso donceles, y entre ellos Zverkov, protagonizando el relato. Hubo mucha risa aprobatoria con chillidos de Ferfichkin de por medio.

Todos me habían dado de lado, y yo me sentía cada vez más aplastado y aniquilado.

«Señor, ¿es este mi círculo? —pensaba yo—. Me he mostrado como un estúpido delante de ellos. Y no obstante, he consentido mucho a Ferfichkin. Esos imbéciles se creerán que se dignaron en concederme el honor de sentarme en su mesa, y ¿no comprenden que soy yo, yo, el que les honra sentándose junto a ellos, y no al revés? "¡Que si he adelgazado! ¡Que si el traje!" ¡Malditos sean estos pantalones! Hace un rato Zverkov se percató de la mancha amarilla que tengo en la rodilla... ¡Pero bueno! Ahora mismo, en este mismo instante, debería levantarme de la mesa, coger el sombrero, y marcharme sin decir palabra... ¡Por desprecio! ¡Aunque mañana tuviera que batirme en duelo! ¡Canallas! ¡Como si fuera por los siete rublos! Pero quizá lo piensen... ¡Al demonio! ¡No me dan lástima los siete rublos! ¡Me marchó ahora mismo!...».

Ni que decir tiene que me quedé.

De lo mal que me sentía bebía jerez y otros licores a vasos llenos. Ante la falta de costumbre, me embriagué rápidamente, y con la embriaguez, aumentó también mi enojo. De pronto, me apeteció sobremanera ofenderles a todos del modo más grosero posible, y después, coger y marcharme. Para demostrarles quién era yo, debía de esperar el momento oportuno; para que después, pudieran decir de mí «aunque parezca ridículo, es inteligente...» y... y... en una palabra, ¡que se fueran al demonio!

Les miré a todos descaradamente con ojos amodorrados. Seguramente ya se habían olvidado completamente de mí. Ellos hacían mucho ruido, gritaban y se divertían. Zverkov no paraba de hablar. Me puse a escuchar. Zverkov hablaba sobre una espléndida dama a la que llevó finalmente a declarársele (se entiende que mentía como un bellaco), y que en ese tipo de cosas le ayudaba muy especialmente un íntimo amigo suyo, al parecer, un príncipe, el húsar Kolia, que tenía tres mil almas.

—Y, sin embargo, ese tal Kolia, que posee tres mil almas, no está aquí para despedirse de usted —dije yo irrumpiendo en la conversación. Durante un minuto todos quedaron en silencio.

—Está usted borracho —se decidió finalmente a decírmelo Trudoliubov, mirándome despectivamente y de reojo. Zverkov me observaba en silencio como si yo friera un bicho raro. Bajé los ojos. Simonov comenzó rápidamente a echar champán.

Trudoliubov alzó la copa, y tras él, todos los demás, excepto yo.

—¡A su salud y que tenga buen viaje! —gritó, dirigiéndose a Zverkov—. ¡Por los años pasados, caballeros, y por nuestro futuro! ¡Hurra!

Bebieron todos, y después se pusieron a darle besos a Zverkov. Yo no me inmuté; la copa de champán permaneció intacta delante de mí.

—¿Acaso no va usted a beber? —bramó Trudoliubov, perdiendo la paciencia y dirigiéndose a mí con severidad.

—Por mi parte, deseo muy especialmente decir unas palabras... y después beberé, señor Trudoliubov.

—¡Qué rabieta más desagradable! —murmuró Simonov.

Me erguí sobre la silla, y completamente febril cogí la copa preparándome para algo extraordinario, pero sin saber todavía qué es lo que iba a decir.

—Silence! —gritó Ferfichkin—. ¡Vamos a ver cuánta inteligencia hay aquí! —Zverkov aguardaba con seriedad percatándose de lo que se trataba.

—Caballero, teniente Zverkov —comencé yo—, ha de saber usted que odio las frases hechas, a los charlatanes y los talles ceñidos... Éste es el primer punto, y le sigue otro más.

Todos se removieron en sus asientos.

—El segundo punto: es que aborrezco las almibaradas historietas de amoríos y a los que las cuentan. ¡Especialmente a los que las cuentan!

—El tercer punto: es que amo la verdad, la sinceridad y la honradez —proseguía yo casi mecánicamente, porque ya comenzaba a sentirme helado de horror, al no comprender por qué decía todo aquello—. Amo las ideas, monsieur Zverkov; amo la verdadera camaradería, la que está en pie de igualdad, y no... hum... Amo... ¿Y por qué no? También beberé a su salud. Cautive usted a las circasianas, dispare usted a los enemigos de la patria y... y... ¡Por su salud, monsieur Zverkov!

Éste se puso de pie, se inclinó ante mí y dijo:

—Le estoy muy agradecido.

Estaba muy ofendido, e incluso había palidecido un poco.

—¡Al demonio! —rugió Trudoliubov dando un puñetazo en la mesa.

—¡No, señor, esto se merece una bofetada! —chilló Ferfichkin.

—¡Habría que echarle! —gruñó Simonov.

—¡Caballeros, ni una palabra más, ni tampoco más gestos! —gritó Zverkov en tono triunfador, frenando la indignación general—. Les estoy muy agradecido a todos, pero yo mismo puedo demostrarle cuánto valoro sus palabras.

—Señor Ferfichkin, ¡mañana mismo me dará usted satisfacción por las palabras que acaba de pronunciar! —dije yo en un tono bastante alto, dirigiéndome a él y dándole aires de importancia.

—¿Quiere decir que habrá duelo? ¡Haga el favor! —respondió aquél, pero seguramente yo debía de estar tan ridículo retándole al duelo con aquellos aires tan pretenciosos que le iban tan poco a mi aspecto, que todos, y tras ellos también Ferfichkin, se echaron a reír.

—¡Está claro que hay que dejarle en paz! ¡Está totalmente borracho! —comentó Trudoliubov con desagrado.

—¡Nunca me perdonaré haberle apuntado al almuerzo! —refunfuñó nuevamente Simonov.

«Sería un buen momento para lanzarles a todos un botellazo» —pensé yo, cogí la botella y... llené el vaso.

«... ¡No, será mejor quedarme hasta el final! —pensaba yo—, y ustedes caballeros, se alegrarían mucho de que me marchara. Pues, por nada del mundo. Me quedaré aquí a propósito, sentado y bebiendo hasta el final, para demostrarles que no les otorgo ni la menor importancia. Continuaré sentado y bebiendo, porque ésta es una taberna y yo pagué debidamente. Sí, me quedaré aquí, sentado y bebiendo, porque les considero a todos unos peones de ajedrez; sí, unos peones inexistentes. Estaré sentado, bebiendo... y cantando, si me da la gana; sí señor, cantando, porque tengo derecho a hacerlo... tengo derecho a cantar... hum».

Pero no canté. Únicamente procuraba no mirar a ninguno de ellos; adopté la pose de independencia y aguardaba con ansiedad que fueran ellos los primeros en dirigirse a mí. Pero ¡hay! No lo hicieron. ¡Y cuánto deseaba yo en aquellos momentos hacer las paces con ellos! Dieron las ocho de la tarde, y finalmente las nueve. Pasaron de la mesa al sofá. Zverkov se quedó tendido en el diván, poniendo un pie sobre la mesita redonda. El vino también lo llevaron allí. Él, en verdad, había puesto tres botellas de las suyas. A mí, claro está, no me invitaron. Todos le rodearon en el sofá. Le escuchaban casi con veneración. Era evidente que le apreciaban bastante. «¿Pero por qué, por qué razón?», pensaba yo para mis adentros. En algunos momentos, en éxtasis de embriaguez, se ponían a darse besos entre ellos. Hablaban del Cáucaso, de lo que era la auténtica pasión, de los mejores destinos para el servicio; sobre el sueldo que ganaba el húsar Podjarzhevski, al que personalmente nadie conocía, pero por el que todos se alegraban de que ganara mucho dinero; sobre la extraordinaria belleza de la princesa D., a la que ninguno de ellos jamás había visto; finalmente, concluyeron que Shakespeare era inmortal.

Yo sonreía despectivamente, paseándome por el otro lado del salón, justo enfrente del sofá; iba y venía a lo largo de la pared, desde la mesa hasta la chimenea y viceversa. Con todas mis fuerzas quería demostrar que podía pasarme sin ellos; mientras tanto, a propósito, hacía ruido con las botas, apoyándome sobre los talones. Pero todo eso resultó baldío. Con eso y todo, ellos no me hacían ni caso. Me armé de paciencia, y desde las ocho de la tarde hasta las once de la noche, me estuve paseando justo delante de donde se encontraban ellos, yendo y viniendo de la mesa a la chimenea y de la chimenea a la mesa. «Porque me apetece ir y venir, sí, así, de un lado a otro, y nadie puede impedírmelo. Voy y vengo, y nadie puedo prohibírmelo». El camarero que entró en el salón, se paró unas cuantas veces a mirarme; de tantas idas y venidas, la cabeza me daba vueltas; hubo momentos en que creí que estaba delirando. Durante aquellas tres horas me dio tiempo a empaparme y secarme tres veces el sudor. En ocasiones, una idea venenosa se me clavaba dolorosamente en el fondo de mi corazón; pensaba que pasados diez, veinte y cuarenta años, sí, pasados incluso cuarenta años, recordaría yo con repugnancia y humillación aquellos minutos como los más puercos, ridículos y terribles de toda mi vida. Resultaba imposible humillarse más a sí mismo, con más descaro y conscientemente; lo comprendía perfectamente, pero a pesar de ello, seguía yendo y viniendo de la mesa a la chimenea y viceversa. «¡Oh, si supieran ustedes de qué sentimientos e ideas era yo capaz y qué inteligente era!», pensaba en algunos momentos, dirigiéndome mentalmente hacia el sofá donde estaban sentados mis enemigos. Pero ellos se portaban como si yo no estuviera en la habitación. Sólo una vez, sí, sólo una, se dieron la vuelta hacia donde estaba yo, justo cuando Zverkov comenzó a hablar de Shakespeare, y yo, de pronto me eché a reír despectivamente. Resoplé de una manera tan elaborada y repugnante, que todos a la vez interrumpieron la conversación, y durante dos minutos aproximadamente, se quedaron observándome, completamente serios y sin reírse, cómo iba y venía yo a lo largo de la pared, desde la mesa hasta la chimenea, sin hacerles el más mínimo caso. Pero no ha resultado: aunque dejaran de hablar, pasados dos minutos, se olvidaron nuevamente de mí. Dieron las once de la noche.

—¡Caballeros —gritó Zverkov, levantándose del sofá—, vayamos todos para allá!

—¡Claro, claro! —respondieron los demás.

Me volví bruscamente hacia Zverkov. Estaba tan cansado y roto, que hasta hubiera preferido degollarme con tal de acabar con aquella situación. Estaba febril; el pelo, empapado en sudor, se me quedó pegado a la frente y las sienes.

—¡Zverkov! Le pido disculpas —dije brusca y decididamente—, y también a usted Ferfichkin, y a todos, a todos ustedes, puesto que les ofendí a todos.

—¡Ah, conque no es amigo de duelos! —silbó con veneno Ferfichkin.

Sentí una dolorosa punzada en el corazón.

—¡No, no le tengo miedo al duelo, Ferfichkin! Estoy dispuesto a batirme con usted mañana mismo, después de hacer las paces. Incluso insisto en ello, y usted no debe negarse. Deseo poder demostrarle que no le tengo miedo al duelo. Usted disparará primero, y yo, dispararé al aire.

—Se está consolando a sí mismo —observó Simonov.

—¡Sencillamente, ha perdido el juicio! —respondió Trudoliubov.

—¡Pero, me permite usted pasar! ¿Por qué se ha puesto en medio del camino?... ¿Qué pretende? —respondió despectivamente Zverkov. Todos ellos estaban colorados; les brillaban los ojos: habían bebido mucho.

—Quiero ser su amigo, Zverkov, porque le ofendí, pero...

—¿Ofenderme? ¿U-usted? ¡A m-i-í! ¡Ha de saber, señor mío, que usted nunca, y en ninguna de las circunstancias, podría ofenderme a mí!

—¡Ya le hemos aguantado lo suficiente, fuera! —refrendó Trudoliubov—. ¡Vámonos ya!

—¡Olimpia es mía, caballeros! ¿Están de acuerdo? —gritó Zverkov.

—¡No tenemos duda! ¡No tenemos duda! —le respondieron con risas.

Me quedé de pie tan hundido, como si me hubieran escupido. La camarilla salió ruidosamente de la habitación; Trudoliubov entonó una estúpida canción. Simonov se rezagó un instante para darles la propina a los camareros. De pronto, me acerqué a él y le dije:

—¡Simonov! ¡Présteme usted seis rublos! —pronuncié desconsolada, pero a la vez decididamente.

Me miró extraordinariamente asombrado con ojos que denotaban cierta torpeza. También estaba borracho.

—¿Acaso también va allí, donde vamos nosotros?

—¡Sí!

—¡No tengo dinero! —me contestó en un tono cortante; sonrió despectivamente y salió del salón.

Le agarré de su capote. Aquello era una pesadilla.

—¡Simonov! ¡Vi que tenía usted dinero! ¿Por qué me lo niega? ¿Acaso me considera un canalla? ¡Tenga cuidado si me lo niega! ¡Si usted supiera, si supiera, para lo que estoy pidiendo! De ello depende todo, todo mi futuro y todos mis planes...

Simonov sacó el dinero, y casi me lo tira a la cara.

—¡Cójalo, si tan poca vergüenza tiene! —pronunció despiadadamente y salió corriendo para alcanzar a los demás.

Durante un minuto me quedé sólo. Allí quedaba el desorden, los restos de comida, una copa rota en el suelo, el vino derramado, colillas de cigarrillos, embriaguez, delirio en mi cabeza, dolorosa tristeza en el corazón, y para rematar, el lacayo, que después de haberlo visto y oído todo, me miraba a los ojos con curiosidad.

—¡Allí! —grité yo—. ¡O todos ellos se ponen de rodillas ante mí abrazándose a mis piernas suplicándome amistad, o... o a ese Zverkov, le doy yo una bofetada!

V

—¡Conque por fin ya está aquí mi encuentro con la realidad! —susurraba yo, bajando a todo correr las escaleras—. ¡Al parecer, aquí ya no es el Papa quien abandona Roma marchándose a Brasilia; ni tampoco el baile en el lago Como!

«¡Eres un canalla si ahora te ríes de esto!» —se me pasó por la cabeza.

—¡Pues que así sea! —grité, contestándome a mí mismo—. ¡Sí, pero ahora todo había acabado!

No quedaba ni rastro de ellos; pero daba igual: sabía hacia donde se dirigían.

En el porche había un cochero nocturno vestido con un sayal; estaba completamente cubierto de nieve recién caída, que hasta parecía cálida. El aire era denso y sofocante. Su pequeño caballo pío y todo despeinado, estaba también cubierto de nieve y tosía; lo recuerdo perfectamente. Me lancé sobre el trineo; pero sólo hube metido una pierna para sentarme, el recuerdo de Simonov dándome seis rublos, hizo que me tambaleara y como un saco cayera dentro del trineo.

—¡No! ¡Todavía tengo que hacer muchas cosas para saldar todo esto! —grité—, o lo saldo, o esta misma noche perezco en el sitio. ¡Adelante!

El trineo arrancó. Un torbellino daba vueltas en mi cabeza. «Ellos no se pondrían de rodillas para suplicar mi amistad. Es un espejismo, un espejismo vulgar, repugnante, romántico y fantástico; el mismo baile sobre el lago Como. ¡Por ello debo darle una bofetada a Zverkov! Estoy obligado a dársela. Así pues, está decidido: voy volando a darle ahora mismo una bofetada».

—¡Adelante!

El cochero tiró de las riendas.

«Le daré la bofetada nada más entrar». «¿Debo decir algunas palabras de introducción antes de propinársela? ¡No! Sencillamente, entraré y le propinaré la bofetada. Estarán todos ellos en el salón, y él, estará sentado en el sofá junto a Olimpia. ¡Maldita Olimpia! En una ocasión se burló de mi cara y renegó de mí. ¡Arrastraré a Olimpia por los pelos, y a Zverkov por las orejas! No, mejor será agarrarle de una oreja y pasearle así, por toda la habitación. Puede que todos se abalancen a pegarme y a echarme fuera. Será lo más probable. ¡Que lo sea! A pesar de todo, fui el primero en darle una bofetada: fue mi iniciativa; y conforme a las leyes de la honestidad, eso ya es todo; él ya estará marcado, y así ya nunca podrá quitarse de encima la bofetada, ni con todas las palizas del mundo, a excepción del duelo, claro. Estará obligado a batirse. ¡Sí, y ahora que me peguen todos! ¡Sí, que lo hagan esos desagradecidos! Seguro que el que pegará con más ganas será Trudoliubov: es tan

fuerte; probablemente Ferfichkin se me enganchará por un costado agarrándoseme al pelo. ¡Bueno, que así sea! Estoy dispuesto a ello. ¡Sus cabezas borreguiles finalmente tendrán que darse cuenta de la dosis de tragedia que hay en todo esto! Cuando me vayan a arrastrar hacia la puerta, les diré a gritos, que en realidad, ninguno de ellos vale un dedo meñique mío».

—¡Adelante, conductor, adelante! —grité al cochero.

Éste, incluso, se estremeció levantando por los aires el látigo del grito tan fuerte que pegué.

«Nos batiremos al amanecer, está decidido. He acabado con el departamento. Ferfichkin anoche dijo en lugar de departamento “lepartamento”. ¿Pero de dónde voy a sacar yo el revolver? ¡Qué absurdo! Pediré dinero como anticipo del sueldo y lo compraré. ¿Y la pólvora y las balas? Estas cosas corresponden al padrino del duelo. ¿Cómo haré todo esto antes del amanecer? ¿Dónde encontraré al padrino? Si no tengo conocidos...».

—¡Qué absurdo! —grité, con la cabeza aún más revuelta—, ¡qué absurdo!

«La primera persona con la que me cruce en la calle, y a la que me dirija, deberá hacer de padrino del duelo, como cuando se saca del agua a alguien que se está ahogando. Deben tenerse en consideración los casos más extremos. ¡Incluso, si mañana le pidiera al mismísimo director del departamento, Antón Antonych, que fuera mi padrino del duelo, él debería aceptarlo, aunque sólo fuera por mantener el honor caballeresco, y después, guardar el secreto...!».

La cosa es que en aquel mismo instante se me presentó con más claridad y precisión que nunca el repugnante disparate de los propósitos que yo pensaba llevar a cabo y lo que representaría aquel correspondiente reverso de la moneda, pero...

—¡Vamos cochero, adelante, briboncillo, dale a los caballos!

—¡Vaya con el señor! —pronunció el cochero en tono de sentencia terrenal.

De pronto sentí mucho frío.

«¿Y no sería mejor... no sería mejor... que fuéramos directamente a casa? ¡Oh, Dios mío! ¿Por qué, por qué me empeñé ayer en asistir a ese almuerzo? ¡No, ya es imposible! ¡Y vaya paseíto de tres horas que me di de la mesa a la chimenea! ¡No, ellos, precisamente ellos, y nadie más que ellos, deberán pagarme por ese paseo! ¡Deben borrar esa deshonra!».

«¿Y qué pasaría si me entregaran a la comisaría? ¡No se atreven! Temen el escándalo. ¿Y qué sucedería, si Zverkov, por hacerme un desprecio, se negara a batirse conmigo en duelo? Sería lo más probable; pero entonces, yo le demostraría con quien se la estaba jugando... Mañana, cuando él estuviera disponiéndose ya para marchar, yo me iría volando a la estación de postas, le agarraría por una pierna y le arrancaría el capote cuando se estuviera disponiendo a subir al carro. Me engancharía a su brazo con los dientes y le mordería. “¡Observen todos, a lo que puede llegar un hombre

desesperado!”. Me lo imaginaba dándome golpes en la cabeza, y a los demás, en la espalda. Y yo gritaría a la gente que se agolpara allí: “¡Mírenle, aquí tienen al joven cachorro que viaja para seducir a las circasianas llevándose mi escupitajo en la cara!”».

¡Claro que después de esto, todo se echaría a perder! El departamento desaparecería de la faz de la tierra. A mí me apresarían, me juzgarían y me echarían de la Administración; después, me encarcelarían y me deportarían a Siberia. ¡Ya nada importaría! Al cabo de quince años, cuando saliera de la prisión, iría a buscarle vestido de harapos y hecho un mendigo. Le encontraría en alguna capital de provincias. Estaría casado y sería feliz. Tendría una hija ya mayor... Yo le diría: «¡Mira, monstruo, mis pómulos hundidos y mis andrajos! Lo he perdido todo: la carrera, la felicidad, el arte, la ciencia, a la mujer amada, y todo, por tu culpa. Aquí están los revólveres. He venido a descargar el mío y... y te perdono». En ese momento, dispararía al aire, y después ya no se sabría nada más de mí...

Casi me echo a llorar de lo que me había emocionado, aunque sabía perfectamente que aquel episodio era de Silvio de La mascarada de Lérmontov. De pronto, me sentí muy avergonzado, tan avergonzado, que hice parar al caballo, salté del trineo y me metí en la nieve en medio de la calle. El cochero me miró todo sorprendido y suspiró.

¿Qué hago? No podía dirigirme allí, pues era absurdo; y tampoco podía dejar el asunto sin terminar, ya que parecería que... ¡Dios! ¡Cómo podía dejarlo así! ¡Y después de tanta ofensa!

—¡No! —exclamé nuevamente, abalanzándome sobre el trineo—, ¡está predestinado, es el destino! ¡Vamos, vamos para allá!

Y en mi impaciencia, le di al cochero un puñetazo en el cuello.

—¿Pero qué te pasa, porqué te pones a pelear? —gritó el hombre, soltándole a su vez tal latigazo a su rocín que éste pegó unas cuantas coces.

La nieve caía a grandes copos; me desabroché un poco la ropa, pues nada me importaba ya la nieve. Me propuse olvidarme de todo lo demás, ya que finalmente me hube decidido a darle la bofetada; sin embargo, sentía horrorizado que aquel desenlace ocurriría infaliblemente ahora, sí, en aquellos precisos instantes, y que nada lo pararía, por muy fuerte que fuera. Los faroles solitarios refulgían sombríamente en medio de la bruma de nieve, pareciéndose a las antorchas de un cortejo fúnebre. La nieve se me había metido por dentro del capote, de la levita y de la corbata, deritiéndose en contacto con el cuerpo; pero yo seguía sin cubrirme: presentía que todo estaba ya completamente perdido. Por fin habíamos llegado. Salté del trineo casi inconscientemente, subí las escalerillas y comencé a golpear la puerta con los pies y con las manos. Sentí una terrible flojera en las piernas, especialmente en las rodillas. Abrieron con bastante rapidez, como si ya me estuvieran esperando. (Probablemente Simonov avisó que llegaría uno más, ya que en aquel lugar siempre se avisaba, y en

general, se tomaban las debidas precauciones. Se trataba de uno de esos «establecimientos modernos» de aquellos años que fueron clausurados hace mucho por la policía. Durante el día, desempeñaba las funciones de una tienda; pero por las tardes, los que llevaran una recomendación, podían venir en calidad de invitados). Con pasos apresurados pasé de largo la oscura tienda y me dirigí al salón donde sólo había una vela encendida; me quedé clavado en el sitio: no había nadie.

—¿Dónde están ellos? —pregunté a alguien.

Pero a ellos, claro está, ya les había dado tiempo a irse cada uno por su lado...

Delante de mí había una persona que sonreía de un modo estúpido; era la dueña del establecimiento, a la que yo ya le era algo familiar. Al minuto, se abrió la puerta y entró otra persona.

Sin prestar atención a nada, yo daba zancadas por la habitación y, al parecer, hablaba sólo. Me parecía que había escapado de la muerte, y esa sensación me recorría gozosamente todo el cuerpo; ¡estaba dispuesto a dar esa bofetada, a darla al instante, inmediatamente! ¡Pero ahora ellos ya no estaban allí y... todo había pasado y cambiado!... Miraba alrededor. Todavía no me daba cuenta de lo que había sucedido. Maquinalmente eché una mirada a la joven que acababa de entrar: tenía ante mí un rostro joven, lozano, algo pálido, de oscuras y rectas cejas y una mirada seria, como si alguna cosa la hubiera sorprendido. Eso me gustó al instante; si por el contrario hubiera sonreído, la habría odiado. Comencé a observarla con más detenimiento, como si estuviera esforzándome: todavía no había puesto orden en mi cabeza. En su semblante había algo cándido y bondadoso, algo extrañamente serio. Estaba convencido de que esto representaba una desventaja para la muchacha, y que aquellos imbéciles no se habían percatado de ella. Por lo demás, no podría decirse que fuera una belleza, aunque era de buena estatura, complexión fuerte y bien formada. Vestía con excesiva sencillez. Sentí el mordisco de un pensamiento ruin en mi cabeza; me acerqué directamente a ella...

Sin darme cuenta, me miré en un espejo que había allí. Mi rostro agitado me pareció extremadamente desagradable: pálido, rabioso, mezquino, con los pelos alborotados. «Que así sea, me alegro —pensaba yo—, estoy contento de parecerle repugnante; eso me agrada...».

VI

...En algún lugar, al otro lado del tabique, un reloj soltó un fuerte ronquido, como si lo estuviesen sometiendo a una gran presión o estrangulándolo. Al prolongado e irreal ronquido, le siguió un rápido e inesperado sonido, muy fino y desagradable, como si alguien hubiera pegado un salto hacia delante. Dieron las dos. Me despabilé, aunque no dormía, sino que sólo permanecía tumbado y algo amodorrado.

La habitación estrecha, hacinada y de techo bajo, estaba casi a oscuras; la ocupaba un enorme armario ropero lleno de cartones, trapos y todo tipo de ropas inservibles. El trozo de vela que había sobre la mesa al fondo de la habitación, estaba ya casi apagado, pero a ratos volvía a encenderse intermitentemente. En unos minutos probablemente la oscuridad más absoluta invadiría la habitación.

No tardé mucho en despabilarme; lo recordé todo de golpe, sin esfuerzo alguno, como si lo evocado hubiera estado aguardando allí, para asaltarme de nuevo. Pero incluso cuando estaba adormilado, había un punto en mi memoria que estaba continuamente presente, un punto que no acababa de olvidarse por completo y alrededor del cual giraban pesadamente mis ensueños. Era extraño, pues todo cuanto me había ocurrido ese día, al despabilarme, me parecía que me había sucedido ya hace muchísimo tiempo.

Sentía la cabeza embriagada. Como si algo estuviera dando vueltas sobre mí, rozándome y molestándome. La melancolía y la bilis bullían nuevamente en mi interior buscando salida. De pronto, junto a mí, vi dos ojos abiertos que me miraban fijamente y con curiosidad. Su mirada era fría, indiferente y sombría, como si le fuera totalmente extraña a uno; resultaba duro soportarla.

Una lúgubre idea anidó en mi cerebro pasando por todo el cuerpo en forma de una sensación muy repugnante, al estilo de cuando uno penetra en el húmedo y rancio subsuelo. Parecía poco natural, que a ese par de ojos, les hubiera dado sólo ahora por observarme. Recordé que en el transcurso de dos horas, no le había dirigido a aquel ser ni una sola palabra, y ni siquiera lo consideré necesario; es más, incluso encontraba algo agradable en ello. Pero ahora, de pronto, una idea libertina, tan repugnante como una araña, se me presentó en toda su nitidez; la idea de lo que comienza tosca y desvergonzadamente por aquello con lo que debería terminar coronándose el verdadero amor. Permanecimos un largo rato mirándonos el uno al otro, pero ella no bajaba su mirada ante la mía, y tampoco la desviaba, de manera que finalmente, comencé a sentirme algo angustiado.

—¿Cómo te llamas? —pregunté entrecortadamente para acabar lo antes posible.

—Liza —respondió ella, casi murmurando, pero en un tono no del todo afable y mirando hacia otro lado.

Me quedé en silencio.

—¿Qué tiempo hace... está nevando... qué desagradable! —susurré yo casi hacia adentro, poniendo melancólicamente la mano debajo de la cabeza y mirando hacia el techo.

Ella seguía sin responder. Todo aquello parecía tan indecoroso.

—¿Eres de aquí? —pregunté yo pasado un minuto, casi en un arranque de cólera y volviendo ligeramente la cabeza hacia ella.

—No.

—¿De dónde?

—De Riga —pronunció con desgana.

—¿Eres alemana?

—No, rusa.

—¿Llevas mucho tiempo aquí?

—¿Dónde?

—En la casa.

—Dos semanas —hablaba cada vez más y más entrecortadamente. La vela se apagó completamente; ya no podía distinguir su cara.

—¿Tienes padre y madre?

—Sí... no... sí tengo.

—¿Dónde están?

—Allí, en Riga.

—¿Quiénes son?

—Pues eso...

—¿Cómo que, pues eso? ¿Quiénes son y qué hacen?

—Se dedican a su hacienda.

—¿Has vivido siempre con ellos?

—Sí.

—¿Cuántos años tienes?

—Veinte.

—¿Por qué te marchaste de su lado?

—Bueno...

Ese bueno, significaba que la dejara en paz, que ya la había hartado. Nos quedamos los dos callados.

¡Sabe Dios por qué no me iba de allí! Me sentía cada vez con más náuseas y melancolía. Imágenes del día pasado, involuntariamente y por sí mismas, comenzaron desordenadamente a pasármese por la cabeza. De repente, recordé una escena que vi en la calle por la mañana, cuando todo preocupado y pusilánime me dirigía a la oficina.

—Hoy vi cómo a unos hombres casi se les cae al suelo un féretro que sacaban a la calle —pronuncié de pronto en voz alta, como si en absoluto pretendiera comenzar la conversación, y como si ésta me saliera sola y sin darme cuenta.

—¿Un féretro?

—Sí, en la plaza Sennaia; lo sacaban de un sótano.

—¿De un sótano?

—Bueno, no era exactamente un sótano, sino una planta baja... bueno, ya sabes... la que está allí abajo... esa casa de mala fama... Había tanta suciedad alrededor... Cáscaras de huevo, basura... un olor espantoso... algo abominable.

Silencio.

—¡Hoy hace un día detestable para los entierros! —comencé nuevamente yo, con tal de no estarme callado.

—¿Por qué detestable?

—La nieve, la humedad... —bostecé.

—Da lo mismo —dijo de pronto ella tras un pequeño silencio.

—No, es asqueroso... —bostecé de nuevo—. Seguramente los enterradores estarían echando pestes, pues la nieve lo humedece todo. Y seguro que en la fosa había agua.

—¿Y por qué hay agua en la fosa? —preguntó ella con cierta curiosidad, pero pronunciándolo con más tosquedad y aspereza que antes. De pronto, sentí que algo comenzaba a pincharme.

—Pues claro, en el fondo de la fosa hay agua de unos seis vershok aproximadamente. Aquí, en el cementerio de Volkovo, resulta imposible cavar una sola fosa seca.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? Es un lugar de mucha agua. Los alrededores de aquí son tierras pantanosas. Por eso meten los ataúdes en el agua. Yo mismo lo he visto... muchas veces...

(No lo había visto ni una sola vez, y además no había estado nunca en el cementerio de Volkovo, sino que había oído cómo lo contaban otros).

—¿Acaso no te importa morirte?

—¡Y por qué habría de morirme! —respondió ella como si estuviera a la defensiva.

—Pues algún día te morirás, y te morirás igual que murió la mujer que falleció ayer. También era... una muchacha como tú... Murió de tisis.

—A la fulana le hubiera dado lo mismo morirse en un hospital... («Ya lo ha entendido —pensé—, por eso dijo: fulana y no muchacha»).

—Le debía dinero a la dueña —respondí yo, animándome cada vez más con la conversación—, y a pesar de estar enferma de tisis, le estuvo prestando servicios casi hasta el último día. Los que cargaban el ataúd se lo contaban a los soldados.

Seguramente la conocían de antes. Se reían. Y se proponían hacerle un homenaje en su memoria en la taberna. (También en esto mentí no poco).

Silencio, un largo silencio. Ella apenas se movía.

—¿Acaso es mejor morirse en un hospital?

—¿Y no dará lo mismo?... ¿Por qué he de morirme? —añadió completamente irritada.

—No digo ahora, sino más tarde.

—Tampoco más tarde...

—¡Cómo que no! Ahora tú eres joven, bella y lozana, ése es tu valor. Pero después de un año de esa vida, ya no serás la misma y te marchitarás.

—¿Al año?

—En cualquier caso, al pasar un año, valdrás menos —continuó yo con cierta alegría maliciosa—. Y te cambiarás de casa; te irás de aquí a algún lugar de menor categoría. Después, al pasar otro año más, a otra tercera casa, cada vez más y más baja de categoría, y al cabo de siete años, llegarás hasta el sótano de la plaza Sennaia. Y esto todavía estaría muy bien. Lo malo sería que, al margen de ello, te sobreviniera alguna enfermedad, como una debilidad de pecho, por ejemplo, y que te constiparas o algo por el estilo. En ese tipo de vida, las enfermedades se llevan muy mal. Se te pegan, y ya no las sueltas. Y después, vas y te mueres.

—Bueno, pues me moriré —respondió ella ya completamente enfadada y moviéndose apresuradamente.

—Pues da lástima.

—¿De qué?

—De la vida.

Silencio.

—Dime: ¿Has tenido novio?

—¡A usted qué le importa!

—Yo no te estoy interrogando. Qué me importa. ¿Por qué te enfadas? Claro que has podido tener experiencias desagradables. ¿Qué, qué me importa? Nada, me da pena.

—¿De quién?

—De ti.

—No debe... —susurró ella sin que apenas se la oyera, y se removió de nuevo.

Al momento, volví a sentir que algo me pinchaba. ¡Pero bueno! Estoy portándome con tanta dulzura, y, mira tú por donde, ella...

—¿Pero tú, qué piensas? ¿Que vas por buen camino? ¿Eh?

—No pienso nada.

—Está mal que no lo pienses. Recobra el sentido mientras tengas tiempo por delante. Aún te queda. Todavía eres joven y estás de buen ver; podrías enamorarte, casarte, ser feliz...

—No todas las mujeres que se casan son felices —respondió ella bruscamente con la tosca rapidez de antes.

—Claro que no todas, pero a pesar de todo, están bastante mejor que aquí. Incomparablemente mejor. Y teniendo amor, se puede vivir incluso sin felicidad. ¡Hasta en la pena resulta la vida bella, viviéndola como se viva! Mientras que aquí, ¿qué tienes, a excepción... del hedor? ¡Uf!

Sentí repugnancia y me di la vuelta; ya no razonaba con frialdad. Comencé a sentir lo que decía y me fui acalorando. Estaba ansioso por exponer mis secretas ideas engendradas en un rincón. De repente, algo prendió en mi interior, como si de pronto «surgiera» una finalidad.

—No me juzgues por estar aquí, no te serviría de ejemplo. Incluso, puede que sea peor que tú. Además, vine aquí estando borracho —me apresuré a disculparme a mí mismo—. Pero al margen de eso, el hombre no le sirve a la mujer como ejemplo. Es algo evidente; somos diferentes. Yo, aunque me manche y me mancille, no soy esclavo de nadie; hago lo que quiero. Me lo sacudo todo de encima, y ya soy otro. Pero habría que empezar por decir que tú, eres una esclava. ¡Sí, una esclava! Porque lo entregas todo; entregas tu voluntad. Y el día que quieras romper esas cadenas, ya no podrás, porque te sujetarán cada vez con más fuerza. ¡Así de malditas son ese tipo de cadenas! Las conozco bien. Y ya no hablo de otras cosas, ya que seguramente no lo entenderías, pero dime: ¿a que le debes dinero a la dueña? ¡Lo ves! —añadí yo, aunque ella ya no me respondía y permanecía escuchándome con toda atención—. ¡He aquí la cadena! Nunca terminarás de saldar la deuda. Así es como actúa esa gente. Es lo mismo que vender tu alma al diablo...

... Y además, puede que yo... también sea... tan infeliz como tú y me sumerjo en la basura, a propósito, y por aburrimiento. Si la gente también se emborracha porque se siente desgraciada: pues bien, si yo estoy aquí, es porque me siento desgraciado. Ahora dime, ¿qué hay de bueno en ello? Nos hemos juntado... los dos... desde hace un rato, y no nos hemos dirigido palabra el uno al otro, y tú me has estado observando como a un salvaje; y yo a ti, también. ¿Acaso así es como se ha de amar? ¿Acaso, dos personas han de acercarse una a otra de ese modo? ¡Esto es una completa deformidad! ¡Eso es!

—¡Sí! —respondió ella rápida y vivamente. Incluso me sorprendió lo apresuradamente que dijo ese sí. ¿Tal vez eso indicara que también a ella le rondaba la misma idea por la cabeza, cuando hace un rato me observaba con toda atención? ¿O quizás que también era capaz de alcanzar esas mismas ideas?—. «¡Qué demonio, esto sí que es curioso, qué afinidad! —pensaba yo, casi frotándome las manos—. ¡Además, cómo era posible no entenderse con un alma tan joven?...».

Pero lo que más me gustaba de todo aquello era el juego que me traía entre manos.

Ella giró su cabeza acercándose un poco más hacia mí, y tal y como me pareció en la oscuridad, la apoyó sobre su mano. Puede que me estuviera observando. ¡Cuánto lamenté no haberle mirado en aquel momento a los ojos! Oía su profunda respiración.

—¿Por qué has venido a parar aquí? —comencé yo, en un tono de cierta autoridad sobre ella.

—Pues así...

—¡Con lo bien que se está en la casa paterna! Allí hay calor y libertad; es tu propio nido.

—¿Y si no se está tan bien?

Se me pasó por la cabeza «si no sería más conveniente adoptar un tono más adecuado, pues con el sentimentalismo, probablemente, no llegaría muy lejos».

Pero aquello sólo fue una ráfaga de pensamiento. Juro que ella me interesaba de veras. Además, me sentía bastante relajado y con disposición de ánimo. Pero al margen de eso, la picardía suele adaptarse bien al sentimiento.

—¿Quién sabe? —me apresuré en contestar—, hay de todo. Estoy convencido de que en tu vida ha habido alguien que te debió de ofender, y que la culpa es de él, y no tuya. Yo no sé nada de tu vida, pero una muchacha como tú, seguro que no está aquí porque le apetezca...

—¿Qué voy a ser yo una muchacha? —susurró ella, sin que apenas se la oyera; pero yo la oí.

«¡Qué demonio, la estoy adulando! Es mezquino. Pero puede que estuviera bien...». Ella permanecía en silencio.

—Verás Liza, te voy a hablar de mí mismo. Si en mi infancia hubiera tenido yo una familia, no sería como soy. A menudo pienso en ello. Pues por muy mal que se esté en la familia, a pesar de todo, se trata de tu padre y de tu madre, y no de unos enemigos, de unos extraños. Aunque te demuestren su cariño sólo una vez al año, siempre sabes que estás en casa. Yo, ya ves, crecí sin familia; por ello, seguramente soy así... tan insensible.

Esperé de nuevo.

«Probablemente no lo entienda —pensé—, además, aquella lección moral, resultaba bastante ridícula».

—Si yo fuera padre y tuviera una hija, me parece que la hubiera querido más que a los hijos, de veras —comencé yo, queriéndome acercar por ese lado, como si temiera distraerla. Reconozco que me estaba sonrojando.

—¿Y eso por qué? —preguntó ella.

¡Luego me estaba escuchando!

—Por nada; no sé Liza. Verás: conozco a un padre que era un hombre muy riguroso y severo, pero se arrodillaba ante su hija, le besaba las manos y los pies, y no se hartaba de mirarla, de veras. Si salía a bailar a alguna fiesta, él permanecía cinco horas clavado en el mismo sitio sin apartarle los ojos. Estaba loco por ella; yo lo comprendo. Por la noche, cuando se dormía ya de cansancio, él se despertaba e iba a darle besos y a santiguarla. Llevaba una levita vieja y sobada y era muy tacaño con todos, pero a ella, le compraba cosas con el último dinero que le quedaba; le hacía regalos muy caros, y qué feliz se sentía cuando le gustaba el regalo. Los padres siempre quieren a

las hijas más que las madres. Para algunas muchachas, vivir en la casa paterna es toda una alegría. Me parece que yo no dejaría que mi hija se casara.

—¿Cómo es eso? —preguntó ella, sonriendo levemente.

—Tendría celos, lo juro por Dios. ¿Cómo iba a besar a otro? ¿Y cómo iba a querer a un extraño más que a su padre?

Resulta difícil imaginárselo. Claro que todo esto es absurdo; y finalmente, todos entran en razones. Pero yo creo que antes de entregarla en matrimonio, me hartaría de buscarles defectos a todos sus pretendientes. Y terminaría por dejarle elegir al que ella ama. Pero a pesar de todo, aquél del que ella se enamorara, le parecería siempre al padre como el peor de todos. Esto es así. Y trae muchos problemas a las familias.

—Otros, sin embargo, prefieren vender a sus hijas antes que casarlas honradamente —dijo de pronto ella.

¡Ah! ¡Ahí está!

—Eso Liza, ocurre en aquellas malditas familias en las que no hay presencia de Dios ni del amor —apunté yo acaloradamente—, y donde no hay amor, tampoco hay juicio. Hay familias así, de veras, pero no te estoy hablando de ellas. Y según hablas, se ve que no has visto bondad en tu familia. Verdaderamente, eres una desdichada. Hum... La mayoría de las veces eso ocurre a causa de la pobreza.

—¿Acaso a los señores les va mejor? También en la pobreza se puede vivir honestamente.

—Hum... sí. Puede ser. Pero hay una cosa Liza: el hombre tiene en cuenta sólo su desgracia y no la felicidad. Si considerara todo como es debido, se daría cuenta de que en la vida, se le reserva tanto de una cosa como de la otra. Pero supongamos que en una familia todo va bien, que Dios la bendice, que el marido es bueno, que quiere a la mujer, la mimar y no se aparta un momento de su lado. ¡Qué bien se está en una familia así! En algunas ocasiones, incluso se está bien habiendo disgustos; ¿además, dónde no los hay? Si te casas, puede que lo compruebes tú misma. Y si nos fijamos en los primeros momentos del matrimonio con la persona amada: ¡cuánta felicidad puede haber allí! A todas horas y en todo lugar. Al principio del matrimonio, incluso las discusiones con el marido terminan bien. Algunas mujeres, cuanto más quieren a sus maridos, más discuten con ellos. De veras; conocí a una mujer así, que decía: «Como te quiero, te hago sufrir para que así lo sientas». ¿Sabes que por amor es posible hacer sufrir a propósito a una persona? Esto se da más entre las mujeres. Las que se dicen para sí mismas: «Bueno, ahora te hago esto, pero después, te voy a querer tanto y te daré tanto cariño, que ya no podrá considerarse un pecado hacerte sufrir un poco». Y en casa, todos están felices por vosotros, y se está tan bien; reina la paz, la alegría y la honestidad... Hay mujeres que son celosas. Conocí a una mujer así, cuando su marido se iba a alguna parte, ella no lo podía aguantar, y salía corriendo en plena noche a mirar si no estaría en algún lugar, con alguna otra mujer. Eso sí que está mal. Y ella lo

sabía; sentía que el corazón se le paralizaba y se arrepentía porque le amaba; todo eso ocurre a causa del amor. ¡Y qué bien resulta el acercamiento después de una discusión; ya sea reconociéndose ella como culpable, ya perdonando! ¡Qué bien están los dos, qué bien se sienten, como si nuevamente volvieran a encontrarse y se acabaran de casar, volviendo a surgir entre ellos el amor! Y nadie, nadie, debe saber lo que sucede entre marido y mujer cuando los dos se aman. Y en el caso de una fuerte discusión entre los dos, ni a la madre del alma deben inmiscuirla en sus problemas para que haga de juez, ni tampoco contarle cosas el uno del otro. Ellos mismos han de ser sus propios jueces. El amor es un secreto sagrado y debe permanecer oculto ante los demás, ocurra allí lo que ocurra. Es mejor y más sagrado mantenerlo así. Se respetarán más el uno al otro, puesto que muchas cosas se basan en el respeto mutuo. Y como un día ya hubo amor entre ellos dos, y puesto que se casaron por amor, ¿por qué razón habría de pasárseles? ¿Acaso no se le puede sujetar? Pocas veces ocurre eso. Pues bien, si le toca a una un marido bueno y honrado, ¿cómo podría pasársele el amor? Pasa el amor de los primeros momentos del matrimonio, eso es cierto, pero después, viene otro, más fuerte todavía. Y los dos se parecerán en el alma y se consultarán todas las cosas; no habrá secretos entre ellos. Y cuando nazcan los hijos, incluso los tiempos más duros, les parecerán toda una felicidad; sólo hace falta amor y valentía. Entonces, incluso el trabajo te sonreirá, y te sentirás feliz, aunque tengas que renunciar al pedazo de pan para dárselo a tus hijos. Después te querrán por eso; porque estás dando algo que después, revertirá en ti. Los niños crecen, y tú, sientes que eres su ejemplo, su apoyo. Un día te morirás, y ellos seguirán, y llevarán tus ideas y sentimientos durante toda su vida, puesto que tomaron de ti su imagen y semejanza. Por consiguiente, se trata de un deber sagrado. ¿Cómo no iban el padre y la madre a sentirse más estrechamente unidos? Dicen que es duro criar a los hijos. ¿Pero quién lo dice? ¡Si es un gozo celestial! ¿Te gustan los niños pequeños, Liza? A mí me gustan mucho. Imagínate a un bebé pequeño y sonrosadito tomando el pecho. ¿A qué marido no se le enternecería el alma al ver a su mujer con el bebé en el regazo? El niño es sonrosadito, regordete, que va y se extiende con todo su cuerpecito deshaciéndose en mimos; las manitas y los piececillos son carnosos; las uñitas limpias, pequeñas tan pequeñas, que te da risa verlas; y unos ojillos tan vivos, que parecen comprenderlo todo. Y mientras toma el pecho, juega con su manita pellizcando a la madre. Al acercarse el padre, deja el pecho, se inclina hacia atrás para mirarle y se echa a reír — ¡sabrá Dios lo que le parecerá tan gracioso!— y se pone nuevamente a mamar. Y luego, mirando de reojo a la madre con sus ojillos, va y le muerde el pecho, porque ya le están saliendo los dientecillos. «¡Ves, he mordido!», parece decir. ¿Acaso no es la felicidad completa, cuando el marido, la mujer y el niño, están los tres juntos? Por esos minutos se pueden perdonar muchas cosas. ¡No Liza, antes debe uno aprender a vivir que echar la culpa a otros!

«¡Con cuadros, con cuadros de ese tipo, debería yo tratar de convencerla! —pensé, aunque juro por Dios, que en aquellos momentos hablaba con verdadero sentimiento, pero de repente me sonrojé—. ¿Y si a ella le diera de pronto por reírse? ¿Dónde me iba a meter yo entonces?». Esa idea me enloqueció. Al final del discurso me había acalorado bastante, y ahora me dolía el amor propio. El silencio se estaba prolongando. Incluso me entraron ganas de darle un codazo.

—¿Por qué usted...? —comenzó de pronto ella, quedándose parada sin terminar la frase.

Pero yo ya lo había comprendido todo: su timbre de voz expresaba algo diferente; algo que no era ni brusco ni vulgar; tampoco denotaba rendición como antes, sino que, por el contrario, era algo suave y vergonzoso; sí, algo hasta tal punto vergonzoso, que de pronto me sentí abochornado ante ella; me sentí culpable.

—¿Qué? —le pregunté yo con delicada curiosidad.

—Sí, usted...

—¿Qué?

—Pues que usted... habla como si estuviera leyendo un libro —dijo ella, y un timbre de burla pareció sonar de pronto en su voz.

Esa observación me punzó dolorosamente. No me lo esperaba.

No comprendí que se camuflaba a propósito tras aquel tono burlesco, y que las personas de corazón tímido y pudoroso se refugian en ello; personas que, cuando se les hurga el alma tosca y burdamente, no suelen, por orgullo, darse por vencidas hasta el último minuto, porque temen expresar sus sentimientos ante los demás. Debí haberme percatado de ello antes, cuando me di cuenta de la timidez que, en algunos momentos, le afloraba a través de la ironía y que finalmente ya se hubo decidido a expresar. Pero entonces no lo sospeché, y un sentimiento malvado se esparció por todo mi ser.

«Espera y verás» —pensé.

VII

—¡Eh, basta Liza! ¿Cómo que hablo igual que si estuviera leyendo un libro, cuando a mí mismo me repugna hasta no poder más? ¡Y no sólo eso! Si todo cuanto he dicho ha despertado en mí... ¿Acaso, acaso no te repugna estar aquí? ¡No, por lo que se ve, depende mucho de la costumbre! ¡Sabrá el demonio, lo que ésta puede hacer del hombre! ¿No pensarás en serio que nunca vas a envejecer, que siempre serás guapa y que te tendrán viviendo aquí eternamente? Al margen claro está, de que esto es una auténtica porquería... A propósito, mira lo que te voy a decir acerca de la forma de vida que aquí llevas: aunque ahora seas joven, bella y lozana, con alma y sentimiento; ¿no sé si sabrás, que cuando hace un rato me hube despabilado, al momento, sentí

repugnancia de estar aquí, junto a ti? Aquí sólo puede venir a parar uno estando borracho. Pero de haber estado tú en otro lugar, y viviendo como vive la gente decente, puede que ya no sólo fuera yo tras de ti, sino que, sencillamente, me hubiera enamorado de ti, alegrándoseme el corazón entero con tu mirada, cuando no con tus palabras; rondaría tu puerta, arrodillándome ante ti; te trataría como novia y lo tendría por gran honor. No osaría pensar algo sucio acerca de ti. Mientras que aquí, basta con lanzar un silbido para que tú, queriéndolo o no, vengas tras de mí, y ya no soy yo quien está a tu disposición, sino que eres tú, quien está a la mía. El más pobre de los campesinos, puesto a trabajar como jornalero, a pesar de todo, no expone toda su persona a la esclavitud, porque sabe que también tiene prescrito un plazo. ¿Y dónde está el tuyo? Piensa en lo que estás entregando aquí. ¿Qué es lo que esclavizas? ¡El alma, el alma, de la que no eres dueña, la esclavizas toda entera junto al cuerpo! ¡Entregas tu amor para que lo profane cualquier borracho! ¡El amor! ¡Que lo es todo, el diamante, el tesoro de cualquier muchacha! ¡Sí, el amor digo! ¡Si para conseguir ese amor algunos son capaces de entregar el alma y aceptar la muerte! ¿Y qué vale ahora tu amor? Si estás vendida, completamente vendida. ¿Y qué falta te hace conseguir amor, cuando también sin él, puedes conseguirlo todo? No hay mayor ofensa para una muchacha que esto, ¿lo entiendes? Yo había oído que a vosotras, las muy tontas, os consuelan aquí permitiándoos tener amantes. Si esto no es más que pillería, engaño y burla, y vosotras, os lo creéis. ¿No pensarás que él, el amante digo, de veras te ama? No me lo creo. ¿Cómo puede quererte, sabiendo que en cualquier momento, con darte una voz, te separan de él? ¡Y si lo hace, será un ser repugnante! ¿Te respeta lo más mínimo? ¿Qué tenéis en común? ¡Se ríe de ti y te saquea cuanto tienes, en eso consiste su amor! ¡Tendrás suerte si no te pega! Aunque también puede que lo haga. Si tienes un amante de esos, anda, ve y pregúntale si se casaría contigo. Se reiría en tu propia cara, y eso si antes no te escupe o te da una paliza, cuando probablemente él mismo no valga un bledo. ¿Y a cambio de qué, piensas, que has destrozado tu vida? ¿A cambio del café y las copiosas comidas que te dan? ¿Pues para qué crees tú que te dan de comer? A otra muchacha, a una muchacha honrada, no le entraría un bocado de esos, porque sabría para qué la estaban alimentando. Aquí, tú siempre estarás en deuda, siempre les deberás todo, hasta el último día de tu vida; hasta que los clientes comiencen a tener asco de ti. Y eso llega pronto, no confíes en la eterna juventud. Aquí, el tiempo pasa volando. Y te echarán de aquí. Y no te echarán así, sin más, sino que antes comenzarán a meterse contigo, echándote en cara cosas y regañándote, como si no hubieras sido tú la que le hubieras entregado a la patrona tu salud, donándole gratuitamente tu juventud y tu alma; y pareciendo al contrario, como si fueras tú la que la hubieras llevado a la ruina, la hubieras robado y abandonado después a la buena de Dios. Y no esperes que nadie te defienda: también tus compañeras, para darle jabón a la patrona, se te echarán encima, puesto que en este

lugar, todo se basa en la relación de esclavitud, y porque aquí, hace mucho que se perdió la vergüenza y la compasión. Todos se han envilecido, y nada hay en el mundo más repugnante, más bajo y más ofensivo, que ese tipo de broncas. Y eso, sin tener en cuenta todo cuanto hayas puesto aquí, sí, todo, sin condiciones: la salud, la juventud, la belleza y la esperanza; a los veinte años, parecerás una mujer de treinta y cinco, y eso, si no estás enferma, que ya puedes rogarle a Dios. ¡Ahora seguramente pensarás que esto no es un trabajo! ¡Que vives una eterna juerga! Cuando jamás hubo en el mundo trabajo más duro y esclavo que éste. Se te deshará el corazón en lágrimas. Y no pronunciarás ni media palabra, cuando te echen de aquí; y te irás sintiéndote culpable. Te cambiarás a otro lugar, después a otro, más tarde a cualquier otro y finalmente irás a parar a la plaza Sennaia. Y allí, recibirás una paliza tras otra; es la cortesía del lugar; el huésped en aquel lugar no acostumbra a acariciar sin propinar antes una paliza. ¿Crees que aquello no es tan repugnante como digo? Pues cuando puedas, ve tú misma, y lo comprobarás con tus propios ojos. En una ocasión, por Nochevieja, en la puerta de una casa, vi a una de esas mujeres. Como lloraba desconsoladamente, su propia gente, con burlas y risas, la había empujado fuera de casa para que se refrescara un poco, cerrando tras ella la puerta. A las nueve de la mañana estaba completamente borracha, toda despeinada, medio desnuda y con una paliza de mucho cuidado. Con la cara empolvada y los ojos amoratados, sangraba por la nariz y la boca: un cochero le acababa de ajustar las cuentas. Se sentó en la escalerilla de piedra con un pescado salado entre sus manos; lloraba sin parar y, lamentándose de su «mala suerte», golpeaba las escalerillas con aquel pescado. Junto al porche se agolparon cocheros y soldados borrachos que se mofaban de ella. ¿No crees que también llegarás a eso? Tampoco yo quisiera creérmelo, pero quién sabe, si unos nueve u ocho años antes, esa misma muchacha, sí, la del pescado digo, hubiera podido llegar aquí, procedente de algún lugar, tan lozana como un querubín, completamente limpia e inocente, ignorando la maldad y enrojeciendo a cada palabra que se le dirigiera. Puede que fuera igual que tú, orgullosa, fácil de ofender, completamente diferente a las demás; como una reina, sabiendo perfectamente que le aguardaba una felicidad sin límites a quien de ella se enamorara y de quien también se enamorase ella. ¿Pero cómo acabó aquello? ¿Y no podría pasar, que en aquel mismísimo instante en que ella golpeaba el pescado contra las sucias escalerillas, borracha y toda desgredada, le hubieran venido a la cabeza sus limpios y pasados años en la casa paterna, cuando iba al colegio y el hijo del vecino la aguardaba en el camino y le prometía quererla durante toda la vida; y también, aquel otro episodio de su vida, en que los dos juraron amarse el uno al otro por los siglos de los siglos y casarse cuando se hicieran mayores? No, Liza, tendrías suerte, mucha suerte, si como le ocurrió a la mujer de la que te hablaba, te murieras pronto de tisis en el rincón de algún sótano. ¿Y dices del hospital? Está bien, te llevarían al hospital, ¿pero y qué pasaría si todavía le hicieras falta a la patrona? La tisis

es una enfermedad muy especial; no es una calentura. Cuando uno está enfermo de tisis, tiene esperanzas hasta el final, y dice que está sano. Así se tranquiliza a sí mismo. Y a la patrona le viene bien. No te preocupes, las cosas son así cuando uno vende su alma y, por añadidura, debe dinero, lo cual significa que no puede ni abrir la boca. Pero cuando te estés muriendo, todos te abandonarán y te darán la espalda, puesto que ya nada esperan coger de ti. Además, te echarán en cara que estás ocupando una habitación gratis y que tardas en morirte. Pedirás agua hasta extenuarte, y te la darán blasfemando: «¡A ver cuándo te mueres, repugnante criatura! No dejas dormir, gimes, y das asco a los huéspedes».

Así es como ocurre. Yo mismo oí esas palabras. Te meterán ya moribunda en el rincón más pestilente del sótano; el más oscuro y húmedo. ¿Y qué pensarías entonces, tumbada y sola en aquel lugar? Te morirás, y unos extraños, gruñendo y con impaciencia, recogerán deprisa tu cuerpo; nadie te bendecirá ni suspirará por ti, y sólo pensarán en quitarte rápidamente de encima. Comprarán un ataúd y te sacarán como sacaron hoy a aquella pobre mujer, y después, se irán a velarte a una taberna. La sepultura estará llena de lodo, basura y nieve derretida, no perderán contigo el tiempo en ceremonias. «¡Vamos, bájala ya, Vaniuja! ¡Hay que ver qué mala suerte tiene esa! ¡Incluso ahora baja con los pies hacia arriba! Acorta un poco las cuerdas, ¡imbécil!». «Bueno, así está bien». «¿Cómo que está bien? Si va de lado. ¿Acaso no era una persona? Pues venga, descansa ya en paz». No se entretendrán mucho en discutir entre sí de cómo te han de enterrar. Te echarán rápidamente el azulado y húmedo barro y se marcharán a la taberna... Y aquí concluirá tu memoria en la tierra; a otra gente, les visitan sus tumbas los hijos, los padres y los maridos, ¡y por ti, nadie derramará una lágrima, nadie suspirará, ni te dedicará un recuerdo; y jamás, me oyes, jamás nadie, absolutamente nadie, irá a tu sepultura; tu nombre desaparecerá de la faz de la tierra, como si nunca hubieras existido! Estarás rodeada de lodo y basura, aunque por las noches, a la hora de levantarse los muertos, golpees la tapa del ataúd diciendo: «¡Buena gente, déjenme salir para vivir a la luz del día! Viví, sin haber vivido, mi vida sólo sirvió para que los demás limpiaran su suciedad en ella; se malgastó en borracheras de la plaza Sennaia; ¡buena gente, denme otra oportunidad para vivir en el mundo!...».

Puse tanto énfasis al hablar, que comencé a sentir un espasmo en la garganta, pero... de pronto me paré, me incorporé algo asustado, y al inclinar la cabeza tímidamente y con el corazón latiéndome a toda prisa, puse atención para escuchar. Tenía sobrados motivos para turbarme.

Llevaba un rato presintiendo que le había vuelto el alma del revés y roto el corazón, y cuanto más seguro estaba de ello, tanto más deseaba alcanzar cuanto antes lo que perseguía; ansiaba alcanzarlo lo antes posible. Me seducía el juego, propiamente el juego; aunque no sólo el juego...

Sabía que me expresaba de forma densa, muy elaborada, incluso al estilo libresco; en fin, no sabía hacerlo de otro modo más que al «estilo libresco». Pero eso no me turbaba; pues sabía y presentía que ella me entendería y que precisamente lo libresco serviría de gran ayuda para el asunto. Pero ahora, tras alcanzar el efecto esperado, de pronto me acobardé. ¡No, nunca, jamás, había sido yo testigo de tal arrepentimiento! Liza estaba tumbada boca abajo, con el rostro hincado en la almohada que rodeaba con sus manos. Se le rompía el pecho en sollozos. Todo su joven cuerpo estaba sacudido por espasmos. Los sollozos, que trataba de reprimir y que le apretaban y destrozaban el pecho, comenzaron de pronto a salir hacia fuera en forma de gritos y gemidos. Entonces, se apretó con más fuerza aún contra la almohada: no quería que nadie, ni un alma viva que pudiera estar allí, supiera nada de sus lágrimas y tormentos. Mordía la almohada, se mordió también el brazo hasta hacerse sangre (me percaté de eso más tarde) y enganchándose con los dedos en sus despeinadas trenzas, se quedaba, a veces parada sosteniendo la respiración y apretando fuertemente los dientes. Comencé a decirle algo, rogándola que se tranquilizara, pero sentí que me acobardaba, y de pronto, horrorizado y con escalofrío, me dispuse, a tientas y de cualquier manera, a marcharme rápidamente de aquel lugar. Estaba oscuro. Por más que intentaba vestirme deprisa, no lo conseguía. De pronto, palpé con la mano una caja de cerillas y una palmatoria con una vela. En cuanto la luz hubo iluminado la habitación, Liza se incorporó de repente, se quedó sentada, y con una expresión desencajada y la sonrisa enloquecida, me miró de un modo absurdo. Me senté junto a ella cogiéndole las manos. Liza volvió en sí, se abalanzó hacia mí como si quisiera abrazarme, y al no atreverse, bajó despacio su cabeza.

—Liza, amiga mía, yo no debía..., discúlpame —comencé a decirle yo, pero ella apretaba mis manos con tanta fuerza, que comprendí que no decía lo que debía y me callé.

—Aquí tienes mi dirección, Liza; ven a verme.

—Iré... —murmuró ella decididamente, sin levantar todavía su cabeza.

—Y ahora me voy, adiós... hasta la próxima.

Me puse de pie; también Liza se levantó, pero de pronto, enrojeciendo y estremeciéndose toda, cogió el pañuelo que estaba sobre la silla y se lo echó sobre los hombros, tapándose hasta la misma barbilla. Tras hacer esto, sonrió nuevamente con una expresión enfermiza, se sonrojó, y me miró de un modo extraño. Yo estaba muy dolido y me apresuré a esfumarme de allí cuanto antes.

—Espere —me dijo ella de pronto, estando ya en la puerta del zaguán y agarrándose del capote—. Dejó la vela encendida y salió corriendo a toda prisa, como si se acordara de algo que quisiera enseñarme. Al salir, enrojeció toda, sus ojos brillaron, y en sus labios apareció una sonrisa. «¿De qué se tratará?» —pensé yo. Esperé con desgana. Al minuto, regresó con expresión de disculparse por algo. Su

cara ya no era la de antes, y tampoco su mirada, tan lúgubre, desconfiada y obstinada. Ahora su mirada era suplicante y suave, además de confiada, dulce y tímida. Así suelen mirar los niños a las personas que quieren mucho y a las que piden algo. Sus ojos eran de color castaño claro; unos ojos maravillosos, vivos, capaces de expresar no sólo amor, sino también el sombrío odio.

Sin aclararme nada, como si yo fuera un ser superior que debía saberlo todo sin necesidad de una explicación, me extendió la mano entregándome un papel. En aquel instante su rostro se iluminó con la ingenua expresión de un triunfo infantil. Abrí el papel. Era una carta que, al parecer, le dirigía un estudiante de medicina; era muy grandilocuente, abigarrada y contenía una declaración de amor extraordinariamente respetuosa. Aunque ahora no recuerde bien las expresiones de la carta, puedo decir que a través de su brillante estilo se traslucían sentimientos genuinos que estaban lejos de ser fingidos. Al terminar de leerla, pude ver cómo me miraba con sus ardientes y curiosos ojos que denotaban impaciencia infantil. Me clavó su mirada esperando ansiosamente una respuesta. Rápidamente, y en pocas palabras, pero con desenfado y orgullo, me contó, que una tarde asistió al baile que una familia «de gente muy, muy buena, había organizado en su casa, y donde todavía no sabían nada de nada»; porque ella, en realidad, llevaba todavía poco tiempo en aquel lugar, y... que en absoluto pensaba quedarse allí, pues planeaba marcharse en cuanto terminara de zanjar la deuda que había contraído... «Bueno, y que allí, se encontraba ese estudiante, que bailó y habló con ella durante toda la tarde, resultando ser que él ya la conocía desde Riga, cuando jugaban siendo niños, aunque de eso ya hacía mucho tiempo. Al parecer, también conocía a sus padres, pero no sabía absolutamente nada sobre todo aquello y ni siquiera lo sospechaba. Así pues, al día siguiente del baile (de eso hace ya tres días) envió aquella carta a través de una amiga común con la que había asistido al baile; y bueno... en realidad, eso era todo».

Al terminar de hablar, bajó tímidamente sus brillantes ojos.

¡Pobre! Guardaba la carta de aquel estudiante como una verdadera joya y salió corriendo en su busca porque no quería que me marchara sin saber que también a ella la querían de una manera honesta y sincera, y que también la trataban respetuosamente. Probablemente, el destino quisiera que aquella carta se quedara para siempre guardada en el joyero. ¡Qué importa! Estaba convencido de que durante toda la vida Liza la guardaría como un verdadero tesoro, como su orgullo y absolución. Y ahora, en aquellos momentos, al acordarse de la carta, fue tras ella para mostrar ante mí su ingenuo orgullo y así reafirmar su dignidad para que también yo pudiera verla y halagarla. No dije nada, le di la mano, y salí de allí. ¡Tenía tantas ganas de marcharme...! Recorrí todo el camino a pie, sin prestar atención a que la nieve cayera en forma de grandes copos. Estaba extenuado, me sentía aplastado y perplejo. Pero a través de toda aquella perplejidad, ya se vislumbra la verdad. ¡Una repugnante verdad!

VIII

No obstante, no fui capaz de reconocer al momento aquella verdad. Por la mañana, al despertarme tras varias horas de profundo y plúmbeo sueño y acordarme del día de ayer, me sorprendió el sentimentalismo que mostré con Liza y de todos aquellos «horrores y lástimas de la víspera». «¡Como te caiga encima uno de esos ataques histéricos de las mujeres! ¡Bah! —me dije—. ¿Y para qué le habré entregado yo mi dirección? ¿Qué ocurriría si le diera por venir? Bueno, pues que venga; no pasa nada...». Pero evidentemente ahora lo más importante era otra cosa: debía apresurarme para salvar lo antes posible mi reputación ante Zverkov y Simonov, costara ello lo que costara. Esa era la cuestión primordial. Con todo el ajeteo que tuve durante aquella mañana, me había olvidado por completo de Liza.

Antes que nada debía devolverle a Simonov el dinero que en la tarde de ayer le había pedido prestado. Finalmente, me decidí por la situación extrema de pedirle a Antón Antonych quince rublos en préstamo. Como si fuera hecho a propósito, durante aquella mañana él se encontraba de un humor extraordinario y me los dio nada más pedirselos. Me alegré tanto que al firmar el pagaré, con cierto aire fanfarrón, le dije, sin reparar en demasiados cuidados, que el día anterior había estado «de juerga con unos amigos en el Hotel de París; que estuvimos despidiendo a un compañero, o mejor dicho, a un amigo de la infancia, ¿y sabe usted?, es un gran juerguista, un hombre muy mimado, claro que se trata de una persona de muy buena familia, de buena posición, carrera brillante, aguda inteligencia, gentil, y todo un experto en las intrigas con esas damas, usted ya me entiende: bebimos unas copas de más y...». No me quedó mal el discurso; lo dije todo con mucha presteza, soltura y un cierto aire de suficiencia.

Al llegar a casa me puse inmediatamente a escribirle una carta a Simonov.

Hasta hoy día sigo admirando el estilo verdaderamente caballeresco, bondadoso y abierto de aquella carta. Con habilidad y nobleza y, lo más importante, sin una palabra de más, me echaba a mí mismo la culpa de cuanto había sucedido. Me disculpaba, si es que todavía se me permitía la disculpa, de que a falta de costumbre para beber vino, me emborraché ya desde la primera copa, la cual (al parecer) había tomado ya antes de que llegasen ellos, es decir, cuando los esperaba en el Hotel de París, desde las cinco hasta las seis de la tarde. Presentaba mis disculpas principalmente a Simonov; le pedía que me excusara en su nombre ante los demás, especialmente ante Zverkov, a quien «como entre sueños quería recordar» haberle ofendido. Añadí que me hubiera gustado poderles hacer personalmente una visita a todos ellos, pero que me dolía la cabeza y que, sobre todo, estaba muy abochornado. Me quedé especialmente satisfecho de aquella «presteza», e incluso, podría decirse, que de cierto descuido (por lo demás absolutamente correcto) plasmado en mi carta, en la que les hacía comprender claramente que me tomaba con bastante indiferencia «todo aquel

repugnante asunto de la víspera»; que en absoluto me había quedado muerto en el acto, tal y como probablemente pudieran pensar, sino que, por el contrario, me tomaba lo sucedido como correspondía tomárselo a un caballero que se respeta a sí mismo, es decir, con tranquilidad. En definitiva, venía a decir, que lo sucedido no era reproche para un jabato.

«¿Acaso no parece esto llevar un toque algo juguetón, propio de un marqués?» — me decía yo ensimismado releendo la carta—. ¡Y todo gracias a la instrucción y al progreso del hombre! Otros, en mi lugar, no sabrían cómo salir de un lío de semejante categoría, mientras que yo me las arreglé tan airosamente dando el debido quiebro; y si ahí estaba yo, se debía a que verdaderamente «era un hombre de nuestro tiempo, culto y desarrollado». Además, seguramente lo ocurrido la víspera fuera a causa del vino. Hum... bueno, no; no fue exactamente a causa del vino. Si mientras los esperaba, desde las cinco hasta las seis de la tarde, no había tomado ni una sola copa de vodka. Mentí a Simonov; le mentí descaradamente; pero tampoco ahora me avergüenzo de ello...

¡Además, qué me importa! Lo verdaderamente importante es que supe salir del apuro.

Introduje en el sobre seis rublos, lo cerré, y pedí a Apollón que se lo llevara a Simonov. Al enterarse Apollón que el sobre portaba dinero, se mostró especialmente respetuoso y dispuesto a llevarlo. Por la tarde, salí a darme un paseo. Desde el día anterior seguía doliéndome la cabeza y sentía mareos. Pero cuanto más oscurecía, y cuanto más densa se hacía la noche, tanto más cambiadas y confusas se me presentaban todas mis impresiones, y con ellas, también las correspondientes ideas. En lo más profundo de mi corazón y de mi conciencia, había algo que no se extinguía, algo que se resistía a apagarse convirtiéndose en abrasadora melancolía. A empellones recorrí los lugares más concurridos y comerciales de la ciudad; iba por la calle Meshanskaia, la Sadovaia y el Jardín de Yusupov. Me gustaba sobremanera pasearme por esas calles al anochecer, cuando la muchedumbre, junto a todo tipo de transeúntes, se va haciendo cada vez más densa; cuando la multitud obrera y artesana, tras su jornada laboral, regresa a sus hogares con semblante preocupado. Lo que más me atraía de todo aquello era precisamente ese trajín de seres tan insignificantes y aspecto tan descaradamente prosaico. En aquellos momentos los empellones de la calle me irritaban cada vez más. No lograba dominarme y tampoco encontraba la explicación de aquello. Sentía que algo en mi interior subía poco a poco de intensidad; algo doloroso que se resistía a apaciguarse. Regresé a casa sintiéndome completamente desolado como si tuviera el peso de algún crimen sobre mi conciencia.

La idea de que podía venir Liza me atormentaba sin cesar. Me extrañaba que de todas las impresiones del día anterior, el recuerdo de ella, desligado de todo lo demás, me martirizaba de una manera especial. Ya por la tarde, logré finalmente

olvidarme y despreocuparme, sintiéndome a su vez muy satisfecho por la carta que le había escrito a Simonov. Sin embargo, había algo en todo eso que no me dejaba tranquilo. Como si únicamente me atormentara el recuerdo de Liza. «¿Y si viene? —pensaba yo sin cesar—. Bueno, pues nada ¿qué pasa? Que venga. ¡Hum! Lo que me desagrada, es que vea cómo vivo. Ayer, le debí de parecer... un héroe... y ahora, ¡hum! Por otra parte, está mal que me haya abandonado tanto. Mi cuarto parece el de un mendigo. ¿Y cómo tuve el valor de ir vestido como fui ayer al almuerzo? ¡Y ese sofá cubierto de hule y saliéndosele el relleno! ¡Y esta bata que da vergüenza ponérsela uno! ¡Qué jirones...! ¡Y que ella pueda ver todo eso! ¡Y también a Apollón...! Seguro, que esa bestia consigue ofenderla. Con tal de hacerme una grosería, es capaz de meterse con ella. Y yo, claro está, y como de costumbre, me acobardaré, me pondré a dar saltitos de gallina ante ella, a taparme con los faldones de la bata, a sonreír y a soltar mentiras. ¡Oh, qué repugnante! ¡Pero hay otra cosa que es aún más repugnante! ¡Algo aún más importante, algo más bajo y ruin! ¡Sí, más ruin! ¡Y es que de nuevo habré de ponerme encima esa deshonesto y falsa máscara!...».

Al toparme con esa idea, me encendí de pronto:

«¿Por qué ha de ser algo deshonesto? ¿Deshonesto por qué? Ayer hablaba con sinceridad. Recuerdo que en mi interior, incluso vibró un sentimiento sincero. Si precisamente lo que pretendía era despertar en ella sentimientos nobles... por eso está bien que llorara, pues ello quiere decir, que así ha tenido un efecto positivo...».

Pero a pesar de todo, no lograba tranquilizarme.

Durante toda la tarde, cuando ya hube regresado a casa, pasadas las nueve de la noche y cuando me imaginaba que Liza ya no vendría, a pesar de todo, me parecía estar viéndola, pero lo más importante era que su imagen siempre se me presentaba en el mismo instante. De todo lo ocurrido durante la víspera, había un momento concreto que recordaba con mucha claridad: cuando al encender la cerilla para iluminar la habitación, pude ver su semblante pálido y desencajado con aquella mirada de terrible tormento. ¡Qué sonrisa tan lastimera, irreal y desfigurada tenía en aquellos instantes! Pero entonces ignoraba, que incluso pasados quince años, continuaría imaginándome a Liza precisamente con aquella penosa, desencajada e inútil sonrisa como la que tenía en aquellos momentos.

Pero al día siguiente, ya estaba nuevamente dispuesto a considerar lo sucedido como algo absurdo, provocado por una simple tensión nerviosa y, sobre todo, como una exageración. Siempre he tenido conciencia de esa debilidad mía, llegando a veces incluso a temerla. «Mi defecto es que siempre tiendo a exagerarlo todo» —me repetía a cada minuto—. Pero «no obstante y, a pesar de todo, todavía puede que venga», esa era la tonadilla con la que finalizaba aquellas reflexiones. Me sentía hasta tal punto inquieto, que en algunos momentos llegaba incluso a enfurecerme. «¡Vendrá! ¡Seguro que vendrá! —exclamaba yo, yendo y viniendo de un lado a otro de la habitación—. ¡Y

si no viene hoy, vendrá mañana, pero terminará por encontrarme! ¡Porque así es la naturaleza de ese maldito romanticismo que cala los corazones más puros! ¡Oh, qué vileza, qué estupidez y qué limitación la de esos “abominables espíritus sentimentales”! ¿Pero cómo es posible que no lo haya entendido?

¿Cómo no ha comprendido que...?» —pero llegando a ese punto, me paraba sintiéndome a la vez terriblemente turbado—.

«¡Y qué pocas palabras eran necesarias, sí, qué pocas! —pensaba yo al tiempo—. ¡Qué poca formalidad idílica (cuando además, lo propiamente idílico era algo artificial, libresco e inventado) se precisaba para revolver al instante, y a mi antojo, toda el alma humana! ¡Esto sí que es virginal! ¡Esto sí que es el frescor de la tierra virgen!» —me decía.

A veces, me venía a la cabeza la idea de ir a visitar yo mismo para «contarle todo» y rogarle que no viniera a verme. Pero ante aquella idea, comenzaba a sentir tanta rabia que, de haber estado ella delante de mí, creo que sería capaz de aplastar a aquella «maldita» Liza. Si ello ocurriera, la habría ofendido, la habría escupido, la habría arrojado de mi lado y la habría golpeado.

Sin embargo, transcurrió un día, y otros dos más; como no venía, comencé a tranquilizarme. Después de las nueve de la noche ya empezaba a sentirme especialmente animado, e incluso, a soñar con cosas bastante agradables: «Que yo, por ejemplo, salvaba a Liza con sólo venir ella a verme y a escucharme... Que yo la instruía y la formaba. Finalmente, me percataba de que ella me amaba, sí, me amaba apasionadamente. Yo me hacía el despistado (no obstante, no sé por qué fingía; claro, que lo hacía por decoro). Finalmente, Liza, completamente turbada, maravillosa, temblando y sollozando, se echaba a mis pies diciéndome que era su salvador y que me amaba más que nada en el mundo. Yo me quedaba completamente sorprendido. Pero... Liza, le decía yo, ¿no pensarás que no me di cuenta de tu amor? Me di cuenta de todo y me percaté de todo, pero no me atreví a ser el primero en quebrantar tu corazón, porque con la influencia que ejerzo sobre ti, no quise que, por agradecimiento, te obligaras a corresponderme en el amor; que suscitaras en ti un sentimiento que no tuvieras; y yo no quiero que esto ocurra, ya que... sería algo despótico hacia ti... Carecería de tacto (bueno, en una palabra, que llegando a este punto, me iba yo por las ramas de alguna de esas sutilezas tan europeas, al estilo de las de George Sand y de esas honorables delicadezas tuyas...). Pero ahora, ahora, tú eres mía, eres mi creación, eres pura y bella, eres... mi bella esposa.

¡Y en mi casa, libre y con arrojo,

Entra como dueña y señora del hogar!

A continuación comenzábamos a vivir juntos, a viajar al extranjero, etc., etc.». En una palabra, hasta que toda aquella figuración terminaba por presentarse como algo repugnante y yo acababa burlándome de mí mismo.

«¡Pero si a la “muy miserable” no la dejarán salir!» —me dije yo—. Además, creo que a esas muchachas no las dejan salir, y más aún, por la tarde (no sé por qué, creía que vendría por la tarde y, concretamente, a las siete de la tarde). No obstante, recordé que me había dicho que todavía no estaba del todo comprometida en aquella casa, y que aún se reservaba para sí algún que otro privilegio; conque «¡hum!». «¡Qué demonio, vendrá, claro que vendrá!» pensaba yo.

Menos mal que durante todo ese tiempo, Apollón me distraía con sus habituales groserías. ¡Aunque siempre terminaba por sacarme de mis casillas! Era mi úlcera; el duro azote que me deparaba la providencia. Nos enzarzábamos constantemente el uno con el otro. Llevábamos así ya varios años; le odiaba. ¡Dios, cuanto le odiaba! Creo que en la vida había odiado a nadie tanto como a él; sobre todo, en algunos momentos muy concretos. Apollón era un hombre ya entrado en años, con aire de persona importante, que en sus ratos libres se dedicaba a la sastrería. No sabía por qué me despreciaba tan desmedidamente y por qué me miraba por encima del hombro con tan insoportable altanería. No obstante, miraba por encima del hombro a todo el mundo. Bastaba con ver su cabeza blanquecina tan cuidadosamente peinada y aquel copete humedecido con aceite vegetal que se ahuecaba en la frente; también su maciza boca, siempre impecablemente plegada, para que uno pudiera sentir que está ante un individuo que jamás duda de sí mismo. Era un pedante elevado a grado sumo y el ser más vanidoso de cuantos hay sobre la faz de la tierra; y por añadidura, con un amor propio equiparable al de un Alejandro Magno. Estaba enamorado de cada uno de sus botones, de cada uña suya; sí, enamorado, irremisiblemente enamorado, y ¡se enorgullecía de ello! Me trataba de un modo completamente despótico y me dirigía la palabra en muy escasas ocasiones. Y si por alguna circunstancia se veía en la necesidad de mirarme, lo hacía con una expresión tan sumamente dura y de tanto arrojo señorial, que diríase estar continuamente de burla, cosa que, a veces, me enfurecía hasta no poder más. Cumplía con sus obligaciones de tal modo, que parecía hacerme un gran favor. No obstante, no hacía casi nada para mí, e incluso, no se sentía en absoluto obligado a hacerme nada. No había duda de que me consideraba como el ser más estúpido del mundo, y si «se permitía tenerme a su lado», era únicamente porque recibía de mí un sueldo todos los meses. Por siete rublos mensuales se conformaba «con no hacer nada» en casa. ¡Por lo que sufrí con él, seguro que habré expiado gran parte de mis pecados! A veces le odiaba tanto, que casi me daban espasmos con sólo verle andar. Pero lo que más me repugnaba era su manera de sesear. Debía de tener una lengua más larga de lo habitual, o algo por el estilo, ya que siempre seseaba y melindreaba, cosa que al parecer, le enorgullecía mucho, pues se imaginaba que le otorgaba una dignidad algo fuera de lo común. Hablaba despacio, midiendo cada sílaba, con las manos echadas hacia atrás y la mirada clavada en el suelo. Lo que me enfurecía sobremanera, era cuando empezaba a leer los Salmos estando al otro lado

del tabique. Muchas batallas libré yo a causa de esas lecturas. Le gustaba leer por las tardes, en voz baja y pausada, como cuando se les canta a los cadáveres. Lo curioso, es que acabó dedicándose a eso: ahora se ofrece para leer los Salmos a los fallecidos, y aparte de eso, también fumiga ratas y hace betún. Por aquel entonces, me sentía incapaz de echarle, como si estuviera químicamente unido a mi existencia. Además, por nada del mundo hubiera querido él marcharse de mi lado. Yo no podía permitirme vivir en una chambre-garnie: mi habitación era mi morada, mi cascarón, la funda, en la que me refugiaba de la humanidad, y no sé por qué, creía que Apollón también pertenecía a ese habitáculo. ¡No logré echarle de allí en siete años!

Por otra parte, retenerle el sueldo, durante unos dos o tres días, era algo que resultaba prácticamente imposible. Organizaba tal lío, que no me quedaba un hueco dónde poder meterme.

Pero durante aquellos últimos días, estaba yo hasta tal punto rabioso que, por alguna razón, me decidí a aplicarle el castigo a Apollón reteniéndole el sueldo dos semanas más. Desde hacía mucho tiempo, unos dos años aproximadamente, deseaba hacerlo con el fin de demostrarle que no tenía ningún derecho a darse tanta importancia delante de mí, y que si yo hubiera querido, siempre tenía la posibilidad de no pagarle. Me propuse no hablar del tema y estarme callado para vencerle en su orgullo, y así obligarle, a que hiera él, el primero en hablar del sueldo. En aquel momento, sacaría los siete rublos del cajón de la mesa, y se los mostraría para que supiera que los tenía, y que los había apartado a propósito, pero que «no quería, sí, no quería, pagarle el sueldo, porque no me daba la real gana», ya que para eso era yo el «señor de la casa», y él, un irreverente y un grosero; y si me lo pidiera respetuosamente, entonces, probablemente yo me ablandaría y se los daría; de lo contrario, ya podía esperar el sueldo, no ya dos semanas, sino incluso tres, y hasta el mes entero...

Pero a pesar de lo enfurecido que estaba, acabó venciéndome. Ni siquiera llegué a aguantar cuatro días. Comenzó, tal y como siempre solía hacerlo él en semejantes circunstancias, puesto que las hubo (señalaré, que ya me sabía todo eso por adelantado y me conocía a la perfección aquella vil táctica suya). Es decir, que ha habido veces que él comenzaba por lanzarme su extraordinariamente seria mirada, manteniéndola fija durante varios minutos seguidos. Lo solía hacer a mi llegada a casa, o cuando me acompañaba hasta la puerta para despedirme. Si yo, por ejemplo, lograba soportar su mirada o, por el contrario, me hacía el despistado, él, en silencio, y fiel a su costumbre, ponía manos a la obra para las siguientes torturas. Solía irrumpir lenta y pausadamente en mi habitación cuando yo estaba leyendo o paseando, y quedándose en la puerta con una mano echada hacia atrás y un pie delante de otro, me clavaba su mirada, ya no tan severa como absolutamente despectiva. Si se me ocurría preguntarle qué era lo que quería, él, sin responderme nada, continuaba

mirándome fijamente durante algunos segundos más, y después, frunciendo los labios de un modo especial y con un aire bastante significativo, se daba la vuelta lentamente y se dirigía pausadamente a su habitación. Al cabo de un par de horas, salía otra vez, e igual que antes, se plantaba delante de mí. A veces, en mi cólera, ni siquiera le preguntaba qué era lo que quería, sino que sencillamente yo mismo erguía la cabeza brusca y autoritariamente y le clavaba también mi mirada. A veces, nos quedábamos así, mirándonos el uno al otro, unos dos minutos aproximadamente. Finalmente, él se daba lentamente la vuelta y con aire majestuoso, desaparecía nuevamente para un par de horas más.

Si finalmente tampoco lograba persuadirme con eso, y yo, a pesar de todo, persistía en mi rebelión, entonces, de pronto, comenzaba a suspirar. Solía hacerlo mirándome y suspirando larga y profundamente, como si al hacerlo, estuviera midiendo toda la profundidad de mi decadencia moral, y huelga decir que finalmente, acababa por adueñarse totalmente de la situación: yo me enfurecía, gritaba, pero a pesar de todo, terminaba por cumplir con el asunto que me traía entre manos.

En esta ocasión, las habituales maniobras de sus «severas miradas» apenas habían comenzado, cuando yo, completamente fuera de mí, me lancé enloquecido sobre él. Tenía sobrados motivos para estar irritado.

—¡Alto ahí! —grité frenético, cuando él lentamente, y en silencio, con una mano echada hacia atrás, ya se disponía a darse la vuelta para dirigirse a su habitación—. ¡Alto ahí! ¡Ven acá, ven acá, te digo! —seguramente, mi rugido debió de parecerle tan irreal, que al darse la vuelta, se quedó mirándome completamente sorprendido. No obstante, continuaba sin pronunciar palabra, lo cual me enfurecía aún más.

—¿Cómo te atreves a entrar aquí sin permiso y mirarme de ese modo? ¡Responde!

Tras observarme medio minuto, con aire tranquilo, se dispuso nuevamente a darse la vuelta.

—¡Alto ahí! —rugí corriendo hacia él—. ¡No te muevas! ¡Así! ¡A ver, responde! ¿Qué estabas mirando?

—Si usted desea mandarme algo, yo debo cumplirlo —respondió él tras un momento de silencio, seseando lentamente y con mesura, a la vez que alzaba las cejas e inclinaba tranquilamente la cabeza; primero hacia un lado y luego hacia otro, haciendo todo eso con pasmosa tranquilidad.

—¡No es eso, no es eso, lo que te estoy preguntando! ¡Verdugo! —grité temblando de cólera—. ¡Yo mismo te diré para qué has venido! ¡Verdugo! ¡Como has visto que no te pago, y por orgullo, no quieres rebajarte a pedírmelo, por eso entras aquí castigándome con tus ridículas miradas, para torturarme, sin sos-s-spechar siquiera, tú, verdugo, que lo que haces es de lo más estúpido, estúpido, estúpido, estúpido, estúpido que hay!

Cuando ya se disponía a darse la vuelta en silencio, le paré.

—¡Escucha! —le grité—. ¡Aquí está el dinero! ¿Lo ves? ¡Aquí están los siete rublos! —dije (sacándolos del cajón)—, pero no los recibirás, no los re-ci-birás, hasta que vengas con la cabeza gacha a presentarme respetuosamente tus disculpas. ¡Lo has oído!

—¡Eso no puede ser! —respondió él con aires de forzada presuntuosidad.

—¡Sí, puede ser! —grité—, ¡te juro, que sí puede ser!

—No tengo por qué presentarle mis disculpas —continuó Apollón, haciendo caso omiso a mis gritos—; y además, como usted me ha insultado llamándome «verdugo», siempre me queda la posibilidad de denunciarle en la comisaría de policía.

—¡Pues venga! ¡Adelante! ¡Denúnciame! —rugí yo—. ¡Ve ahora mismo, sí, en este mismísimo instante, ahora! ¡Pero a pesar de todo, serás un verdugo! ¡Sí, un verdugo! ¡Un verdugo! —pero él se limitó a mirarme, después se dio la vuelta, y haciendo caso omiso a mis gritos, se dirigió suavemente hacia su habitación ya sin darse la vuelta.

«¡Si no hubiera sido por Liza, nada de esto ocurriría!» —pensé. Después, tras permanecer un minuto de pie, con paso altivo y solemne, pero latiéndome fuertemente el corazón, me dirigí al otro lado del biombo, donde se encontraba Apollón.

—¡Apollón! —le dije con voz baja y puntuando bien, pero a su vez, sintiéndome bastante sofocado—. ¡Ve ahora mismo a por un inspector de zona! ¡En este instante!

Ya le había dado tiempo a sentarse en su mesa, ponerse las gafas y haber cogido la costura; pero al oír mi orden, soltó un resoplido de la risa que le dio.

—¡Ahora! ¡Ve ahora mismo! ¡Ve, o no te imaginas la que se puede armar aquí!

—Verdaderamente ha perdido usted el juicio —observó Apollón sin levantar la cabeza, seseando con la lentitud de antes y enhebrando a su vez la aguja—. ¿Dónde se ha visto que uno vaya en busca de la autoridad para denunciarse a sí mismo? Y en cuanto al miedo que trata de infundirme, debo decirle, que está usted perdiendo el tiempo inútilmente, puesto que aquí, nada va a ocurrir.

—¡Vamos, ve! —grité yo, agarrándole por el hombro. Sentí que en aquellos instantes era capaz de darle un golpe.

Sin embargo, no me percaté de cómo se abría lentamente la puerta de entrada y alguien entraba en el vestíbulo quedándose parado y mirándonos completamente perplejo. Volví la vista para mirar, y sintiéndome morir de espanto, me eché a correr a mi habitación. Allí, agarrándome de los pelos y acercándome a la pared para escuchar, me quedé tan clavado e inmóvil como si estuviera petrificado.

Al cabo de un par de minutos, se oyeron los lentos pasos de Apollón.

—Allí hay una mujer que pregunta por usted —pronunció en un tono especialmente severo mientras me miraba. Después, se apartó un poco, dejando pasar a Liza. No quería marcharse y nos observaba con aire burlón.

—¡Largo de aquí! ¡Vamos, fuera! —le ordené yo, sintiéndome algo turbado. En aquel instante, mi reloj con gran esfuerzo soltó un silbido dando las siete de la tarde.

IX

Y en mi casa, libre y con arrojo,
Entra como dueña y señora del hogar.

(Del mismo poeta).

Estaba de pie junto a ella; destrozado, denigrado y tremendamente confuso. Creo que sonreía, tratando a su vez de taparme con los bajos de mi deshilachada y guateada bata, tal y como, hacía un rato me lo había estado imaginando cuando tenía el ánimo por los suelos. Apollón, tras permanecer junto a nosotros un par de minutos, finalmente se marchó, pero tampoco eso me alivió. Lo peor de todo fue que también ella se quedó muy confusa, cosa que incluso me sorprendió. Claro que bastaba con ver mi aspecto.

—Siéntate —le dije maquinalmente, acercándole una silla que estaba junto a la mesa, mientras que yo me sentaba a su vez en el sofá. Liza se sentó obedeciéndome al instante, mirándome con los ojos tan abiertos, que enteramente parecía estar esperando algo de mí. Precisamente esa ingenua expectativa suya fue la que más me enfureció, pero logré dominarme.

En una situación tan embarazosa, lo aconsejable era disimular y aparentar uno no darse cuenta de nada, como si todo transcurriera con normalidad, sin embargo ella... Sentí vagamente que habría de pagarme caro por todo aquello.

—Me has sorprendido en una situación un tanto extraña, Liza —dije yo, tartamudeando y consciente de que no debí haber comenzado a hablar del modo en que lo hice.

—¡No, no, no te vayas a creer nada! —grité, al ver que ella se sonrojaba—. No me avergüenzo de mi pobreza... Al contrario, me siento muy orgulloso de ella. Soy pobre, pero honrado. Porque se puede ser a la vez pobre y honrado —murmuraba yo—. A propósito... ¿quieres tomar un té?

—No... —respondió ella.

—¡Espera!

Me levanté de un salto y salí corriendo hacia donde se encontraba Apollón. En aquellos momentos quería que me tragara la tierra.

—Apollón —susurré con febril trabalenguas y arrojándole los siete rublos que seguía teniendo durante todo ese tiempo en mi puño—, aquí tienes el sueldo. Como verás, te lo he entregado. Pero a cambio de esto, debes salvarme; quiero que me

traigas ahora mismo té y azucarillos de la taberna. Si decides no ir, me harás sentirme muy desdichado. ¡No sabes qué buena es esa mujer...! ¡Eso es todo! Puede que pienses algo... ¡Pero no sabes lo buena que es...!

Apollón, habiéndose sentado ya para empezar a coser y con las gafas puestas, al principio, miró de reojo el dinero sin soltar la aguja de las manos; después, sin hacerme caso y sin responderme, continuó ocupándose del hilo que trataba de enhebrar. Durante unos tres minutos aproximadamente, permanecí de pie delante de él, con las manos echadas à la Napoleon. Tenía las sienes empapadas y sentía que estaba pálido. Pero gracias a Dios, debió de apiadarse de mí. Al terminar de enhebrar el hilo, se incorporó lentamente, apartó la silla, se quitó las gafas, contó despacio el dinero, y finalmente, tras preguntarme (mirándome por encima del hombro) si era necesario coger la porción entera, con paso lento salió de la habitación. De regreso a mi cuarto, junto a Liza, me vino a la cabeza la idea de poderme escapar de allí; sí, escaparme, así, tal y como iba vestido en aquel momento, con la batita puesta y todo; y después, pasara lo que pasara.

Me senté de nuevo. Ella me miraba con preocupación. Durante unos minutos permanecimos en silencio.

—¡Le voy a matar! —grité de pronto, golpeando tan fuerte la mesa, que la tinta se derramó del tintero.

—¡Oh! ¿Qué le ocurre? —exclamó Liza estremeciéndose toda.

—¡Le mato, le mato! —gritaba yo dando golpes a la mesa, totalmente exaltado, y consciente a su vez, de lo estúpido que resultaba aquel estado mío tan frenético.

—No sabes Liza lo que ese verdugo significa para mí. Es mi verdugo... Ahora se fue a por bizcochos; él...

Y de repente estallé en lágrimas. Me había dado un ataque de nervios. ¡Qué vergüenza sentía entre sollozo y sollozo! Pero ya no podía detener el llanto. Liza se asustó.

—¿Qué le ocurre? ¿Qué es lo que le pasa? —exclamaba ella agitándose junto a mí.

—¡Agua! ¡Alcánzame el agua! ¡Allí está! —susurraba yo con voz queda, reconociendo interiormente que podía perfectamente pasarme sin ella y sin aquellos débiles susurros. Aunque el ataque era real, yo, a pesar de todo, no hacía más que representar un papel para cubrir las apariencias.

Liza me alcanzó el agua mirándome completamente turbada. En aquel momento entró Apollón con el té. Después de lo que había sucedido, me dio la impresión de que aquel té, de lo más corriente y prosaico, era tan miserable e inapropiado, que de pronto me sonrojé. Liza miraba a Apollón incluso algo asustada. Él salió de la habitación sin mirarnos.

—Liza, ¿tú me desprecias, verdad? —dije mirándola fijamente y temblando de impaciencia por saber lo que pensaba.

Estaba tan confusa que no dijo nada.

—¡Tómate el té! —dijo en un tono exasperado—. Estaba furioso conmigo mismo, pero como era de esperar, a ella le tocaría lo suyo. De pronto, una terrible rabia hacia ella prendió en mi corazón; creo que hubiera podido matarla. Para vengarme, juré mentalmente no dirigirle palabra durante el tiempo que estuviera allí. «Ella es la causa de todo» —pensaba.

Nuestro silencio se prolongaba ya más de cinco minutos. El té permanecía intacto sobre la mesa. Para hacerla sentir aún más incómoda, me había propuesto no tomarlo, puesto que sabía que haciéndolo así, a ella le violentaría tomarlo sola. Un par de veces me miró con expresión de tristeza y perplejidad. Yo permanecía en el mutismo más absoluto. Claro que aquí yo era el más mártir, puesto que tenía plena conciencia de la repugnante bajeza de mi estúpida ira, pero a su vez, era incapaz de dominarme.

—¡Quiero irme de allí... quiero... marcharme definitivamente de aquel lugar! —empezó a decir ella para romper el silencio. «¡Pobre chica!» —pensé yo—. Pues precisamente «eso», era lo que no debías haber mencionado en aquellos minutos tan absurdos y a un hombre tan absurdo como yo. Es más, incluso me dolió el corazón por la lástima que me suscitó la torpeza de aquella inútil franqueza suya. Pero algo monstruoso lo aplacó al instante; incluso me incitó aún más: ¡que se vaya todo al diablo! Pasaron otros cinco minutos más.

—¿No le habrá molestado mi visita? —dijo ella tímidamente, sin que apenas se la pudiera oír y disponiéndose ya a marcharse.

Pero en cuanto atisbé aquel primer fogueo de dignidad ofendida, sentí todo mi cuerpo temblar de rabia y estallé al momento.

—¿Dime, por favor, para qué has venido a verme? —le dije sofocándome y sin coordinar ya el orden lógico de las palabras. Deseaba soltarlo todo de una vez; es decir, de un tirón; ni siquiera me preocupaba por dónde debía de empezar.

—¿Para qué has venido? ¡Responde! ¡Responde! —gritaba yo, fuera de mí—. Te lo diré yo mismo. Has venido, porque el otro día te dije palabras conmovedoras. Y ahora que te has enternecido, quieres volver a escucharlas. Pues has de saber que aquel día me reí de ti. Como lo estoy haciendo ahora. ¿Por qué tiemblas? ¡Sí, me reí de ti! Un rato antes, durante la celebración de una comida, me habían ofendido aquellos individuos que llegaron antes que yo a la casa donde tú estabas. Fui allí con intención de darle una paliza a uno de ellos, un oficial del ejército; pero no lo logré, no les pillé dentro; tenía la necesidad de vengar mi ofensa con alguien, de cobrarme lo mío, y como fuiste tú, quien se puso a mano, descargué mi rabia riéndome de ti. Puesto que a mí me humillaron, también yo quería humillar a alguien; puesto que me trataron como un trapo, también quise sentirme poderoso frente a alguien... Eso es lo que ha sucedido. ¿Y tú, te pensaste que había ido allí a propósito para salvarte? ¿Sí? ¿Lo pensaste? ¿Di, lo pensaste?

Intuí que Liza pudiera estar algo confundida como para comprender todos los detalles; pero también sabía que entendería perfectamente la esencia de la cuestión. Así sucedió. Palideció toda poniéndose tan blanca como un pañuelo. En el gesto de querer decir algo, sus labios se torcieron enfermizamente y como si fuera abatida por un hacha, se desplomó sobre la silla. Durante el resto del tiempo permaneció escuchándome con la boca abierta, los ojos estupefactos y temblando de horror. La había apabullado el cinismo; el cinismo de mis palabras...

—¡Salvarte! —exclamé levantándome de la silla y corriendo de un lado a otro de la habitación—. ¿Salvarte de qué? ¡Si posiblemente hasta sea peor que tú! ¿Y por qué razón, cuando te leía aquellas exhortaciones, no me recriminaste por el motivo que me había conducido hasta allí? ¿Acaso venía a darte una lección de moral? Lo que necesitaba entonces era tener poder, sí, poder; necesitaba divertirme, necesitaba ver tus lágrimas, tu humillación, tu histeria. ¡Sí, eso era lo que necesitaba! Pero no pude soportarlo, porque soy un canalla; me asusté, y no sé para qué diablos te di mi dirección. Sí, un poco después, camino de casa, te maldecía con todas mis fuerzas por haberte dado la dirección. Te odiaba por las mentiras que te había dicho en aquellos momentos. Yo sólo pretendía jugar con las palabras, soñar mentalmente; pero en realidad, ¿sabes lo que necesitaba? ¡Que desaparecierais todos! ¡Sí, eso era lo que deseaba! Porque necesitaba tranquilidad. Si con tal de vivir en paz y tranquilidad, soy capaz hasta de vender el mundo entero por un copek. Si he de elegir entre estas dos cosas: «que se hunda el mundo, o que yo deje de tomar mi té», prefiero que se hunda el mundo, con tal de que yo siempre pueda tomar mi té. ¿Lo sabías? Bueno, en todo caso, sé que soy un miserable, un canalla, un ególatra y un gandul. Durante estos tres últimos días, de sólo pensar que pudieras venir a verme, no he parado de temblar de miedo. ¿Y sabes qué era lo que más me preocupaba? Pues que aquel día había representado ante ti el papel de un verdadero héroe, y que ahora, de repente, me fueras a ver con esta harapienta batita, como a un repugnante mendigo. Antes te dije que no me avergonzaba de mi pobreza; pero has de saber, que sí me avergüenzo. Es de lo que más me avergüenzo; me avergüenzo más que nunca, y más que si fuera un ladrón, porque soy tan vanidoso, que hasta me duele respirar, como si me arrancaran la piel a tiras. ¿Pero cómo es posible que ni siquiera ahora te estés dando cuenta de que nunca te perdonaré que me hayas sorprendido con esta batita; y justo, cuando me lanzaba sobre Apollón tan furioso como un perrillo rabioso? ¡El salvador, el héroe de antes, cual chucho sarnoso y peludo se lanza sobre su lacayo, y éste, encima, burlándose de él! ¡Nunca te perdonaré las lágrimas que no pude reprimir y que hace un rato derramé aquí, delante de ti, cual mujer avergonzada! ¡Y tampoco te perdonaré todo cuanto ahora te estoy confesando! ¡Sí, tú, sólo tú, debes responder por todo esto, porque te has puesto a tiro, y porque soy un canalla, y el más repugnante de los gusanos; sí, el más ridículo, el más mezquino, estúpido y envidioso de cuantos gusanos

hay en el mundo, que aunque en absoluto sean mejores que yo, no se sabe por qué diablos, jamás se turban ante nada! Mientras que yo me pasaré la vida recibiendo capirotazos de cualquier piojo. ¡Ése es mi rasgo más característico! ¿Qué me importa que no comprendas nada de esto? ¿Y qué me importas tú, sí, tú? ¿Y que me importa que perezcas en aquel lugar? ¿Comprendes lo que te voy a odiar a partir de ahora por haberte dicho todo esto y por haber estado tú aquí oyéndolo? ¡Un hombre habla así sólo una vez en la vida, y eso, cuando está histérico!... ¿Qué más quieres? ¿Por qué después de todo esto, sigues ahí plantada delante de mí, torturándome y sin marcharte?

Pero en aquel momento surgió algo extraño.

Hasta tal punto estaba yo acostumbrado a pensar y a imaginar todo conforme a los libros; a verlo todo tal y como me lo figuraba en mis sueños, que en aquel instante no comprendí lo que estaba ocurriendo. Lo que pasó fue lo siguiente: Liza, abatida y ofendida, comprendió, de cuanto estaba sucediendo, bastante más de lo que yo me había imaginando. Comprendió exactamente aquello que comprenden las mujeres que aman sinceramente; comprendió que yo era un hombre muy desdichado.

El espanto y la ofensa, que al principio expresaba su rostro, cambiaron por el dolor y asombro. Su semblante pareció convulsionarse cuando, brotándome las lágrimas, yo empecé a insultarme llamándome canalla y miserable (puesto que toda aquella retahíla la pronuncié con lágrimas en los ojos). Al principio, Liza hizo un gesto de levantarse para tranquilizarme; sin embargo, cuando ya hube terminado, apenas prestó atención a mis gritos de «¿por qué estaba ella allí, y por qué no se marchaba?», sino que, por el contrario, reparó en lo doloroso que era decir todo aquello. ¡Estaba tan apocada, la pobre! Se consideraba infinitamente inferior a mí. ¿Cómo podía permitirse estar enfadada u ofendida? De pronto, presa de un irresistible impulso, saltó de la silla y, con timidez, como si no se atreviera a moverse del sitio, se dirigió hacia mí extendiéndome sus manos... En aquel instante sentí mi corazón darse un vuelco. De repente se abalanzó sobre mí, rodeándome el cuello con sus brazos y rompiendo a llorar. No me pude contener y prorrumpí en sollozos como nunca me había ocurrido...

—¡No me dejan...! ¡No puedo ser... bueno! —apenas pude pronunciar; después, llegué hasta el sofá y boca abajo me derrumbé sobre él. Durante un cuarto de hora permanecí sollozando sumido en un completo histerismo. Liza me abrazó, quedándose como petrificada en el abrazo.

Pero la cuestión estaba en que el ataque de histeria, a pesar de todo, debía de pasármeme. Y he aquí (puesto que estoy escribiendo una repugnante verdad), que tumbado en el sofá, y con la cara fuertemente apretada contra mi andrajoso cojín de piel, comencé poco a poco, y a distancia, a sentir irremediablemente lo incómodo que me resultaría levantar la cabeza y mirar a Liza directamente a los ojos. No sé exactamente por qué me avergonzaba; pero a pesar de todo, sentí mucha vergüenza.

En mi enfermiza imaginación surgió la idea de que nuestros papeles se habían invertido completamente. Ahora, ella era la heroína, y yo me sentía tan humillado y aplastado como lo estuvo ella aquella noche conmigo, hace cuatro días... ¡Y todo eso lo pensaba yo en aquellos precisos instantes en que permanecía tumbado boca abajo en el sofá!

¡Dios mío! ¡Cómo era posible que la envidiara en aquellos momentos!

No lo sé, y sigo sin saberlo hasta hoy día, pero en aquellos momentos, lógicamente, entendía aún menos de lo que entiendo ahora. La cosa está en que no puedo vivir sin tiranizar y ejercer el poder sobre alguien... Pero... pero los razonamientos no explican nada, y por tanto, para qué ha de razonar uno.

No obstante, recobré el dominio sobre mí mismo y levanté la cabeza; en algún momento tenía que levantarla... Y he aquí, que hasta hoy día sigo convencido de que precisamente al sentir vergüenza de mirarla, en mi corazón prendió de repente otro sentimiento... el sentimiento de dominio y posesión. Mis ojos brillaron apasionadamente y le apreté fuertemente las manos. ¡Cuánto la odiaba y cuánto me atraía en aquellos momentos! Un sentimiento reforzaba otro. Aquello más que ninguna otra cosa parecía venganza. Al principio, y sólo por un instante, su rostro pareció expresar perplejidad e incluso miedo. Me abrazó ardiente y apasionadamente.

X

Al cabo de un cuarto de hora, como un poseso iba yo y venía corriendo por la habitación, acercándome a cada minuto al biombo para mirar a Liza a través de la rendija. Estaba sentada en el suelo, con la cabeza apoyada en la cama, y al parecer, lloraba. Sin embargo, no se iba y eso me irritaba. Ahora ya lo sabía todo. La había ofendido definitivamente, pero... para qué contarlo. Se había dado cuenta de que el arrebató de mi pasión no era más que venganza u otra humillación, y que a mi anterior y desmedido odio, se sumaba ahora un odio personal y envidioso hacia ella... Por lo demás, no aseguro que todo eso lo entendiera ella con claridad; sin embargo, comprendió perfectamente que yo era un hombre abominable y, lo más importante, es que era incapaz de amarla.

Sé que alguien me podría decir que es increíble, que uno no puede ser tan malvado y estúpido como yo; y acaso añadir después, que es increíble no haberse enamorado de ella, o al menos, no haber valorado su amor. ¿Por qué es increíble? En primer lugar, no podía enamorarme, porque repito, que para mí, amar significaba ser tirano y sentirme siempre moralmente superior respecto al otro. En toda mi vida he podido imaginarme otro tipo de amor, e incluso he llegado a pensar que éste, consiste precisamente en el derecho otorgado por el sujeto amado a tiranizarlo voluntariamente. Ni en mis sueños de subsuelo me había imaginado nunca el amor

sino como una lucha; comenzaba siempre por el odio y finalizaba con la dominación moral, sin que nunca llegara a saber lo que se debía de hacer después con el objeto dominado. ¿Qué hay de increíble en ello, cuando he llegado a corromperme tanto moralmente, que hasta perdí la costumbre de vivir una «vida viva»? Si incluso un poco antes, se me había ocurrido avergonzarla por venir a verme para escuchar unas «palabras de lamento»; no me percaté que no venía a escuchar tales palabras, sino para amarme, ya que sólo en el amor encuentra una mujer la redención completa, así como la salvación de cualquier tipo de mal y su total resurrección, puesto que el amor no puede manifestarse más que de ese modo. No obstante, ya no la odiaba como antes, cuando iba y venía corriendo por la habitación, asomándome a mirarla por la rendija del biombo. Lo que ocurría, es que el hecho de que siguiera allí, me era insoportablemente doloroso. Quería que desapareciera. Deseaba «tranquilidad» y ansiaba quedarme a solas en el subsuelo. A falta de costumbre, «la vida viva» se me abalanzó encima aplastándome hasta el punto de dificultarme la respiración.

Pasados unos minutos, ella todavía continuaba sin levantarse como si estuviera ensimismada. Tuve la osadía de golpear suavemente el biombo para recordarle que... De pronto se estremeció, se levantó, y se puso a buscar su pañuelo, el sombrero y el abrigo, como si deseara librarse de mí... Un par de minutos más tarde y con paso lento salió despacio de detrás del biombo y me miró con tristeza. Me sonreí con maldad, o mejor dicho, para guardar las formas, y desvié la mirada.

—Adiós —dijo dirigiéndose hacia la puerta.

De pronto, salí corriendo hacia ella, cogí su mano, se la estreché, le puse dentro el... y volví a estrechársela. Después, me di la vuelta y salí corriendo hacia un rincón de la habitación para evitar ver...

Hace un rato estuve a punto de mentir y de escribir que hice todo aquello sin querer, como cuando uno está perdido, confuso y aturdido. Pero como no deseo mentir, puedo decir abiertamente que abrí su mano y le puse dentro... por rabia. Se me ocurrió aquello mientras daba vueltas por la habitación, estando ella detrás del biombo. Pero probablemente hasta pueda decir, que aunque aquel acto tan cruel lo cometiera yo a propósito, no obstante, no lo hice sintiéndolo con el corazón, sino por culpa de mi estúpida cabeza. Aquella crueldad resultaba tan fingida, tan cerebral, tan premeditada y elaborada; en resumidas cuentas, resultaba tan libresca, que ni yo mismo pude aguantar un minuto más; primero, de un salto hacia atrás, me coloqué en un rincón de la habitación para no ser testigo de lo que pasaba, y después, avergonzado y arrepentido, salí corriendo tras Liza. Abrí la puerta de la entrada y me puse a escuchar.

—¡Liza! ¡Liza! —grité desde la escalera, pero cobardemente y a media voz...

Sin obtener respuesta, me pareció oír sus pasos en las escalerillas inferiores del portal.

—¡Liza! —grité más fuerte.

No hubo respuesta. Pero en aquel instante, pude oír cómo se abría pesadamente y con chirrido la puerta de cristal que daba a la calle, y cómo después, se cerraba de golpe. Un ruido ensordecedor subió por toda la escalera.

Se había ido. Regresé a mi habitación completamente sumido en pensamientos. Me sentía terriblemente apesadumbrado.

Me quedé de pie junto a la mesa y la silla en la que antes se hubo sentado ella; permanecí un rato mirando absurdamente cuanto tenía delante. Al minuto, me estremecí todo: justo delante de mí, en la mesa, vi... en una palabra, vi el arrugado billete azul de cinco rublos, que unos instantes antes le había colocado yo en su mano. Se trataba de aquel billete; no podía tratarse de otro; no tenía otro en casa. Debí de echarlo sobre la mesa, justo cuando yo salía corriendo hacia el rincón.

¡Qué le vamos a hacer! Debí esperármelo. Pero ¿acaso podía esperarlo? No. Yo era tan egoísta, tenía tan poco respeto a la gente, que ni siquiera imaginé que pudiera hacer algo semejante. No podía soportar aquello. Un instante después, completamente enloquecido, me vestí de prisa y corriendo, poniéndome lo que tenía más a mano, y como una flecha salí corriendo tras ella. Cuando hube salido a la calle, Liza no pudo haber recorrido más de doscientos pasos.

La calle estaba en silencio, nevaba, y los copos caían perpendicularmente formando sobre las aceras y las calles desiertas una especie de almohada blanca. No había transeúntes y no se oía ruido alguno. Los faroles centelleaban triste e inútilmente. Corrí unos doscientos pasos hacia el cruce y allí me detuve.

«¿Dónde habrá ido? —me decía—. ¿Y para qué voy a ir yo tras ella? ¿Para qué? ¿Para caer a sus pies sollozando de arrepentimiento suplicándole perdón? Pero era eso lo que quería. Sentía mi pecho romperse en pedazos, y jamás, jamás, logré recordar con indiferencia aquellos minutos. Pero ¿para qué? —pensaba—. ¿Acaso no acabaría odiándola mañana mismo por haberle besado hoy los pies? ¿Es que podría hacerla feliz? ¿Tal vez no he visto hoy por centésima vez lo que soy? ¿Acaso no la atormentaría?».

Permanecí de pie sobre la nieve, mirando la densa niebla y pensando.

«¿Y no sería mejor que se marchara para siempre con su ofensa? ¿Acaso no sería eso lo mejor?, fantaseaba yo más tarde en casa, tratando de aplacar con aquellas suposiciones el dolor vivo que se me clavaba en el corazón. ¡Si en realidad la ofensa es una purificación! —me decía—. ¡Es la conciencia más mordaz y dolorosa! Porque mañana mismo yo le mancillaría el alma y le extenuaría el corazón. Mientras que la ofensa, nunca más se extinguirá ya de su corazón, y por muy repugnante que sea la inmundicia que la espere, aquella, siempre la enaltecerá y la purificará... posiblemente, gracias al odio... ¡hum!... y al perdón... Pero, por lo demás, ¿se sentirá mejor después de todo esto?».

En efecto, se me ocurre ahora plantear una pregunta ociosa, ¿a ver, qué es lo que resultaría mejor?: ¿si una felicidad barata o unos sufrimientos elevados? ¿A ver, qué sería mejor?

Así me parecían las cosas aquella tarde estando en casa, sentado en el sofá y más muerto que vivo por el dolor del alma que me embargaba. Jamás padecí más sufrimiento y más remordimiento que entonces. Pero ¿acaso podía haber alguna duda de que cuando salí corriendo de casa para buscarla no me habría vuelto a mitad de camino? Nunca más volví a encontrarme con Liza ni a saber nada de ella. No obstante, debo añadir, que durante mucho tiempo me sentí orgulloso de la frase que dije sobre la ofensa y el odio, sin tener en cuenta que me había faltado muy poco para enfermar a causa de la angustia que me consumía.

Incluso ahora, pasados ya muchos años, recuerdo todo aquello con excesivo desagrado. Recuerdo muchas cosas con desagrado, sin embargo... ¿no será mejor finalizar aquí estas «Memorias»? Creo que fue un error escribirlas. En todo caso, no he dejado de sentir vergüenza mientras escribía este relato; será que se trata más de un castigo correctivo que propiamente de literatura. Puesto que contar, por ejemplo, largas historias sobre cómo malgastaba yo mi vida pudriéndome moralmente en un rincón a causa de mis pocos medios, la pérdida del contacto con las cosas vivas y la vanidosa maldad del subsuelo, ¡lo juro por Dios, que es muy poco interesante! En una novela tiene que haber un héroe, y aquí, se reúnen a propósito, todos los rasgos de un antihéroe, y lo que es más importante aún, es que todo eso produce una sensación de lo más desagradable, dado que hemos perdido la costumbre de vivir, y el que más o el que menos, cojeamos todos. Hasta tal punto estamos desligados de la vida, que hasta sentimos aversión hacia la auténtica «vida viva» y no soportamos que nadie nos la recuerde. Hemos llegado al extremo de tomarla por un trabajo, como si de un servicio se tratara, y en nuestro fuero interno nos persuadimos de que es mucho mejor vivir conforme a los libros. ¿Y qué andamos frecuentemente escarbando por ahí, de qué nos encaprichamos, y qué es lo que pedimos? No lo sabemos ni nosotros mismos. Y todavía sería peor para nosotros si se cumplieran todos nuestros deseos y caprichos más remotos. ¡Inténtenlo, ofrézcanos más autonomía, desaten las manos a cualquiera de nosotros, amplíen el campo de nuestras actividades, debiliten la influencia de la tutela, y... les aseguro, que al instante pediríamos ser nuevamente protegidos por la tutela! Sé que ustedes probablemente se enfaden conmigo y griten dando patadas al suelo: «¡Hable usted de sí mismo y de sus miserias del subsuelo, pero no ose decir "todos nosotros"!» Permítanme señores, pero no me estoy disculpando con esta generalización. Respecto a mí, he de decir, que he llevado hasta el último extremo aquello que ustedes no se han atrevido a llevar ni a mitad del camino, y por si fuera poco, toman por cordura su propia cobardía y se tranquilizan engañándose a sí mismos. ¡Hasta posiblemente resulte que esté yo más «vivo» que todos ustedes!

¡Vayan con más cuidado! ¡Ni siquiera sabemos en qué consisten las cosas vivas, ni qué es lo vivo, ni qué nombre tiene! ¡Déjenos solos y sin libros, y al momento nos extraviaremos, nos perderemos, no sabremos qué hacer, ni dónde dirigirnos; qué amar y qué odiar, qué respetar y qué despreciar! Nos pesa ser hombres, hombres auténticos, de carne y hueso. Nos avergonzamos de ello, lo tomamos por algo deshonesto y nos esforzamos en convertirnos en una nueva especie de seres omnihumanos. Hemos nacido muertos y hace tiempo que ya no procedemos de padres vivos, cosa que nos agrada cada vez más. Le estamos cogiendo gusto. Pronto inventaremos la manera de nacer de las ideas. Pero por ahora basta; no quiero escribir más «desde el subsuelo»...

No obstante, no terminan aquí las «anotaciones» de este ser tan paradójico. Éste no pudo contenerse más y continuó escribiendo. Pero a nosotros nos parece que podemos dejarlo aquí.